El Salinger de Bolonia, con más de 1 millón de libros vendidos

JACK FRUSCIANTE HA DEJADO EL GRUPO

Enrico Brizzi

Traducción de Carmen Artal y Joaquín Jordà

NOCTURNA EDICIONES

Enrico Brizzi

JACK FRUSCIANTE HA DEJADO EL GRUPO

Traducción del italiano
Carmen Artal y Joaquín Jordà

NOCTURNA EDICIONES

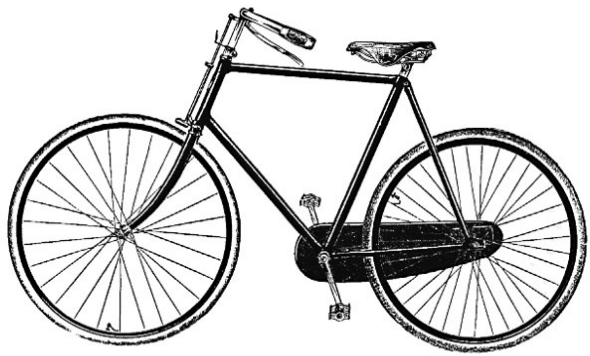
Jack Frusciante è uscito dal gruppo
© 2016 Mondadori libri S.p.A., Milano
All rights reserved
© de los detalles: rawpixel.com
© de las guardas: LinStar/Shutterstock.com
De la traducción:
© Joaquín Jordà, 1997, 2020
© Carmen Artal, 1997, 2020
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: julio de 2022
ISBN: 978-84-17834-92-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Andrea P. y para T., que han dibujado y escrito

JACK FRUSCIANTE HA DEJADO EL GRUPO

INTRO



NO TARDARÍA EN PASAR TAMBIÉN
AQUEL ESTÚPIDO FEBRERO

no tardaría en pasar también aquel estúpido febrero y el viejo Alex se sentía profundamente desgraciado, pero de forma distanciada, como si su vida perteneciera —sensación demasiado típica y cruda lo admito— a otra persona.

pero no os riais, por favor, ya que en aquella época el viejo Alex todavía no había cumplido dieciocho años y aquellos días el cielo de Bolonia era tan expresivo como un sordo bloque de hierro colado y de semejante expresividad no deberíais esperar nada exaltante, ni siquiera una de esas impresionantes tormentas definitivas que lavan las calles y desde hacía casi dos semanas la ciudad yacía entumecida bajo una lluvia exangüe y sin nombre

como conocido del viejo Alex y persona informada de los hechos me limitaré a añadir que cierta historia con una chica le resultaba ahora difuminada en el recuerdo, aplastada por la mediocridad acojonante de la vida de todos los días: haber sido terriblemente feliz con ella durante cuatro meses le parecía —esa era otra de sus sensaciones más crudas— que no había servido para nada

veréis: hasta el giro de ciento ochenta grados de los dieciséis años y medio nuestro menor de edad atento peinado superpasivo —un voluntarioso total— había estado pudriéndose a un palmo de la mesa de los profes y tomaba apuntes, ¡el angelito!, ¡diligente! ¡servicial! ¡aplicado! un cadáver de buenos sentimientos escolares bajo innumerables aspectos ¿y las estratégicas entradas en clase a segunda hora? ¡jamás! pues sus alsacianos sentimientos de culpa habrían acabado matándolo, ¿y las ausencias injustificadas? ¡ni en broma!

un devoto impresionante, creedme, y un buen día, en cambio, una mañana de mayo, casi de madrugada, terminada la lectura de Due di due de Andrea De Carlo aquel loco había decidido con una firmeza juvenil de naturaleza febricitante y aparentemente sobrehumana que nada volvería a ser como antes, porque gracias a Due di due había abierto los ojos sobre demasiadas chorradas, tipo las tablas de los verbos irregulares los cuadros sinópticos y la democracia del culo del consejo escolar y el conformismo y la falacia de los profes, la manera sibilina que tenían de estimular de boquilla la independencia de opinión de los jóvenes y la rabia sutil con la que castigaban la más mínima señal de autonomía los muy cabrones

y en septiembre al principio del segundo curso nuestro converso y el amigo Oscar se habían precipitado escaleras arriba encabezando el grupo de los alumnos sonámbulos y habían ocupado los pupitres más emboscados de la clase meneando el rabo como perros jóvenes a sus anchas ya en los nuevos papeles de neopasotas y asilvestrados, y así el otoño y el invierno habían transcurrido obtusos y lentos entre las paredes amarillentas del instituto Caimani pero eléctricos y rápidos

fuera de la puta cárcel en compañía de Depression Tony y Helios Nardini y aquel kráneo fosforescente del viejo Hoge el único hombre del mundo convencido (os juro que se necesitaron meses para sacarle del error) de que la pronunciación exacta de blue jeans era bluyínx con inx final

y a comienzos de marzo resplandecía ya el buen tiempo en la ciudad, y cada mañana Dios desenrollaba un cielo tan azul con unas nubecitas de algodón cande colgadas a lo lejos que era imposible no hacer muecas de felicidad y asomarse al balcón o salir a la calle y resistir a la tentación de gritarle: ¡gracias jefe, no lo olvidaremos!

y el viejo Alex se lavaba los dientes tres veces al día e iba al instituto a calentar el asiento y a escribir director rotaryano de mierda y rotaryanos kapullos cochinos en la puerta de los lavabos y después volvía a casa y comía a toda prisa espaguetis bistec manzana, mejoraba el récord de tetris y enseguida volvía a salir montado en bici y a correr cuesta abajo por la Saragozza avenue porque a partir de ahí la tarde era suya y hasta la mutter estaba superharta de echarle en cara que no daba ni golpe durante todo el santo dies y ya había dejado por imposible a su hijo

al viejo Alex le encantaba el enlosado de la calle Collegio di Spagna el asfalto veloz de las avenidas la superficie de pórfido de la calle Rizzoli y también le encantaba todo lo demás, las puestas de sol naranjas detrás de San Luca llevar una camiseta nueva ir a ver a la abuela Pina y merendar en su casa hablando sin parar de las novedades políticas o televisivas

la dulce Adelaide seguía en la ciudad esencialmente…

como diría el viejo Alex, hubo tardes en que había deseado con una rabia capaz de hacerle daño a esa Adelaide, pero él se había guardado muy bien hasta de

faltaría más

así entre frustradas insinuaciones y sobresaltos y palpitaciones ella había terminado marchándose a América para estudiar un año allí por una de esas demenciales historias de intercambios culturales y vale se había inscrito en una asociación y había pasado la tira de pruebas de aptitud luego el test de inglés finalmente la beca y después de haber superado este montón de cosas le había llegado una carta escrita a máquina por tres pennsylvanos padre madre & son quinceañero simpáticos robustos y abiertos, un koño de familia burguesa entre paredes domésticas en cuyo interior después del trabajo nunca faltaría un lugar para la diversión siempre que fuera sana

vivían en medio del campo, estos gilipollas, a media hora en coche de la escuela a la que asistiría Adelaide durante aquellos doce meses

futuros largos larguísimos durante su permanencia allí Alex le había escrito de vez en cuando y también Adelaide había escrito y una vez hasta había telefoneado y en la Saragozza avenue eran las cinco de la mañana y ella lloraba

(y él nunca había amado como ahora)

mientras en la ciudad reinaba el cielo color hierro colado y esta Adelaide ya llevaba fuera un montón de semanas

(ya que se ama de verdad quizá sólo en el recuerdo está escrito) el viejo Alex sólo podía sentirse profundamente desgraciado, aunque de forma distanciada, y tratar de recordar su historia volver a pensarla escribirla, aunque todo aparecía muy liado no encontraba las palabras y acababa viendo sólo detalles y punto, una cita junto al escaparate de Feltrinelli una frase de ella una mirada especialmente risueña y fugaz también de ella

su vida hasta ahí cabía toda en una mochila jollinvicta

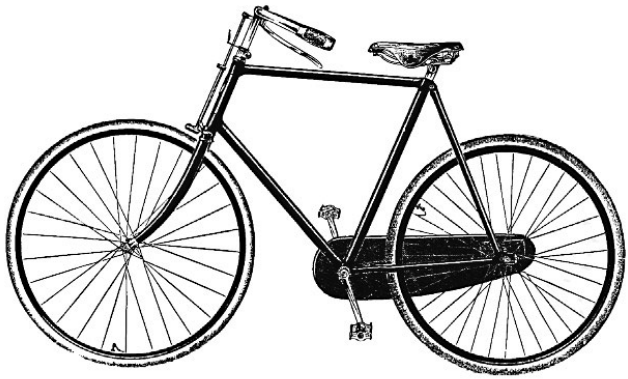
Adelaide se había ido al principio del verano y ahora estábamos a mediados de febrero —un jodido febrero que se arrastraba a lo largo de los muros de la calle Porretana como un perro en un domingo lluvioso— y al viejo Alex sólo le quedaba este inútil dolorcillo en el fondo del alma ya me diréis

(luego una tarde más dazed and confused que las demás aquel viejo había reflexionado que era una solemne estupidez el cuento de los perros capaces de llevar el periódico a sus amos y de hecho él nunca había visto ninguno y en cualquier caso justamente llenarían de babas todo el papel)

está bien está bien de acuerdo
con orden sí señor
okay empecemos esta inconexa historia por el principio y

razonemos, sí.

PRIMERO



AQUEL SEUDOPRIMAVERAL
DOMINGO POR LA TARDE

Aquel seudoprimaveral domingo por la tarde, el viejo Alex había trepado por las escaleras de su casa con el presentimiento en la cabeza, mejor dicho con el flashpresentimiento en la cabeza, de su familia atrincherada en el comedor contemplando las chorradas americanas vía grundig. Un instante después, todavía no se había quitado la parka, se había visto obligado a constatar que el flash, de un realismo acojonante, le demostraba que sus facultades de adivinación estaban alcanzando, con la edad, niveles nigrománticos apabullantes: estaban todos en la sala, y todos distintamente anonadados o absortos ante las forzudas hazañas de Rocky IV; el frère de lait, galvanizado por la pantalla, que ya soñaba con convertirse en un boxeador profesional; la mutter, oscilando peligrosamente entre la visión de aquellas forzudas hazañas y la lectura de las Bolonia's Chronicles en la Repubblica; el Canciller, semiengullido por la butaca e inútilmente sonriente, acompañando los uppercuts del Stallone enano con frasecitas de sistema nervioso destrozado e imitaciones, depresivas, de la voz robótica de Iván Drago.

«Jesús —había murmurado el viejo Alex, sintiéndose de repente sin fuerzas—. ¿Estos pobres seres constituían, hace años luz, una familia de italianos vivos?». Bueno, le costaba creerlo, koño, aunque la incredulidad espiritual que le devoraba la mente y el corazón no le había impedido sentarse a su vez ante la tele.

Vale, en la pantalla radiactiva del grundig resplandecían las forzudas gestas del tapón culturista —ya no cabía duda, no se trataba de un anuncio, estaban realmente transmitiendo toda la película— y en esas, mientras sobre el Stallone enano se cernía la oscura y quizá definitiva amenaza del robot soviético Drago, había sonado el teléfono. Bien, os diré abiertamente que si el viejo Alex hubiera imaginado, aunque sólo fuese de manera remota, que a través de aquellos pitidos la dulce Adelaide estaba disponiéndose a irrumpir en su vida, no habría ido a contestar de tan mala gana y arrastrando los pies como en realidad fue, sino que se habría adornado con un traje de plumas de colores y unos zapatos de oro macizo.

—¿Sí? —se había limitado a decir en cambio, aunque con el magnífico timbre baritonal y fonogénico que le había deparado una pubertad devastadora.

—¿Casa D.?

—Casa D. —había confirmado el viejo Alex.

—Quisiera hablar con Alessandro, por favor. Soy una compañera suya.

—Soy yo —había dicho aquel viejo, manteniéndose a la espera de los acontecimientos.

—Ah, hola. Oye, soy Adelaide —había contestado la voz al otro extremo del hilo—, la amiga de Francesca de primero C.

Bien, ya lo había ligado: Francesca era una tipa bastante mona del instituto; es decir, incluso habían salido juntos veinte días, hacía algún tiempo, y Adelaide, que venía de Sicilia, era su mejor amiga. ¿Qué más sabía? Ah, sí, que había salido con Federico Laterza, una fiera enfundada en gore-tex que a nuestro amigo le caía fatal, y que tenía una hermana mayor sorprendentemente mona. La hermanita había terminado el instituto el año pasado: iba a la misma clase que Federico Laterza, y ahora ambos deambulaban por el mundo de emmental de la universidad. Francesca siempre le había hablado muy bien de esta Adelaide, eran realmente muy amigas.

El viejo Alex también había hablado con ella una vez. De poesía, entre otras cosas.

—Hola —le dijo, y no le salió todo lo entusiasta que habría querido, pero sabía que los atrincherados estaban detrás de él con las orejas tiesas y la cosa no le facilitaba una actuación en directo—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Regu. —Es lo que decía siempre.

—¿Cómo? —No había dios que lo entendiera.

—Regu —repitió—. Nada va demasiado mal, pero tampoco hay nada entusiasmante. —Sabía que el Canciller estaba sonriendo sardónico ahora.

—Ah, regu. Oye, Alex, ¿te acuerdas de cuando hablamos de Cummings, aquel poeta fenomenal que te conté?

—¿Cummings? ¡Cómo no! —le dijo—. Claro que me acuerdo.

Era de lo único que habían hablado: Cummings. Se hablaba de poetas como modelos de vida, como mitos, como palancas con las que reventar la mediocridad de la vida de todos los días e ir a hacer volar la cometa al prado que estaba del otro lado. Ella había sacado a Cummings y el viejo Alex, al kráneo inmenso de Baudelaire. No tenía ni idea de qué hacía en la vida el tal Cummings, pero ella le había hablado de él como de un genio, prometido que le prestaría para leer la opera omnia, si quería.

—Aquel libro que te decía, la antología… Quiero decir, la tengo, te la puedo traer.

«Increíble —se dijo el viejo Alex, empuñando el auricular con las dos manos—. Cristo». Notaba que había crecido varios centímetros.

—Sí, por qué no —le contestó. Decidió ganar tiempo para no dar la impresión de ser un ansioso—. El viejo Cummings —suspiró—. ¿Por qué no nos vemos más tarde? Quiero decir dentro de media hora. ¿Te va bien dentro de media hora?

—De acuerdo —había contestado ella.

—¿Digamos dentro de media hora en el centro?

—De acuerdo. Te llevo el libro.

«Cristo», se dijo el viejo Alex. Controló el reloj de pulsera con la expresión más tigresca que consiguió encontrar, respondió:

—Ahora son las tres cuarenta y cinco las tres cincuenta. ¿Pongamos a las cuatro y cuarto cuatro y veinte delante de la Feltrinelli?

—A las cuatro y veinte, de acuerdo.

—Delante de la Feltrinelli —repitió, para estar seguro de que no había dudas—. Al lado de las dos torres.

—Al lado de las dos torres —dijo la voz en el otro extremo del hilo.

—Bien —consideró el viejo Alex—. Nos vemos allí dentro de media hora. —Se notaba las palmas de las manos insensatamente húmedas; esperó a que ella colgara, después controló de nuevo el reloj.

«Cristo», se dijo, con los ojos brillando con una considerable luz mezclada con una extraordinaria esperanza.

Cruzó la sala con su expresión de tigre. Anunció:

—Voy un momento a la Feltrinelli.

El enano forzudo de la pantalla estaba corriendo con la lengua fuera por una superficie de nieve del Wyoming quizá.

—La Feltrinelli está cerrada —observó el Canciller desde el interior de la butaca.

—No voy a la librería —dijo él—. Sólo tengo una cita delante.

—¿Será posible? —protestó la mutter, sin apartar los ojos de las Bolonia's Chronicles—. ¿Acabas de llegar y ya vuelves a salir?

—Ya te lo he dicho. Tengo una cita.

—¿Una cita con quién?

—Con una compañera, mutter.

—Una compañera. ¿Eso qué quiere decir?

—No la conoces. ¿Qué más te da si te digo un nombre? No la conoces, de todas formas.

—¿Cómo se llama? —insistió ella—. ¿Ya has estudiado bastante para mañana? —le dijo.

Autocontrol. Fuerza de voluntad, fuerza de voluntad.

—Sí, he estudiado. Si acaso, esta noche repaso. Se llama Adelaide, ¿vale?

—Adelaide. ¿Y a qué hora volverás?

Fuerza de voluntad. Fuerza de voluntad.

—A la hora de cenar, ¿vale?

—Canciller, ¿estás oyendo eso? El principito quiere volver a la hora de cenar… Oye, tú te crees que vives en un hotel, ¿no?

—Pues dime tú a qué hora —replicó el viejo Alex, poniéndose la parka—. Y, además, no, no creo vivir en un hotel, mutter. Sólo tengo una cita en la Feltrinelli.

—¿Cuál sería para ti una hora decente? —dijo el Canciller, que

seguía hundiéndose imperceptiblemente.

Fuerza de voluntad, fuerza de voluntad.

—¿Qué tal si vuelvo a las siete?

—¿Está bien, Fran? —Fran era el nombre de la mutter.

—Tú crees que aquí todos nos chupamos el dedo, ¿verdad? Piensas que puedes mangoneamos a tu antojo —dijo la mutter.

Vale.

—Está bien, sal.

Vale.

—Pero el problema no consiste en salir o no salir hoy, el problema es que tú sólo estás en casa cuando te conviene.

Fuerza de voluntad. Si levantas la voz acabarán prohibiéndote salir.

—Las seis y media. Me parece una hora más que razonable —dijo el viejo Alex, extrayendo de las profundidades tectónicas de la parka todos los recursos diplomáticos de que disponía.

En esas, el frère de lait, recuperándose por un breve instante de sus sopores preadolescentes rigurosamente asexuados, pero todavía visiblemente dentro de la corriente de Rocky IV, dijo:

—¿Adónde vas, tío?

—Sale, pobrecito —había comentado irónico el jefe de los atrincherados—. Se va porque aquí se aburre.

Si el viejo Alex pedaleaba con la energía desesperada de un Girardengo un pelín más bajo y rock, no era sólo para acudir a una cita, sino para alejarse del ring, como comprenderéis. De todos modos, no dejaba de estar yendo a ver a Adelaide y por eso aquel loco pedaleaba dinámico como nadie y, mientras pedaleaba, cantaba «White Man in Hammersmith Palais» en voz baja y desafinada.

Viejo Alex. De haber intuido qué clase de musical estaba a punto de comenzar, al desmontar de la bici no habría hecho la típica entrada con el paso atontado de cowboy y la típica cara descolocada de domingo…

Vespino blanco ya aparcado, Adelaide estaba justo delante de la Feltrinelli mirando las cubiertas de los libros en el escaparate con un jersey verde y una sonrisa zen inescrutable pero muy omnicomprensiva.

No, si el viejo Alex hubiera intuido qué clase de musical estaba a punto de, no habría aparecido con la típica cara etcétera, sino que habría sacado de la chistera la garra heavy de un Nicholson, de un De Niro, como mínimo la glacialidad llena de urgencia de un Swan en Los amos de la noche… «Hola, qué tal», le había dicho en cambio, semiarrodillado sobre la bici, forcejeando con la cadena antirrobo. Respiraba con la boca abierta y la jodida cadena en la mano. «Ya ves, y tú ¿qué tal?», le había dicho de una forma un poco apagada.

Después, paseando por el centro, ese par que entre los dos no sumaban ni treinta y tres años y medio habían empezado a contarse lo que les gustaría hacer en la Vida, de cómo todo, hasta allí, les había parecido un poco irreal, cómodo y falso. Adelaide —Aidi, para los amigos— (lo sé, lo sé, se pronunciaba casi como la tipa de los dibujos animados que vivía en la cabaña suiza) habría querido vivir en la India, pero no sabía si como misionera o fotógrafa o.

Al viejo Alex le habría gustado hacer algo tipo periodista, ya que ser periodista era también una forma de juntar las dos cosas más bonitas; viajar y escribir.

—Me gustaría ser reportero —le había dicho, inmerso en una seriedad impresionante—. Irme a Cuba o a Mozambique, con el carné de prensa plastificado colgando sobre la camiseta de los Ramones. Te juro que si me voy de reportero me corto el pelo a cepillo y me compro unas Clark's. No está mal, ¿eh?

Aidi, en cambio le había hablado de sus exnovios, un par de historias que la habían dejado más o menos decepcionada. Pero no lo decía con ese aire de gilipollas, tío yo he estado con Chicos Mayores que tú, ni tampoco se enrollaba en el otro sentido, tío yo no he tenido Experiencias Serias, aunque habría podido. No. Su sinceridad tenía un toque alucinante y, cada vez que decía alguna cosa —cualquier cosa —, conseguía nebulizar interés y fascinación a su alrededor y se veía a

un montón de kilómetros que lo suyo no era una pose.

«Dios mío —pensaba Alex, caminando a su lado. Se notaba varios centímetros más alto, caminaba a su lado y pensaba—: Pero esto no es una chica, es todo un disco de Battisti».

A veces, cuando dejaba de hablar, ella le sonreía como un amanecer de invierno.

«Cristo», pensaba Alex.

«Dios mío», se decía.

Y después se había descolgado con la historia de que se iría a América aquel verano; iba a estudiar allí cuarto curso y este hecho ocupaba el centro de sus pensamientos. Normal. Hablaba del tema como de la primera gran experiencia de su vida; en una ocasión había llamado al momento de la partida «el gran vuelo» —eso tampoco estaba nada mal, ¿no?—, pero todo lo que ella decía tenía algo específicamente poético. Le gustaba Bolonia, le gustaban las callejas del gueto en torno a la universidad, en torno al conservatorio y al teatro, las mismas callejas que le encantaban al viejo Alex.

En un momento dado habían llegado a la calle Zamboni, y aquel domingo por la tarde ya hacía buen tiempo; los chicos llevaban cogidas de la mano a las chicas y paseaban con las mangas de la camisa remangadas.

A lo largo de la calle Zamboni, Adelaide le había preguntado de manera más bien directa y casi brutal por qué en el instituto él parecía siempre el príncipe de los cabreados. ¿Qué hacía por las tardes?, ¿se sentía solo, se agobiaba?, ¿qué demonios hacía, eh?

Vale. Francesca no debía de haberle hablado de él en términos cien por cien entusiastas, pero ellos dos igualmente habían ido a sentarse en los bancos delante de la pintada NO AL RACISMO, cerca de la pinacoteca.

Mirando el azul del cielo ¿se notaba que estaba volviendo la primavera? No, no creo. Pero él lo notaba. Y en fin, os lo juro, al margen de la imagen que pudiera dar desde fuera, el menda se sentía abierto y espontáneo como nunca en su vida. El viejo Alex era un tipo al que le gustaba fingir a veces. Sorprender. Quizá fuera también un poco gilipollas a veces; y en cambio aquel domingo por la tarde él y Aidi hablaban de las cosas que se habían guardado durante años, con una naturalidad y un entusiasmo especiales, mágicos: las paranoias de Aidi por sus padres separados, el miedo de Alex a que sus padres le consideraran una especie de prolongación suya y punto… Ya me entendéis. Era como si allí, sentado contra el respaldo de aquel banco, él ya hubiese estado antes, como si a Aidi ya la hubiera conocido. Entre los recovecos de la memoria, en los vídeos de archivo de la escuela primaria, le parecía que ya había algo de ella: Villa Spada, donde iba a jugar con el uniforme de scout; las comidas con los tíos de

Casalecchio los domingos; el Renault azul que el Canciller había comprado cuando él tenía seis años; el espejo del baño, empañado de vapor, sobre el que el frère de lait había escrito con el dedo «W Inter»; y luego algunos riff distorsionados de Fender Jaguar en la memoria… Pues bien, en todo eso había algo de ella, y el viejo Alex conseguía estar más que simpático y más que natural, pero sin cálculo y, en fin, estaba casi seguro ahora: le parecía conocer a Aidi desde siempre, porque cuando hay buen feeling, es la hostia.

Se habían despedido en un crepúsculo ultracoreográfico al pie de las dos torres, al final, y mientras él forcejeaba para soltar la bici de la cadena, Aidi había vuelto sobre sus pasos, le había besado en una mejilla y había salido corriendo sin mirar atrás.

Bien, entendámoslo: el viejo Alex había experimentado en aquel momento la alucinante sensación de que había comenzado algo infinito, algo que merecía la pena ir a celebrar a solas al bar de debajo de casa arrastrado por pelotazos de alegría, aunque en la infinidad del todo, al menos en la primera semana, nuestro rockero no había pensado de manera especialmente delirante o demencial o.

Vale. No habían pasado ni dos días desde aquella sensación cuando nuestro amigo —ya se había leído todos los poemas del Fenomenal Cummings, evidente— hablaba de ella por teléfono con el viejo Helios Nardini. Alex había puesto por delante desde el principio su incertidumbre por el hecho de que ella, dentro de cinco meses, estaría lejos. Si se lo tomaba demasiado en serio —y ya le parecía que era el caso—, la separación le haría daño. Y el viejo Nardini —pero ya sabemos cómo van esas cosas entre amigos, y Alex nunca había sido un picajoso; al contrario, era el típico vacila— había soltado el clásico:

—Aquí hay que ver si funciona la Regla, ¿vale? Ya sabes a qué me refiero. Tres días para la lengua, tres semanas para la paja y tres meses para el coño. Así es la Regla, perdona, sigamos la Regla…

Pero nuestro amigo le había parado los pies ipso facto:

—Oye —había replicado a aquel cínico—, para mí es importante, ¿de acuerdo? O sea que menos coña.

Bueno, estas eran las novedades.

Y naturalmente el viejo Nardini no había perdido un puto segundo en pasárselas a Depression Tony y a los demás amigos catholic punks, poniéndolo verde al pobrecillo desde Bolonia al cantón del Ticino. Pero putadas y gilipolleces no nos importan. Lo que cuenta es que el viejo Alex realmente había acusado el golpe: no me atreveré a decir que estaba —Dios mío— enamorado, pero desde luego había quedado un poco tocado, joder.

En aquellos días le había escrito su primera carta —fruto de una tarde, cinco o seis páginas repletas de emociones y esperanzas muy tardoadolescentes— y por primera vez nuestro rockero se dejaba

llevar, se abría. De acuerdo, había entendido enseguida que con Aidi no era como con las demás pijorras del instituto tipo: «Alex, quería decirte que siento algo por ti, pero no sé qué», y él ¡ñaca! dispuesto a bajarse los pantalones para sugerir la respuesta. En fin, a Alex jamás le había importado una puñetera mierda lo que las chicas pensaran o dejaran de pensar y, al margen de la convención social de no bostezar en la cara de quien habla, había mantenido siempre un desinterés total respecto a las cábalas, las aspiraciones y las paranoias de sus —Dios mío— partners.

Y, en cambio, ahora… Quiero decir, él era el más frío de todos, ¿y de la noche a la mañana nos lo encontramos poeta y desertor de las tardes nihilistas tumbados sin zapatos en la alfombra de los Nardini, hablando de sus malos rollos con los Urban Dance Squad y los Rollins Band que dan mucha más caña que las vueltas a la pista el viernes por la noche?

Lo que hay que ver.

Por lo demás, también pasaban los días en el asfixiante y cenizo instituto Caimani, y las inútiles horas de clase discurrían entre el materialismo hobbesiano y la crítica al marinismo. Los castigos esgrimidos por los profes y los anunciados ajustes de cuentas entre estos y los indolentes de la clase no llegaban nunca, y nuestro amigo, en la duda, no se molestaba en abrir los libros. Estaba sentado en la última fila y leía una colección de Frigidaire que le había prestado aquel kráneo eléktriko del viejo Hoge —cómics y rock de los primeros ochenta— los mismos que Alex cogía de los estantes de su tío Sandro, en casa de la abuela, y hojeaba, inconsciente de todo, inmerso en la gélida edad de los cinco años, tumbado bocabajo en la cama, mientras el tío Sandro recitaba en voz alta su patología médica.

Olor al 77, olor a punk, olor a barras de hierro debajo de los abrigos. Muchas cosas habían comenzado allí a partir de Frigidaire, aunque Alex no conseguía aferrar todas las implicaciones. Mientras tanto, con Aidi, saludos, sonrisas, notitas ocultas entre los cuadernos y cartas cotidianas. Eran días de cuartillas de máquina de escribir decoradas con el sol o un prado, o la flor de cinco pétalos con la que Aidi firmaba sus mensajes. Todo dibujado con lápices de colores. A ella le llegaban cuartillas de ordenador de letra apretada, palabras un poco alegres y un poco tristes en Times 10 puntos; y el viejo Alex se la imaginaba sentada ante la mesa de una habitación que no había visto nunca, mientras leía: «Si quieres un amigo, domestícame». «¿Qué hay que hacer?», había preguntado el principito. «Hay que tener mucha paciencia», había contestado la zorra. «Al principio te sentarás un poco lejos de mí, así, entre la yerba. Yo te miraré por el rabillo del ojo y tú no dirás nada. Las palabras son fuente de malentendidos. Pero,

día tras día, podrás venir a sentarte un poco más cerca…». Al día siguiente el pequeño príncipe había vuelto. «Habría sido mejor volver a la misma hora», dijo la zorra. «Si, por ejemplo, llegas a las cuatro de la tarde, yo empezaré a ser feliz desde las tres. Cuanto más tiempo pase, más feliz seré. Cuando sean las cuatro, me pondré nerviosa y me preocuparé: descubriré el precio de la felicidad».

Y ella y Alex, pese a las mil zozobras existenciales de rigor, eran exactamente felices, aunque el viejo se sentía un poco angustiado cuando pensaba que la suya sólo era una historia de diecisieteañeros con mecanismo de relojería y el jodido timer ya programado para la partida de ella a América.

Mientras tanto, sin embargo, se llamaban a todas horas y, cuando volvían a verse, eran más felices y más fuertes. Cada vez que tenían ganas de verse, se citaban en el centro, se movían entre las luces de los bares, de las tiendas, de los cines, hablando del principito y de cómo liberarse de los condicionamientos de la vida de siempre.

(Una vez había llegado a la cita antes que ella y, apenas la había visto venir, con el casco en la mano y la bufanda roja, apenas la había reconocido de lejos, en medio de la gente, había corrido a su encuentro cantando sin abrir la boca: se habían abrazado riendo, se habían besado en las mejillas frías).

Vivían su extraño sueño y se lo contaban todo y caminaban y hablaban y reían y caminaban y hablaban contra todo lo ya visto como en un largo sueño, aquellos locos. Y después, y después.

y después, un mal día, las palabras entre ellos fueron fuente de malentendidos. Mejor dicho, fuente de un malentendido, sólo uno, pero que era la cosa más triste que el viejo Alex había sentido en toda su vida un sábado por la tarde, frío y desapacible, en la plaza Maggiore, el viejo Alex le había pedido que se enrollara con él. Era lo más natural, dada la situación, ¿no?

Sólo que.

Sólo que ella le había apretado fuerte la mano, dicho que se lo pensaría, pero tenía una sombra triste en los ojos.

Él había vuelto a casa que casi se ahogaba, con el presentimiento de que, durante un tiempo cuyos detalles no conseguía delimitar, no volvería a hablar con Aidi.

Y todo el domingo siguiente, Alex firme, Alex cabreado, Alex pasando de todo, se había quedado tirado en la cama leyendo La gaviota, Dios mío, Jonathan Livingstone que le había prestado precisamente Aidi.

Alex inútil y triste como la cerveza sin alcohol.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Este domingo es el día más chungo de mi vida. Normalmente el sábado por la noche me acuesto tarde o bebo demasiado y el día siguiente es un asco porque me encuentro mal. De todas maneras, el domingo es el peor día de la semana. Ni me lo mencionéis. Ya lo decían, además, Leopardi y Vasco. Bueno, a Vasco tampoco le gustan los lunes, pero en fin. Vale, estoy fatal, pero de una forma distinta a la de siempre… Me acuerdo de Aidi diciendo que es mejor para los dos que no nos veamos más y yo no consigo contestar nada, abro la boca con el corazón a punto de estallar y no soy capaz de decir ni una palabra.

Bueno, sólo sé que me faltarían un montón de cosas sin ella…, sinceridad…, fantasía…, y, además, estoy seguro de haber estropeado un juego secreto, de haber caminado sobre vasos de cristal con la gracia de un elefante borracho… Pero la verdad es que, lo juro, no entiendo dónde me he equivocado. La he herido y no sé cómo. O quizá la he abrazado demasiado fuerte y ahora ella tiene que defenderse de mí…

Escucho «Love Song» de los Tesla y pienso en Aidi cuando la canción dice: «Love will find the way». Siento una especie de agujero dentro del pecho, se me ocurre que mis sentimientos —los sentimientos de todos— son inútiles, se perderán, lágrimas en la lluvia. Aidi no entenderá nunca lo que siento porque está atrincherada en su fortín. «Tengo miedo de que nuestra relación sea demasiado exclusiva, y te quiero un montón, pero tengo miedo de dar». Podría decírmelo. Porque ella tiene otro pasado, otro alfabeto, le hacen sonreír otras historias. Somos irremediablemente distintos, y es bonito encontrar gente distinta, pero quizás es imposible entenderla a fondo. Como en aquella canción increíble de los Cure donde ella es guapísima y el pobre la mira alucinado y ella se siente ofendida y Robert Smith dice: «Por eso te odio».

En cualquier caso, había intentado buscar a Martino a eso de media tarde. Y a Martino le había bastado oír la voz de Alex diciendo «hola» para darse cuenta de que nuestro amigo estaba chungo. Habían intercambiado dos palabras y habían quedado para el sábado siguiente según la fórmula juvenil Salida Etílica Y Quédate A Dormir En Mi Casa.

Martino tenía dos años más que Alex. Se había dejado suspender sin remordimientos en el primer curso, y era un poco el ídolo tóxico del instituto. Habían empezado a salir juntos desde no hacía mucho con el pacto tácito de que él no le presentaría a ninguno de sus amigos house y Alex, a cambio, jamás intentaría introducirlo en el mundo Fender del punk parroquial.

Después, la nueva semana había empezado a gotear, triste y jodida. El viejo Alex procuraba no darle demasiadas vueltas a lo de Aidi. Ella, por otra parte, no llamaba. Así, nuestro amigo estaba intentando reducir todo el rollo al nivel de aquellas historias que han terminado antes de empezar porque a lo mejor ella se lo piensa y dice Uf, creo que sería un compromiso demasiado grande, oye. Uf, quedemos como amigos.

Sí. Quedemos como amigos…

De vez en cuando, en el instituto se cruzaban un segundo durante el recreo. Adelaide siempre iba con alguna colega pánfila, de esas con sudadera de diez billetes y jeans Missoni que descubrían —Dios santo — cinco o seis centímetros de media fina. Ella le saludaba tipo rápido y, después, llegaba ese instante en que en las pelis todavía no se sabe si los dos protagonistas se pararán a hablar, ese instante en que parece que él vaya a preguntarle:

—Qué, ¿cómo te va la vida?

Pero Aidi se iba siempre, seguía dejándose arrastrar en sentido contrario por la marea de lobotomizados que cruzaba el pasillo. Y él sabía que tendría que esperar otras veinticuatro horas para volver a verla y, en todo caso, sería sólo un segundo en circunstancias parecidas. Pero Alex firme, Alex cabreado, nunca daría el primer paso, y entonces hacía como J. Frusciante en el booklet de Blood Sugar Sex Magik, una mueca igual de desencajada, y también él trashumaba. Se iba a hablar de fútbol, de guitarras, de chicas con alguno de los jóvenes cachorros.

Pero.

Pero no conseguía entenderlo. ¿Cómo podía, ella, recurrir a esos métodos; cómo podía uniformarse con todas las demás chicas, con sus comportamientos, con sus truquitos de mierda? ¿Cómo podía ser amiga de aquellas basuras de adolescentes globales?

Porque ella era diferente, eso estaba claro, y parecía totalmente fuera de lugar que hiciera esas gilipolleces, la pijita que intenta evitar a un tío demasiado insistente y demás chorradas.

(Encerrado en la adolescente amargura de aquellos días, había descubierto el recopilatorio de Vasco perdido debajo de la cama: Domingo lunático, Estamos solos, Hígado hecho puré y Te quiero, no has entendido nada).

Del archivo magnético del señor Alex D.

Me mira un segundo de más al pasar por mi lado con sus amiguitas de compresa. Se ve a kilómetros que se da cuenta de que estoy triste. Pero no viene a decirme nada. Mínimo histórico.

Martino parecía salido de un informe sobre los jóvenes a cargo de la Comunidad Europea. Concretamente era el teenager con el que cualquier director de documentales sobre jóvenes podría soñar por la noche: aspecto más que decente, muy preocupado por la ropa —polo Fred Perry, jersey de marca, botas Doctor Marten's—, tenía un léxico de guerrero de la noche y una vespa special azul de falso lumpen. Estaba forrado de pasta, sin embargo. Sus padres se habían divorciado hacía un montón de años. La madre, ahora, vivía con un Caraculo Liberal.

Caraculo Liberal, quizá para aplacar sus complejos de culpa, le colmaba de preciosos vinilos jazz que Martino regalaba a Alex en nombre del be-bop.

(No son tan distintos el jazz y el punk, se decía a veces. Piénsalo, llevan dentro la misma marginación, la misma rabia. Y la heroína está detrás de los dos).

Del auténtico padre de Martino nunca se había dicho nada, y a Martino no le gustaba hablar de su familia. En todo caso, él y el viejo Alex se habían hecho amigos una noche de enero, en una taberna de la calle del Pratello.

Martino figuraba como nuevo novio de Valentina, una de las pocas compañeras de Alex ajena a la cofradía de las siemprevírgenes. Parapetados tras una mesa de madera de la Oktoberfest, habían empezado a hablar de música. A los dos les gustaba el ska, los Madness, los Specials, los Sham 69. Y los dos iban a Inglaterra en verano: Alex, enviado a esas Inglaterras de cartón piedra para turistas milaneses a aprender los phrasal verbs; Martino, a casa de misteriosos amigos locales, a beber y a vomitar, romper sillas, y beber, y.

Aquella noche, después de un par de guinness e innumerables sonrisas tipo De Niro a una pánfila amiga de Valentina que ni siquiera le gustaba y que después, durante dos meses, iría con la historia de que quería ligársela, pero no tenía el valor de decírselo, el viejo Alex se había despedido para ir al servicio y Martino le había seguido dejando a las chicas a merced de las aventuras de interrail de Nardini archisabidas por toda Bolonia.

A Alex le gustaba levantarse, irse, abandonar el grupo, porque está claro, en cuanto uno se levanta, las chicas se ponen a hablar de él. Y al viejo Alex eso le gustaba. A lo mejor decían cosas muy diferentes de las que te susurraban cara a cara, te criticaban, te desmontaban con frasecitas viperinas, pero te colocaban en el centro de la atención, ¿sí o no? Bueno, sí. Bastante. De todos modos, no es que en aquel momento el viejo Alex se sintiera tan digno de atención; probablemente las chicas se ocuparían de Martino, que vivía su

primera salida con el grupo, figuraba como nuevo novio de Valentina y estaba, como tal, en el punto de mira de todos.

Alex admiraba a Martino por su forma de hablar desapegada, y el modo de comportarse, distanciado. Por lo demás, Martino no leía, no escribía, se lo había montado con un antiguo flirt, no tocaba ningún instrumento, no hacía deporte y era el clásico pijo que conocía a todo el mundo: a un tipo así tendría que haberlo odiado. En cambio, el viejo Alex había querido enseguida ser amigo suyo.

(Detestaba mirarse al espejo, en especial el sábado por la noche: tenía invariablemente los ojos brillantes, las mejillas un poco coloradas, el pelo hecho un asco. Por eso lo llevaba siempre muy corto, tipo Flea, el bajista de los Red Hot Chíli Peppers, aunque no le sentara muy bien. Para cortarlo de ese modo se había comprado una maquinilla especial, en Inglaterra, pese a que el Canciller y la mutter lo habían intentado todo para impedirle que la usara. Y bueno, en cambio qué fuerte: delante del espejo del baño, ahora salimos a cenar, luces de neón, y zzz-zzz-zzz, pelo cortísimo, anarquía tricológica. Un poco como en los camerinos antes del concierto).

Martino se había acercado al espejo del lavabo y se había pasado el dorso de la mano por debajo del cuello, sacando la barbilla hacia fuera como si quisiera controlar el crecimiento de la barba: había sido el único gesto hortera del que Alex habría podido acusarlo, ya que, por lo demás, el viejo Martino era impecable.

Martino había seguido andando hasta el fondo de los lavabos, pegado a los urinarios. Había ido a colocarse bajo una ventanita con cristales esmerilados, medio abierta, que daba a un patio sin luz y dejaba pasar el aire helado al interior. Después, había sacado el smoking, el samson y la yerba: empezaba la operación canuto.

—¿Tienes un billete de autobús? —había preguntado Martino al viejo Alex.

—Voy en bici —había dicho nuestro amigo—. No tengo ni uno. Lo siento.

Martino se había encogido de hombros.

—No importa —había considerado—. Lo hacemos sin filtro y ya está.

El viejo Alex no había contestado, y quizá se sentía un poco nervioso, el caso es que había desenfundado el rotulador negro expropiado de una papelería cerca del instituto y se había, cómo decirlo, volcado en una realización particularmente difícil —la bonita inscripción Clash City Rockers en letras góticas— sobre la tapa de un retrete. Una inscripción, dicho sea entre nosotros, siempre menos demencial que Forza Mágica Virtus o Baggio eres guapo o el número

de teléfono de una compañera que supuestamente te la chupa gratis…

Como si existieran en serio las que te la chupan gratis.

Nein, gratis. Quieren o dinero o prestigio social. De acuerdo: no todas. Algunas quieren ambas cosas.

Aparte de esto, Martino había asumido la concentración de un desactivador de explosivos: estaba dando los últimos toques y el canuto tenía un aspecto de una rotundidad exaltante. Era perfecto, joder. Ni demasiado cónico ni demasiado fino, algo más largo que un pitillo normal, parecía bajo innumerables perfiles una especie de fabuloso cigarro marroquí.

Alex seguía dibujando su inscripción con la entrega de un devoto. «Joder —pensaba—. Vaya papel de mierda». Y mientras Martino se sacaba el zippo del bolsillo, habría querido decirle —con el tono menos hortera posible— que se sentía…, eso…, que se sentía un poco incómodo y en fin, sí, en cuanto a él, fumar…, no fumar… Bien, él prefería no fumar. Eso es todo. ¡Brrr! Y de todos modos, ojo, no es que le importase demasiado parecer un crío. Consideremos el asunto desde su punto de vista: Alex era un straight edge, y para él no era correcto fumar con un desconocido, de la misma manera que tampoco le parecía correcto, ¡brrr!, follar con una chica Porque Sí. (Después, afortunadamente, se crece y algunos idealismos se van por el agujero del váter con una musiquilla deliciosa).

—Jefe, yo paso.

La voz le había salido bastante bien. No parecía una especie de chalado, quiero decir. Después de lo cual Martino habría podido decir:

—Pero ¿tú de qué vas? ¡Oye, que es una yerba de puta madre!…

En cambio, nada. Había dado una calada especialmente profunda, susurrado:

—No problem, amigo. —Mientras el olor de la marihuana empezaba a bailar alrededor.

Por mi parte, como persona informada de los hechos, sólo querría añadir esto: Martino no pensaba que Alex fuera un estúpido. De la misma manera que Alex no lo consideraba uno de los típicos guaperas agilipollados que van de ligones por la vida.

Y es más —por si interesa saberlo—, unas semanas después, el propio Martino en persona le confesó que había empezado a respetarlo precisamente en aquella puñetera ocasión, porque nuestro amigo no se había sentido en la obligación de fumar con él si no tenía ganas. Porque Martino estaba hecho así: podía liarse a hostias con alguien sólo porque le había mirado ligeramente de reojo —en definitiva, era un poco ese tipo de buscabullas que se mete en todas las peleas posibles, entre pandilla y pandilla la noche del sábado, entre estudiantes y aborígenes en viaje escolar, entre italianos y albaneses

en las salas de juego, entre boloñeses y romanos en la discoteca y más de lo mismo—, pero habría hecho cualquier cosa, condescendiente y pacífica, por un amigo.

El viejo Martino era uno que se sentía a sus anchas en todas las situaciones, incluso cuando otro se hubiera cagado de miedo, y andaba por ahí con una navaja automática en el bolsillo de la bomber. Además, no tenía que rendir cuentas a nadie si volvía a casa con un tajo o una mano rota. Nadie le sometería a un interrogatorio, quiero decir.

En cualquier caso, también a nuestro Alex le gustaba ir de juerga y privar y descojonarse y bailar pogo etcétera. Sólo que no podía permitirse que le rompieran una botella en la cara, o una silla. Y, de todos modos, él navegaba por ambientes mucho más tranquilos. Y, por tanto, ni que decir tiene que

Aquel sábado por la tarde en que se daba luz verde a la Salida Etílica Y Quédate A Dormir En Mi Casa, había entrado por primera vez en casa de Martino sudado e incómodo a partes iguales. Por suerte, ningún personaje más o menos gilipollas o de uniforme surcaba los pasillos, carísimos, de la villa. La decoración del lugar era terriblemente parecida a la casa de la mujer que el ultravivaz protagonista de La naranja mecánica aporreaba mortalmente con la dichosa polla de cerámica: Cuadros Antiquísimos, Escopetas de Caza, Tapices, la Kolección Kompleta de los Platos Azules de Dinamarca…

En cambio, la habitación de Martino era exactamente como Alex la había imaginado: clásica guarida de quien va a su rollo y consigue otro tanto del resto de los habitantes. Gente que se limita a estar a su alrededor sin agobiarlo, quiero decir.

En fin, tenía un aire muy de guarida, pero la habitación era cualquier cosa menos pequeña. Sólo que estaba llena. Llena a rebosar de cosas como en aquel condenado anuncio de las Timberland: pósters por doquier, ropa por doquier, mantas peruanas por todas partes, fotos por todas partes.

El viejo Alex habría podido pasarse horas allí dentro, sólo para saber los nombres de los tíos retratados en las fotos que ocupaban el tablero de corcho que dominaba la cama o para leer los títulos en los lomos de los discos y de las cintas de vídeo. Para los de los libros, en cambio, habría bastado menos de un segundo: intercalados para apuntalar la colección de revistas Man y de cine, yacían, inermes en su glacial soledad, un Los hermanos Karamazov, un Cuarenta y nueve relatos, un par de cosas de la Arcana sobre los Pink Floyd y un diccionario de inglés nuevo de trinca.

La colección de cintas de vídeo quitaba el hipo en cualquier caso: todo Allen, todo Scorsese, todo Coppola, todo Kubrick, todo el último Verhoeven, todo Malle; Kurosawa, el legendario Aki Kaurismaki, Oliver Stone, Gigante, Rebelde sin causa, Al este del Edén, cinco o seis títulos con Brando, y hasta cosas con actores que nuestra generación raras veces había oído nombrar: Jean Gabin, Louis de Funes, Peter Sellers. Calculando generosamente, ya era mucho si el viejo Alex había visto en su vida menos de la mitad de todo aquello. Y, además, Fellini, Risi senior, Ferreri. ¡Nan-ni Mo-ret-ti! ¡Fran-ce-sc Archi-bu-gi!

Vale. Aparte de eso, Martino le había recibido en bata, una bata de cuadros de lo más chic echada sobre un pijama de algún tejido especial que el viejo Alex no había conseguido identificar al estar acostumbrado al algodón normal y corriente de los vaqueros y la tela paquistaní de las camisetas punkeras de la línea Rock and roll stars: play it loud, wear it proud.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Sinceramente, Martino me impresiona un poco… Debe de sentirse realmente en paz consigo mismo. Debe de haber alcanzado algún tipo de equilibrio interior, si puede pasearse en pijama ya peinado y afeitado, envuelto en todos aquellos vapores de aftershave y dentífrico mentolado. Un tío así sólo puede ser feliz. Estoy seguro.

Gran personaje, Martino. Ha dado por perdidos algunos lados de la vida y ha seguido los que le gustaban. Aunque el hecho de que haya abandonado los estudios y el deporte para dedicarse exclusivamente a las chicas, al cine y a los viajes al extranjero me molesta un poco.

Pero tengo que saber más cosas. Entender mejor.

Martino está lleno de actitudes interesantes. Sólo que me está metiendo un montón de complejos. Me siento, comparado con él, una especie de agilipollado sin remedio. Quiero decir, algunas veces me hace sentir así. O sea, él hace lo posible para que yo me sienta cómodo, pero, joder, yo nunca seré como él. Va a la esteticista a sacarse las espinillas, madre mía…

De acuerdo. Juro que yo también me compraré un bonito pijama y unas zapatillas así, de terciopelo.

(Aquellos días, en la conciencia del viejo Alex se abría paso a empujones la convicción de que apareciendo tan impecablemente pudiente incluso cuando se está solo —es decir, sin que nadie esté allí para juzgarlo— mejoraba también la opinión que uno tenía de sí mismo. Él, en cambio, siempre en la cama en calzoncillos, en casa con los pantalones del chándal y una camiseta o una sudadera cuando hacía frío, con sus zapatillas descosidas; ¿qué coño significaba? A este nivel de introspección, quiero decir).

El tablero de las fotos se extendía a lo largo de toda la cama y podía tener más de un metro de alto. No había demasiado espacio para héroes guitarristas o ídolos de los estadios en aquel desfile; es más, en la mayoría de fotos, Martino se llevaba la parte del león: Martino recién nacido en brazos quizá de la madre, Martino con babero comiendo los restos del helado con el que se ha embadurnado la cara, Martino sonriente en brazos quizá de su padre. A continuación, una serie sobre el tema del carnaval, con Martino disfrazado de los personajes más cotizados por los Under 10 de la época: Martino-Zorro, Martino-Sandokán, Martino-Goldrake, etcétera, hasta una especie de Martino-samurái armado de una considerable espada de plástico y un yelmo empenachado de combate. Luego, en la penúltima serie, Martino en brazos de los amigos de la madre. Veteranos del 68, actualmente editores contraculturales, abogados liberales, profesores no numerarios. Gente toda que no vacilaba en mostrarse, aparentemente sin la menor sombra de remordimiento, con

patillas monumentales, blusones flower power, grandes mostachos y unos pantalones de pata de elefante de los más criticados y zootécnicos de la época. Como cierre: Martino en brazos de los antiguos compañeros de universidad del padre, unos monstruos con el fenotipo de campeón deportivo, pelo corto, dentadura perfecta, mucha pasta, etcétera. Pasando revista a esas fotos, al viejo Alex no le extrañaba que los padres de Martino hubieran terminado separándose. Es más: podía imaginarse algunas pullas venenosas de los amigos trotskistas de ella respecto a los amigos deportistas de él y viceversa. Ahora, en todo caso, la madre de Martino conservaba los capitales de Marx y los diarios bolivianos del comandante Che, bien alineados en la librería de esa villa de las colinas donde vivía con su hijo, mantenida por su exmarido, totalmente encantada en su papel de Señora con clark's que utiliza su Pasado Proletario sólo para brindar algún estremecimiento exótico a los nuevos amigos masonesempresariosrotaryanos.

En las ultimísimas fotos del desfile, estaba Martino con un par de chicas que el viejo Alex había visto alguna vez por los pasillos del instituto. Parecían felices.

A saber quién habrá hecho las fotos, se preguntaba el viejo Alex.

(Si estás realmente bien con una chica, debe de ser difícil encontrar a alguien que os haga una foto sin estropearlo todo explicándoos que no estáis sonriendo lo suficiente. Hay que tener mucha cautela con quien es feliz).

Lo que hacía desmoronarse al viejo Alex era la idea de que Martino, sin dedicarse a ninguna actividad de manera especial, sin excesivas preocupaciones ni sobresaltos inhumanos, sino así, de la manera más sencilla, había encontrado presumiblemente la felicidad: dentro de aquella guarida publicitaria de las Timberland, había empezado a corroerle la duda de que la paz interior, el nirvana, no fueran en absoluto unas condiciones a alcanzar —en el sentido de correr detrás de ellas— como le imponían el Canciller, la mutter y la propaganda semiprusiana del instituto Caimani.

Del archivo magnético del señor Alex D.

A fin de cuentas, el equilibrio interior no hay que buscarlo. A lo mejor ya lo tenemos y, cuanto más nos movemos o agitamos o lo que sea, más nos alejamos de él. El hecho es que, al hablar de equilibrio interior, me siento un pobre gilipollas. Me parece una de esas palabras que se utilizan en las sesiones de psicoanálisis liberatorio colectivo o en los refugios para mujeres violadas.

Vale. Todo me dice que soy fuerte, con objetivos firmes, capaz de abrirme paso en la vida, pero ¿y si uno siente que ha llegado el momento de cambiar un poco de rumbo o, incluso, sólo la necesidad de pararse a razonar en serio por cuenta propia? Quiero decir: ¿y los jodidos siete y medio en latín, por ejemplo, que de simples instrumentos se han convertido en una especie de fin último?… En definitiva, por lo que yo sé debería estudiar para obtener un título que a su vez me permita obtener un buen trabajo que a su vez me permita obtener suficiente dinero para obtener una jodida serenidad completamente guerreada y herida y masacrada por los esfuerzos inauditos para alcanzarla. Es decir, uno de los fines últimos es esta jodida serenidad martirizada. Ese es el razonamiento. No se necesitan genios. Y entonces, ¿por qué debería sacrificar los momentos de serenidad que vienen a mi encuentro espontáneamente por el camino?

¿Por qué tendría que tirarlos a un pozo, si también forman parte del fin al que hay que tender? Si una tarde puedo irme a tocar la guitarra o salir con una chica que me gusta, ¿por qué coño debo quedarme en casa transcribiendo las versiones del traductor o fingiendo leer el resumen de filosofía? La realidad es que me veo obligado a sacrificar mi yo diecisieteañero feliz de esta tarde a un eventual yo mismo calvo y barrigudo, cincuentón satisfecho, que abre la puerta del garaje con el mando a distancia y tiene dentro un bonito coche, una mujer que probablemente le pone los cuernos con el gestor y dos hijos gemelos con flequillo, idénticos en todo a los niños nazis de la kinders. Todos dentro del garaje, a lo mejor no. Digamos más o menos alrededor. O sea, rodeado. Así que la pregunta es: ¿un horror de estas dimensiones vale más que el sol y que el helado de todas las tardes? ¿Más que cualquier chica? ¿Más que Valentina, que llegaba sonriente a la cita con diez minutos de retraso y una camiseta azul sobre aquellas maravillas sorprendentes?

Quiero decir, las fotos de Martino me han hecho percibir realmente el engaño: bastaba con estarse quietos y aprovechar la ocasión, koño…

De acuerdo, Martino vive casi como un joven aristócrata, retirado en su casa de campo, con las citas con el barbero previamente apuntadas en el calendario, poquísimas obligaciones y muchos privilegios. O sea que tendríamos que odiarnos, dado que un servidor viene de la familia más clasemedia que existe —una especie de maquinita de guerra que me ha marcado a sangre y fuego ciertos compromisos con el «Luchar por los Objetivos a Alcanzar» y no exponerse a ser un «Adulto Repleto de Arrepentimientos»—. Vale. Mis padres pueden estar contentos. Soy tan emprendedor y decidido y máquina de guerra que me arrepiento ya ahora.

No sé, pero en casa de Martino, mientras miraba aquellas

condenadas fotos, he tenido la sensación horrible de haber matado uno a uno, día tras día, a aquellos chicos felices… Porque también yo, quizá, habría podido ser tan feliz. De acuerdo, no forrado de pasta como Martino. Pero eso no es lo fundamental para ser feliz. Quiero decir, también se puede vivir bien sin mucho dinero.

Pero puede que las cosas estén incluso peor. Porque he sido yo quien ha renunciado a lo que quería. Como si hubiera abortado todos los días, como si nunca hubiese permitido que naciera aquel chico por miedo a tropezarme con él, por miedo a que alterara mi vida. Y por eso me he concedido siempre pequeñas felicidades de poliestireno: ir al parque, quedarme durmiendo toda la tarde, ver Videomusic en lugar de estudiar, hacer campana, comer mucho, cascármela con especial devoción…

Se veía a kilómetros que Martino hacía todo para que no le fastidiara su costumbre de sábados por la noche mucho más strong —en coche hasta Riccione, eso para empezar, rodeado de decenas de pijas dieciseisañeras despampanantes— en lugar de la sesión de las ocho y diez en el cine Arcobaleno, con Depression Tony sentado a la derecha, a la izquierda Helios Nardini, y en la pantalla Abatantuono y Claudia Bisio soldados en Grecia.

Por eso de que no quería que lo fastidiase, la diferencia aquel sábado en que se debía seguir la fórmula Salida Etílica Y Quédate A Dormir En Mi Casa, Martino había aceptado acompañar al viejo Alex a una de las típicas tabernas de la calle del Pratello a hincharse de birras con las cinco mil cucas que el impecable sacaría de la cartera en el momento de la cuenta.

Habían acabado contándose las anécdotas más pintorescas de sus recíprocas vidas, normal, y Martino en las discusiones de taberna era sencillamente insuperable. Hablaban y reían y hablaban y reían y hablaban, mientras la tasa alcohólica ascendía con calma inexorable; y después habían salido a la calle a ventilar otras chorradas en la noche boloñesa, a hacer carreras desde San Domenico a la galería Cavour, a llamar a los timbres y ¡señora, señora, por favor, abra; hay un amigo mío que está herido, hemos tenido un accidente!, a mear en las paredes y en las macetas de flores y otras empresas no menos definitivas que, si llevas un pedo morrocotudo y tratas de decirte con Aidi ha acabado todo, encajan al cien por cien.

Cuando hicieron un alto en la plaza Minghetti, el viejo Alex ya no podía con su alma. Así que se subieron la capucha de la sudadera, se sentaron con los brazos cruzados y a dormir; al fin y al cabo, aquella noche no había horarios ni interrogatorios tipo ahora me cuentas qué has bebido, cuánto has gastado, apestas a tabaco, hijo mío…

No tenía ni idea de la hora que era, y Martino lo había despertado

a cabezazos: el viejo Alex se notaba los ojos legañosos y el impecable quería arrastrarlo a la calle Maggiore para ver si todavía estaba abierto un barecito que él conocía donde servían una cerveza verde de puta madre prácticamente a cualquier hora.

Pero antes habían luchado en el suelo.

Y al final de la lucha, Martino había saltado sobre su barriga inmovilizándole las muñecas, indiferente por completo a los rodillazos que Alex le propinaba por la espalda. Tardaron un poco, después de haberse levantado, entre varios olisqueas y recíprocas sospechas inauditas, en darse cuenta de que se habían revolcado sobre una alfombra de cagadas de perro.

(Se decidían a volver a casa cuando ya era de día).

Martino conducía la vespa y el viejo Alex iba encaramado detrás con la garganta completamente seca. Mientras se ajustaba las gafas de blue brothers a la nariz y el viento helado lo embestía a bofetadas, se le habían pegado a los ojos varios jirones de un irrepetible, desintegrado y concéntrico instant-karma: la tela rugosa de su cazadora gris del ejército alemán, la preocupación por no haber estudiado física y el lunes tenía examen, menos mal que con las respuestas cerradas se podía copiar de todas formas, el cogote afeitado de Martino a dos centímetros de su nariz de boxeador, la esfera del reloj de plástico con el cristal rayado: las agujas azules señalaban una hora que el viejo Alex había conseguido situar entre las cinco y media y las seis menos cuarto de la mañana. Más seis menos cuarto que cinco y media, de todos modos. Con aquel Watch nunca se entendía una puta mierda.

Habría podido ser otro, en un lugar distinto y en cambio estaba precisamente allí, encaramado detrás de Martino que espoleaba la vespa a todo gas por la carretera de las colinas, una mañana pálida y fría, con un dolor de cabeza cyberpunk por el exceso de charlas y chorradas y angustias y cervezas que habían arrullado aquella extraña noche de perros jóvenes.

(Ellos dos volaban en vespa, y Aidi vivía justo allí, detrás de los repetidores de televisión. Más abajo, a los pies de la colina, estaba el lago de casas envuelto en la niebla).

Por un momento, el viejo Alex había pensado pedirle a Martino que le llevara a casa de Aidi, despertarla, sentarse al borde de la cama y hablarle. Después, había considerado que Martino lo habría hecho en serio, lo de acompañarle, y entonces había preferido no decir nada, y seguir secándose los ojos que lagrimeaban detrás de las gafas por el

fuerte viento.

Eran más o menos las seis y el viejo Alex se notaba la garganta ardiendo y los labios agrietados, cuando Martino había frenado, clavando la rueda delante de la verja de su casa y, a las doce en punto de aquel mismo domingo, el viejo Alex estaba de nuevo en danza —cadáver juvenil en un día de fiesta— para asistir, desde una posición especialmente apartada y al fondo, a la misa dominical en la iglesia de San Giuseppe.

Hacia delante, en algún sitio, debía de estar su hermano con los boyscouts.

También el viejo Alex había sido scout un montón de tiempo: desde lobezno hasta el clan. Detestaba la retórica de familia feliz y las bromitas catoliconas de mierda, pero, a pesar de todo, aquel había sido el mejor grupo en el que había estado metido. Al final lo había dejado, normal, pero seguía viéndose con los demás, los amigos sublimes y alcohólicos y juerguistas de siempre…

«Hoy Cristo está herido. Hoy Cristo está marginado. Hoy Cristo está perseguido. Hoy, hermanos y hermanas, Jesucristo pide limosna por las calles…». El fraile misionero había brindado al público una de sus pausas más logradas y retóricas. Había atraído todavía mayor atención sobre él y, un instante después, tras entornar los ojos como pidiendo perdón de antemano por la barbaridad que no podía dejar de decir, con las manos apoyadas sobre el atril y agarrándolo después como si quisiera arrancarlo, había levantado los ojos: el viejo Alex no había podido evitar un ligero estremecimiento. La mirada del fraile tenía algo de incendiario; las venas de la frente y el cuello se le habían hinchado como de resultas de una mutación. Aquel fraile recordaba de manera curiosa, pero clara, a Lou Ferrigno haciendo del Increíble Hulk, y el Increíble estaba precisamente anunciando a sus ovejitas que, por lo que parecía, Cristo en la actualidad también había sido condenado y sufría en la cárcel.

Nada más probable, había pensado nuestro Alex, aunque no había dejado de confiar del todo en una especie de amnistía milagrosa que pudiese permitir al viejo Jesús llegar allí en persona y cuanto antes —justo allí, a aquella iglesia, a San Giuseppe Sposi di Maria Vergine— para echar a patadas en el culo a aquellas cincuentonas gilipollas del coro que lloraban extasiadas haciendo tintinear las joyas y perdiendo a churretones el maquillaje… Claro que el sermón de aquel Padre Ferrigno, misionero, debía de haberlas impresionado profundamente a las muy gilipollas, obligado a abrir los ojos por fin, ayudado a comprender la hipocresía sin nombre de la que somos capaces los hombres…

(Y que somos realmente cristianos es un decir, y la fe es otra cosa).

… Tiene mucha razón este fraile misionero al decir que la fe hay que vivirla codo con codo con los pobres, los desamparados, los marginados, toda esa gentuza que por suerte no vive en la calle Saragozza. En cualquier caso, hay que tener más caridad, eso está claro. En el fondo, el mensaje cristiano se puede llevar a cabo y difundir también en las sociedades más ricas. Es posible, incluso, que sea más fácil en un país como el nuestro. Podría plantear el tema en el círculo de los rotaryanos de mierda el viernes por la noche y podríamos organizar una recogida de fondos para Yugoslavia o para África. Porque también se sufre en África: esos pobres niños… Sí, sí, hay que hacer un donativito. Y luego le compramos el 164 a Piergiangi, que ya tiene veinticuatro años y no puede ir toda la vida con el Golf, ¿no?, porque el Golf se lo pasa a Maria Stuarda Betty, ¡que ya le falta poco para los dieciocho! …

Alex intentaba creer en Dios, pero el problema más grave eran los gilipollas hipócritas que encontraba en la iglesia. Incluidos los jóvenes de la catequesis que animaban las misas con las guitarras y el coro de vírgenes con blusa y falda hasta los tobillos: le parecía una movida comercial, ¿entendéis?, convertida en necesaria por el hundimiento de la Iglesia, por el hecho de que cada vez menos jóvenes querían ir a misa. Una condenada maniobra ni siquiera muy velada para ampliar la clientela y conseguir que los doceañeros con el aparatito dental quisieran ser como ellos, organizar la rifa de beneficencia y tocar la guitarra e ir al campo para las vocaciones y cantar «Monte Sion» a dos voces e ir a comer pizza con el grupo de la confirmación y echarse novia y casarse y hacer el amor y ganar dinerito y llegar a ser unos pobres gilipollas felices.

Alex sospechaba que en realidad el párroco y los demás frailes detestaban a los jóvenes de la catequesis que animaban la misa con sus guitarras y su coro de siemprevírgenes con blusa y falda hasta los tobillos. Pero el hecho era que el párroco y los frailes ahora los necesitaban. Kuidao, gilipollas, reflexionaba el viejo Alex, porque en la época de la misa en latín a todos vosotros con vuestros aparatitos dentales os habrían llevado al paredón y fusilado y punto.

Dos Never Mind The Bollocks más tarde era otra vez lunes por la mañana y el menda no había estudiado física.

Había llegado a clase con veinte minutos de adelanto y una especie de nudo en la garganta o sensación de remordimiento idéntica a la que tenía de pequeño después de haber sustraído la galletita del molino blanco de la despensa de la mutter.

En cuatro palabras tardoadolescentes, había examen de Física y el viejo Alex no había estudiado ni una palabra. Moraleja tardoadolescente: el joven necio que durante las clases de Física había estado leyendo Frigidaire y revistas de música, que esto no es música es ruido, se encuentra con seis lecciones que estudiar y, en lugar de encerrarse en casa, sale con malas compañías y la víspera del examen se dedica a hacer el gamberro en compañía de un amigo de los que más vale perderlos que.

Vale. Ahora recibiría el justo castigo, ya que toda esta jodida historia está jodidamente ligada al catolicismo.

Se le estaba estrechando el cerco al viejo Alex y, entonces, había intentado valorar la situación desde cierta altura, como un estado mayor en dificultades los mapas de una maniobra de diversión: Oscar llevaba tres días en casa con una gripe inventada ad hoc para estudiar griego, así que nadie de quien copiar. Barone sabía menos que él y, por tanto, no. Los demás compañeros posibles estaban todos demasiado lejos de su posición, o sea que.

Había estado dándole vueltas toda la noche del domingo el viejo Alex, cuando los complejos de culpa no le dejaban dormir. En el primer examen había sacado un suficiente alto que habría sido una pena echar a perder con la débácle termodinámica que le esperaba ahora. Bloc de justificantes: ya habían sido utilizadas siete hojas. En esencia, le quedaban otras dos campanas tácticas antes de que el bloc fuese retenido en secretaría para efectuar los controles…

Mientras valoraba desde cierta altura los mapas para la maniobra de diversión, el viejo Alex había sorprendido en tránsito al Socialdemócrata de segundo E con náuticas y cazadora de jubilado. Cayeron las recíprocas palmadas en el hombro.

—Eh —había dicho el viejo Alex—, a lo mejor hago campana.

—¿En serio? ¡Genial! —había considerado el Socialdemócrata, pero luego no había añadido nada más, el muy puta. Al contrario, ya estaba poniéndose a salvo—: El caso es que hoy tengo latín —había balbuceado, poniéndose medio colorado—. Pero la próxima vez quedamos antes y hacemos una megacampana de cojones, ¿eh?

(Sí. Un huevo una megacampana).

De todas formas, le brillaban los ojos al gilipollas y a lo mejor, durante un segundo infinitesimal, había tenido la tentación de quitarse la jollinvicta de encima y desenganchar la bicicleta, pero

después su mirada se había vuelto opaca y había ofrecido al mundo la enésima prestación de medio pelo:

—Bueno, nos vemos, eh, Alex. ¿Estarás a la salida?

Gilipollas.

«Jódete —había dicho para sus adentros el viejo Alex—. Que te den por kulo».

Luego había soltado un puto «Quizá», tan inútil y triste como una cerveza sin alcohol.

El problema del Socialdemócrata era que nunca quería decepcionar a nadie. Aquel desgraciado se esforzaba en demostrarte que le gustaba todo y estaba de acuerdo con todos, pero seguía siendo un misterio qué koño hacía para contentar a los demás y por qué koño lo deseaba realmente.

Había a quienes les gustaban así en este mundo.

Después, mientras las bedeles de siempre abrían la verja y los lobotomizados del Caimani se apretujaban para entrar, nuestro rockero había sido fulminado por una única idea: «Largarse de aquel tumulto absurdo, y cuanto antes».

El viejo Alex se había sentado en la barandilla de la entrada, desmarcado del río de jollinvicta y mandarina duck que bullía impetuoso. Todos los de cuarto estaban entrando en masa. Con tal vez quince minutos de adelanto sobre el timbre. Sin contar con que llevaban allí un buen rato, como esos fans enardecidos que van al concierto con horas de adelanto respecto a la apertura de las puertas. También el viejo Alex se comportaba así cuando hacía cuarto, y ni a la salida se paraba nunca a charlar un rato ni participaba en las asambleas. Durante el recreo se quedaba en clase para jugar al fútbol o escribir dedicatorias —Dios mío— en los diarios; nunca salía al pasillo. Y, en cambio, eran precisamente esos los compromisos importantes, pero él sólo lo había entendido al final: el único momento en el que no era importante estar allí era a la entrada. Salvo no estar obligado a hacer campana y encontrarse sin colegas como ahora. En todo caso, le costaba creerlo porque estaba seguro de conocer, aunque fuese de vista, a todo el mundo de la escuela —y, en efecto, los famosos eran siempre los mismos veinte o treinta—, pero aquel submundo, a aquellos pijísimos Puntuales no recordaba haberlos visto nunca.

«Debe de ser la primera vez en todo el curso que llego antes de la hora», se había dicho perplejo, mirando con los ojos muy abiertos a los monstruos forunculosos con todos aquellos malditos flequillos, los aparatitos dentales, las sudaderas chillonas de las escuelas medias: aquellos monstruos adolescentes demenciales se movían en grupos. Por bandas. Por clubs.

Quién sabe cuántas casas, quién sabe cuántas familias más o menos burguesas, había detrás de aquellos monstruos. Y quién sabe cuántos armarios repletos de ropa, cuántas madres que decían Robertamaria no hagas eso que tú eres muy buena chica y son los chicos los que no tienen las ideas claras…

El viejo Alex intentaba anular todos los cuerpos y enfocar sólo la ropa interior y punto. Se habría necesitado la Supervista del señor Kent, de acuerdo, pero la idea era fascinante, admitámoslo: todos aquellos cientos de bragas, camisetas, sostenes de todas clases y medidas en movimiento. Digno de Stephen King en cierto modo.

Después, el viejo Alex había descubierto las primeras caras conocidas. Bugani, con la cazadora de camuflaje atiborrada de yerba; Tito Scarpa con las muletas; el viejo Cico vestido de autónomo, veterano okupa de la Isla; Mazza, con el casco en la mano; De Luca con el último ligue de De Luca. Y su clase encuadrada en el montón: una zona opaca de asexuados ni simpáticos ni inteligentes, más una patrulla de amigos deprimidos y verdaderos y un par de coños de interés público. Por último, Rinaldi, el amigo del viejo Hoge, imperturbable con su cazadora tejana, granos y pelo al cepillo. Era uno de los chicos más simpáticos Rinaldi. Uno que no se metía absolutamente nada, y Alex se había preguntado un montón de veces cómo podía encontrarse a gusto alguien tan espontáneo y sin prejuicios en aquella escuela de gilipollas muertos. Probablemente no se encontraba a gusto para nada, había sido la conclusión.

Hoge le había dicho que con Rinaldi se acababa siempre hablando de Sexo Puro y Duro, porque era una especie de maníaco sonriente y feliz, y cada vez que se levantaba alguna de sus compañeras para ir al lavabo o tirar algo a la papelera, Rinaldi empezaba a susurrar:

—Desde luego, se le ha puesto un culo buenísimo, ¿no crees?

Y enseguida se lanzaba a fantasías muy audaces que podían turbarte. Y en efecto aquella cabeza eléctrica del viejo Hoge ya no quería sentarse a su lado, porque todas aquellas fantasías innombrables lo distraían demasiado.

El resto del tiempo, cuando ninguna de las compañeras tenía que levantarse para ir al lavabo o tirar algo o, Rinaldi leía importantes libros en inglés tipo la Historia de Apple Computers y se le podía considerar uno de los pilares del grupo de los lavabos.

Cada profe daba su clase-tipo. El viejo Alex & socios conocían sus esquemas de memoria: estaba el profe que primero preguntaba y después explicaba, el profe que a veces explicaba y a veces preguntaba, y después estaba la seño de italiano que había trabajado sobre los Bembi y los Castiglione casi hasta noviembre rodeada de un desinterés sepulcral.

Durante las preguntas no había problema, uno se podía quedar fuera y entrar sin que pasara nada, mientras que si se volvía a clase rascándose más o menos el paquete, sorbiendo con la nariz o arrastrando los pies durante una encendida lesson sobre Hesíodo, una ecuación de varias incógnitas, los anillos de Saturno, era probable que el profe se lo tomase como una ofensa personal. Durante clases interesantes de ese estilo era aconsejable entrar como una tromba —una expresión normalmente desesperada por haberse perdido algunas sílabas fundamentales podía ayudar—, zambullirse en el propio puesto de combate, empezar a tomar apuntes de forma furiosa y recuperativa, escrutar la pizarra con determinación de acero y levantar la mano para hacer en el momento oportuno una mierda de pregunta tan socorrida como plausible. Si se seguía bien el procedimiento, al final de la clase el profe conservaría de tu careto, a nivel del inconsciente, un recuerdo incluso vagamente positivo.

Si en cambio había peligro del «ven aquí-ven aquí», se seguía fuera y punto. Los únicos profes que mandaban buscar a los dispersos eran los menos interesados de todos, los que no pensaban en dar bien sus clases, sino sólo en cuántos sitios libres había en el aula. Los profes que no daban ni golpe eran los peores. Tenían la conciencia sucia e intentaban joderte cada vez.

En cualquier caso, el que salía primero se asomaba a la puerta de las demás clases por las que estaban diseminados los compañeros de los lavabos y con un gesto, sin que los profes los vieran, llamaba a quien debía llamar. Al viejo Alex le gustaba interceptar la mirada de alguna pánfila sentada muy atenta, poner la cara de Johnny Rotten e indicar con muecas y gestos el asiento del compañero requerido. Después de dos o tres muecas, la pánfila de turno comprendía, se volvía en la dirección correcta y señalaba la puerta a Hoge o a Rinaldi o a Depression Tony o a Leo Chernobyl, y aquellos indómitos se levantaban, lanzaban una mirada de control a su alrededor y alcanzaban la puerta siempre con la cabeza un poco baja para que el profe no viera que estaban sonriendo.

En los lavabos se bebía cerveza tibia. Heineken comprada en el súper la tarde antes, metida en la nevera a escondidas, ahora otra vez caliente. Pero a Alex le parecía fantástico salir de la clase con la lata escondida debajo de la camisa, ver al fondo del pasillo a sus amigos punk parroquiales que asomaban por la puerta de los lavabos y le hacían señas de que corriese para no ser sorprendido por las rondas de los bedeles teledirigidas por el director.

(Era el sitio que más molaba del instituto Caimani, los lavabos. El sitio donde nadie venía a darte el coñazo si hablabas de las recensiones de Blast o de la realidad virtual o de preservativos o de los

conciertos rock en Chiesa Nuova, Sant'Egidio, Santa Rita).

Durante aquellos años de chupópteros inexpertos, como diría Caulfield, Alex había crecido sintiéndose mucho más del lado de los textos revolucionarios de los Negu Gorriak y de «Anarchy in the U.K.», de los Pistols, que del Alfieri y de la Anábasis de Jenofonte.

Los chicos de los lavabos también hablaban de política. Se sentían rojos, radicales, anarquistas. Odiaban, y eran correspondidos, a los gilipollas nazis que proliferaban en su escuela, hijos de hijos de tenderos, agentes comerciales, dentistas, hijos de una ignorancia italiana sin complejos. Se sentían parte, con matices diferentes, de una izquierda sonriente y sincera. Simpatizaban con el mundo underground de los centros sociales okupados y de los sellos discográficos independientes y, sobre todo, odiaban a los plastas pinochos de las organizaciones de partido.

(En la ciudad, los pinochos de partido habían autorizado el desalojo de los centros autogestionados como la Isla o la Fábrika. Los pinochos de partido lanzaban proclamas de altos vuelos —pintaban Bolonia como una especie de lugar en el que se había prácticamente conseguido el socialismo de rostro humano— y luego bajaban en Mercedes de sus villas en las colinas para dispensar sonrisitas fatuas y pre o post electorales cada vez que ganaba la Democracia Cristiana).

(No eran más que pinochos y vips de mierda, como rugía Dee Dee Bombay en la maqueta de los Splatter Pink y sus hijos Pierdavide, Gianfrancesco, Camillamaria estaban en clase haciendo girar sus cerebros en el vacío, pensando en cómo patearse treinta billetes el sábado por la noche, dedicando sonrisitas de mierda al profesor que hablaba de la Comuna de París).

Pues bien, para el viejo Alex y sus amigos, también aquello era un poco guerra de clases; guerra entre quien iba de puto culo y quien lo tenía todo por la suerte de haber nacido rico o porque sus padres nunca habían declarado a Hacienda. Y después estaban las fiestas de los dieciocho años en la villa y los padres rotaryanos masones de mierda y los campeonatos bronceadores de tenis,

¿no?

Los mayores del grupo de los lavabos, toda gente en edad de votar, pensaban en Refundación Comunista en cambio. O bien, como el viejo Alex, simpatizaban con las ideas y los programas de los antiprohibicionistas.

De todos modos.

Nos habíamos quedado en cuando Alex veía a Rinaldi, ¿no?

—Hola, viejo —le había soltado el viejo Alex.

—Eh —había contestado Rinaldi—. ¿Qué haces aquí, antes de la hora?

El viejo Alex se había encogido de hombros. Se veía que estaba colgado.

—Así —le había espetado Rinaldi—, ¿qué coño de asignatura tienes esta mañana?

Uf, lo había calado. No cabía la menor duda.

—Dos horas de Griego —había dicho el viejo Alex, y sus ojos habían vibrado con una extraordinaria esperanza.

—Historia, el puto examen de Física… Oye —había dicho luego—: Oye, ¿te molaría hacer campana? Mira, la verdad es que no sé qué coño hacer.

Lo había escrutado de una forma terriblemente directa y el viejo Rinaldi se había pellizcado la barbilla.

Uf. Le molaba. Le molaba cantidad.

Sólo había que tranquilizarlo ahora un poco y el viejo Alex era un maestro cuando se trataba de tranquilizar al personal.

(Siguieron momentos de intensidad lacerante en los que los latigazos de adrenalina llegaban a manadas de todas partes).

Después pasó la Boriani de Química y el viejo Alex arrastró a Rinaldi a la sombra y le dijo:

—Que no te vean, que pasa la Boriani.

Y Rinaldi se zambulló en la zona de sombra de la entrada, ágil como un delfín, porque una vez lo había visto la Boriani justo delante del instituto y él no se había dado cuenta y había hecho campana tan ancho. Y a la mañana siguiente, mientras entregaba el justificante —Graves Motivos Familiares—, aquella le había soltado un sonoro

—Fíjate qué raro, Rinaldi, ayer me pareció verte. Aquí, delante del instituto.

Y él, con un aire a medio camino entre el cura acusado de pedofilia con los niños de la catequesis y el sobrino inconsolable, había sacudido la cabeza enérgicamente diciendo:

—Lo siento; ayer es imposible porque toda la familia estábamos en Parma en el funeral de mi tío.

La historia del tío difunto la habrían oído por lo menos cien veces, pero cuando Rinaldi decía:

—No, no; estábamos todos en Parma

las carcajadas y las muestras de aprobación llegaban hasta el cielo. No era una idea tan simple, al fin y al cabo. La historia del funeral de un pariente se le podía ocurrir a cualquiera, pero ¿y la clase soberbia de aquel detalle geográfico, con ese flash de vida familiar en Parma?

Te parecía estar viendo al viejo Rinaldi, que de pequeño iba a Parma con su familia, a visitar a este tío ingeniero ahora desaparecido.

Casi lo sentías por ese hombre que nunca había existido.

Muy bien. El viejo Alex y Rinaldi habían puesto rumbo al Bar de los artistas, refugio de cualquier especialista en campanas que se precie y, por un segundo, Alex se había visto reflejado en el espejo del bar y había pensado que aquel día se gustaba bastante: camisa gris abrochada hasta el cuello, pelo cortísimo, vaqueros schott con el borde superplanchado y Doctor Marten's deslumbrantes con la tira amarilla bien visible en la goma de la platform sole. Y después, mientras se perdía en proyectos de cortes de pelo cada vez más radicales y chapas del West Ham United cosidas a la cazadora militar o a la bomber para épater la bourgeoisie, había vuelto a acordarse de Aidi, que en aquel momento debía de estar a cincuenta metros de allí, a punto de entrar en el instituto, y se había sentido como en una peli y habría querido salir a la calle gritando, así, sin cazadora, con el bocata a medio comer y la botella en la mano, ver a Aidi de lejos a todo color mientras hablaba con las demás pánfilas en blanco y negro, derribar a codazos a todos los que se cruzasen en su camino, acercarse a ella, preguntarle solamente «¿POR QUÉ?» y, luego, volver a empezar desde el principio porque se veía a kilómetros que lo suyo no se había acabado y se veía que ella también lo sabía a la perfección. Pues, entonces, joder, estaba decidido; al volver a casa, aquella misma tarde, le escribiría una carta que no dejaría lugar a equívocos y en el plazo de cuatro o cinco días aquella situación absurda habría terminado.

Un cuarto de hora después, en el Bar de los artistas había aparecido también Hoge, que venía de una redada en la zona del Benfe y andaba en busca de colegas. De vez en cuando, entraba algún otro campañero con los libros y el casco. Los tipos de la barra servían cafés y charlaban con los clientes adultos. Y luego había sido Rinaldi el primero en arañar el extraño silencio que se había apoderado de su mesa del rincón —el silencio y aquel otro sentimiento que estaba invadiendo a los otros tres y que no era exactamente nostalgia por cuarenta minutos antes, cuando estaba cada uno en su propia cama, con los pósters y las fotos colgadas encima de la cabeza y las mantas enrolladas en las piernas—, pero que igualmente les hacía sentirse un poco tristes y era del todo necesario escupirlo.

—¿Sabéis qué os digo? —había dicho Rinaldi, cruzando los brazos de forma irrevocable—. Que ahora nosotros nos vamos a mi casa.

—Vale, adjudicado, coño —había considerado el viejo Alex, intercambiando una mirada de entendimiento con Hoge—. Bueno. ¿Dónde vives, tío?

Habían dejado las mochilas y las cazadoras sobre la cama de Rinaldi, en la habitación que compartía con un hermano en edad de póster de Gullit, Subbuteo, Micromachines.

Por la decoración se diría que la familia de Rinaldi no era especialmente rica, pero de todas formas tampoco era especialmente pobre, sino más o menos como la media nacional y, por tanto, por debajo de la del instituto, poblado en general por hijos de coleccionistas de coches de época, grandes propietarios de tierras, etcétera. Tal vez eso de los padres coleccionistas etcétera era sólo un detalle no como tal determinante.

Tal vez sí, pero no dejaba de tener su peso.

En una sociedad en la que un diecisieteañero se resistía a tener como compañero de habitación a un chico que usaba maletas más baratas que las suyas, había varios detalles que tenían su peso.

El viejo Alex estaba contento con Rinaldi y le hubiera gustado que sus amigos fueran todos así, que fueran transparentes respecto a sus raíces de barrio, que no hubieran olvidado los patios en los que habían correteado de niños ni las tardes transcurridas recogiendo las fichas de teléfono olvidadas por los mayores cuando todavía existían las viejas cabinas con el botón amarillo de devolución.

Alex se había dejado caer sobre el sofá de la sala de estar, al lado de Hoge y de su sudadera desteñida, y Rinaldi ya estaba haciendo lo posible para romper el hielo y para que se sintieran a sus anchas. En un momento dado, había aparecido con un tentempié digno del viejo Burgess —vodka helado más corazones del molino blanco—, y los gritos de aprobación habían subido enseguida hasta el cielo.

La botella de cristal opaco había empezado a volcarse sin prisa en la mano fluida y nerviosa del viejo Alex, Hoge no había dudado en descolgarse con el chiste del sardo que se ofrece a follarse a la gorila de doce metros. Y además estaban los corazones, que eran unas condenadas galletas que con el vodka helado, Cristo, estaban de muerte. Los corazones no existían cuando ellos eran pequeños; había sólo hojaldres, los de miel, los de granitos de azúcar y pocas clases más que ya parecían buenísimas comparadas con los bizcochos secos, que siempre se deshacían en el té caliente antes de darte tiempo a sacarlos.

Rinaldi había pinchado un poco de Pink Floyd.

Y luego la conversación había derivado hacia el fútbol.

¡Sublime y sociológico!

A fin de cuentas, hablar de fútbol en el Caimani era una forma de distinguirse de las multitudes de sagaces tenistas y bronceados esquiadores que apestaban el aire, porque el fútbol en Italia —a determinados niveles juveniles— era llenarse de barro hasta las orejas en campos enfangados, despellejarse las rodillas en los patios,

madrugar el domingo y pedalear en la niebla para ir al entrenamiento con los amigos de la liga Ghepard.

Interesarse por el balón o el rugby o el boxeo o el ciclismo en determinados ambientes escolares quería decir desmarcarse de la ñoñería de los demás diecisieteañeros mimados. Quería decir que se sabía estar en un bar, que se sabía hablar con un barbero, que se sabía volver a casa solos aunque fuese de noche y la vespino estuviese averiada y no se tuviese dinero para coger un taxi. En dos palabras tardoadolescentes, quizá fuese precisamente esta una de las razones fundamentales del look muy agresivo del viejo Alex: distinguirse de los diecisieteañeros con polo Ralph Lauren y rizos rubios de querubín afeminado.

En cualquier caso, roto el hielo definitivamente con las discusiones sobre fútbol, de acuerdo con la teoría de los lugares comunes, en la sala de estar de Rinaldi, la conversación había naufragado en los consabidos temas: y tetas y coños y culos y.

El viejo Alex era el más viejo del grupo, aunque por pocos meses, y Hoge y el dueño de la casa se conocían bien; no cabía ninguna duda, le tocaba a él soportar las preguntas más audaces de Rinaldi. Y, en efecto, el viejo Rinaldi ya se había dirigido a él con el aire totalmente confiado que se podría utilizar con el propio gestor:

—Oye, viejo, en tu opinión ¿cómo es la Tedeschi?

Por la risita que se le había escapado a Hoge, se entendía al vuelo que aquel tema era el núcleo en torno al que giraban diariamente debates apasionados y comeduras de coco de un montón de gente, una especie de enigma semicolectivo todavía por resolver. Si quería conservar la autoridad de la que siempre había gozado, nuestra roca tenía que dar la respuesta adecuada. A lo mejor a uno le gustaba y al otro no. Por cómo lo había preguntado, a Rinaldi le gustaba seguro.

Al final, el viejo Alex había sonreído, como un buen padre antiguo que conoce y, en definitiva, comparte las debilidades de los hijos:

—Bueno, la Tedeschi es una Entidad más que endiñable. Culo muy bien, también por delante… No, no; más que endiñable, oye. —Rinaldi estaba derritiéndose, se veía, ¡tenía una mirada…!, pero Hoge parecía más que escéptico—. Y también la cara —había insistido el viejo Alex —. La cara también es estupenda. Además, a veces las rubias, sobre todo las teñidas, son un poco putones, ¿no? Y en cambio la Tedeschi… Vaya, que no es un putón.

Bien, ahora había conseguido, además, la semiaprobación del viejo Hoge.

—Hacedme caso. La Tedeschi es una Entidad muy pero que muy endiñable. ¡Hostia puta, esa lleva unas perfecciones a cuestas alucinantes! ¡Parece una muñeca hinchable de tan perfecta!

Rinaldi, apalancado en el sofá, con las manos en la barriga,

cubierto de migas de galletas, había empezado a rememorar.

—Ay, en cuarto me venía detrás, ¿te acuerdas?

—¿En serio? Si eso es verdad, yo que tú ahora estaría comiéndome los puños, mira lo que te digo.

—Oh, no creas que no me los como. Iba detrás de mí, ¿no te acuerdas? Fui un cretino, no tengo remedio.

—Ahora va con Mazzuoli, el de tercero C. Ese ligón que tiene un Golf rojo.

—Sí, pero va con el ligón sólo porque tiene coche. Dios, si pienso que en cuarto iba detrás de mi menda… De todos modos, ¿queréis saber por qué va con el Mazza? Yo os diré por qué. Porque nuestras compañeras son todas putas. Putas de la peor especie. Putasmonjas. Fingen ser monjas y luego, cuando encuentran a un gilipollas, pero a un gilipollas de verdad, se transforman y se vuelven peores que las fulanas de la calle.

—Bueno, no todas. La Pastorelli no.

—Pero, perdona, esa es un callo espantoso. Es evidente que nunca será una putamonja. Es un callo. Nunca será una putamonja…

—Sí, de acuerdo, pero yo me la tiraría igual. Y además son todas unas putasmonjas, oye, incluidos los callos. Tú vas y les metes una bolsa del pan en la cabeza y luego apagas la luz… Total, de allí son todas iguales, tío.

—Pero para eso tanto da… Quiero decir, también el autoerotismo es algo. Pues, entonces, tanto da el autoerotismo, perdona.

—Vale, pero es distinto, perdona, allí tienes un cuerpo que se mueve contra ti…

—Sí, sí, pero es el cuerpo de la Pastorelli. No sé. ¿Y si después no se me levanta para el resto de mi vida?

—Oh, cómo se llama esa de vuestra clase muy pánfila, con dos grandes tetas, delgada…, muy endiñable…

—¿Flavia Maria Ferri?

—Exacto, sí. Flavia Maria.

—Ah, joder, esa sí que es superendiñable. Sólo sale con los de veinticinco años… O sea, me estás hablando de Flavia Maria Ferri, me estás hablando…

—Pero, según vosotros, ¿esos tipos enormes que vienen a buscarla luego se la follan?

—Yo creo que se la han metido hasta el fondo —había soltado el viejo Alex—. Y digo el fondo.

—A este paso, terminamos en el talego —había dicho el viejo Hoge.

Ya no daba tantas señales de vitalidad como al principio. Cada cinco minutos se echaba un trago y se había entristecido un poco, parecía. En cambio, Rinaldi se veía que estaba volando por el bosque

de su fantasía con toda la Flavia Maria Ferri desnuda en la ducha, en un hotelito mexicano, y él que irrumpe con un coco en la mano…

—Desde luego, meterla…, bueno, no es tan fácil.

—Ten, no lo pienses. Hagamos otro brindis.

—Todavía está fresquito, ¿eh? Baja que no veas. Brindo por el amor, joder.

—Correcto.

—Más que correcto. Por el amor.

—Desde luego, en las películas se ve gente que se conocen por la tarde y por la noche ya están allí, dale que te pego. Enseguida. Durante horas. Pero aquí no pasa eso. Quiero decir, ¿dependerá de la edad?

—La edad no tiene nada que ver. Depende de la escuela. Son todas coños de madera, ¿es que no las ves? Esas largan, largan, largan y nunca se abren de piernas. Bueno, no a nosotros, por lo menos. Esas se las dan de mucho, pero a la hora de la verdad nada de nada. Y, entonces, tú vas y te buscas la vida, te vas a ver otros mundos. Qué sé yo, vas a una escuela católica. Las de las escuelas católicas aprenden a chupártela a los trece años. Lo dice también mi primo Nando: Hijas de María, al primer día. Oh, yo tengo una teoría a propósito de las chicas, y mi otro primo Pietro, el de la playa, me la ha confirmado: las que durante el año van de muy enrolladas y todo lo más te dan un platónico bessso en la boca en vacaciones y especialmente en la playa se desmadran, coño, completamente. Vale. Pero decidme: ¿será que los chicos de la playa les gustan muchísimo más? ¿O será que en la ciudad les parece feo dejarse follar? Imposible, ¿correcto? Y, además, mi primo Pietro de la playa, pero no sólo él, otros también, bueno, me ha jurado que estas turistas caen sobre Rimini a la busca y captura espasmódica de pollas, pero después de haberse pegado el gran lote, cuando vuelven a Parma, a Varese, a Luganobella, a Vicenza, a Bergamo, a Guastalla, a Verana, en fin, a todos los sitios a los que vuelven, ¿sabéis qué hacen?, cortan todos los puentes con los boyfriends de la playa, tipo no contestan tus cartas, no se ponen al teléfono… Dejan de hablarte. Para ellas es como si te hubieras muerto. Levantan esos muros de frialdad polar y si te he visto no me acuerdo. ¿Es eso justo?

No, no lo era. Aplausos.

Vodka.

—Todo esto está claro. De acuerdo. Pero también tiene que ver que estamos en Italia, perdona. Hay países y países, ¿correcto? Hay países ricos y hay países pobres. En los pobres nos consolamos así. Quiero decir, ¡pero miremos a Grecia!, ¡miremos a Portugal!, ¡miremos a África! ¡Pero, joder, hay lugares en los que la gente a los quince años

ya tiene tres hijos! ¡A los quince, a los catorce años, ya tienen tres hijos! Y luego están los países católicos y los países no católicos. En los países católicos, las chicas tienen un montón de complejos, tienen miedo de ser unas putas, a lo mejor les da por lo de la igualdad (ahora, de todas formas, no tanto, porque se han dado cuenta de que es más cómodo quedarse en casa sin hacer nada), pero de todas maneras, de la polla no quieren saber nada ni aunque te pongas de rodillas. ¡Pero en cambio miremos al norte!, ¡miremos a Holanda!, ¡miremos a Suecia! Aparte de que allí, a los catorce años, las chicas ya están estupendas. Aquí tienen el aparatito de los dientes, el pelo graso… La verdad, no sé…

—Como la amiga de Zanardi.

—Sí, pero esa tiene dieciocho años, no catorce. ¿Entiendes? No es lo mismo.

—Vale, vale; la amiga de Zanardi realmente da asco. De todas maneras, las cosas están como yo digo. Id al norte de los Alpes y lo veréis.

¡Koño! ¡Vamos!

¡Vodka!

—A mí este verano, me mandan a Exeter, a un college —había dicho Hoge. Se estaba apagando poquito a poco, aquel chico.

—Yo el año pasado estuve en Londres con una familia. La dueña de la casa tenía dos hijas, una de nuestra edad y la otra con un año menos.

—Ahora resultará que te las tiraste a las dos a la vez. ¡Dime que es así, te lo suplico!

—Sí, y a la madre también… ¿Pero tú estás tonto o qué? La mayor se llevaba a la habitación a unos tíos enormes. No, no, ni hablar. La otra, en cambio, que parecía recatada y educada y modosita, llevaba un calentón de no te me arrimes. Rita. Se llamaba Rita. Vale. Un buen día estábamos en casa los dos solos, ella estaba en su habitación y yo estaba en la sala viendo la tele. De repente, la tía baja ¿y no viene a sentarse a mi lado? Bueno, había dos sofás enormes en aquella sala y la tía va y se me sienta justo al lado, casi encima, y me pasa un brazo por detrás de los hombros…

… Pues sí, lo que más le tocaba los cojones al viejo Alex era que sus historias eran verdad. De acuerdo, a veces había tenido que cargar un poco las tintas, pero está claro que nuestro viejo no era de aquellos troleros más o menos juveniles que veías por ahí en aquellos años. Sólo que no había nada que distinguiese al mentiroso que juraba ser sincero del sincero puro, esa era la putada, y entonces lo mismo daba contar con ligereza las verdades y con gran verosimilitud los faroles, ¿no?

—… En fin, yo hasta ahí no he abierto la boca. Y ella, entonces, ¿no empieza a mirarme a los ojos con aire de Bambi? ¿No va y se me pone justo delante? Daban Los tres caballeros en la tele y uno de los falsos pistoleros había llegado al momento del matorral que canta…

Vale, cine de suspense, pero eso al menos reconozcámoselo al viejo Alex. Quiero decir, mezclar una escena de paz hogareña con una de sexo da enseguida la idea de un follador satisfecho, casi distraído. Y esto, al menos a ciertos niveles tardoadolescentes, gusta. Y da juego.

Ahora, por ejemplo, acababa de modelar en el aire, en la salita de estar del viejo Rinaldi, las caderas quinceañeras de Rita Wilson. ¿Podía no darle juego un gesto así? No, no podía. Tanto es así que el viejo Rinaldi tenía los ojos en trance y parecía sufrir una seria luxación en la barbilla… Hoge, nada, en cambio. Estaba apalancándose sobre el sofá a ojos vistas y nada más…

—… En fin, en la tele están Los tres caballeros en la escena del matorral que canta y Rita Wilson ¿no va y empieza a quitarme la camiseta? Yo, nada. Inmóvil. La miro sin decir nada. Hasta que llega un momento en que me pongo de pie y empiezo a desnudarla yo también…

Y aquí, aquel tardoadolescente del viejo Alex había abrazado a su público con la mirada —movimiento de piloto de caza en picado que se lanza sobre un punto muy concreto del terreno—, mientras el viejo Rinaldi ahora ya con luxación de mandíbula seguía mirando al suelo, a la espera de que la casi sixteen years old Rita Wilson se materializase, sudada y jadeante, allí mismo, sobre la alfombra del salón de su casa…

—… ¿Qué otra cosa podía hacer en aquella situación? Tuve que cepillármela allí mismo, en la moqueta, y después, mientras ella se duchaba, vi el final de Los tres caballeros, cuando se cargan a los hombres del guapo.

A veces, la realidad superaba las fantasías más descabelladas.

El viejo Alex.

Bueno, de esas fantasías, él, a Rinaldi y a Hoge, en aquella ocasión en que estaban los tres en la sala de estar de los Rinaldi, no les había dicho nada, y eso que la historia con la inglesa quinceañera era bastante cierta, sólo que no había sido nada del otro mundo. Recordaba exactamente el lugar: los discos de Joan Armatrading y Lionel Ritchie apilados sobre la cómoda, los visillos semitransparentes, la moqueta marrón, el plato con la bolsa de cookies en el suelo.

—Pero ¿cómo demonios lo hiciste? O sea, sí, ¡las precauciones, joder! ¿Cómo te las arreglaste con las malditas precauciones, eh?

Ay, las precauciones, las precauciones. El viejo Alex fue asaltado por el recuerdo de todos aquellos sudores más o menos fríos y las angustias del otoño.

—Yo, la verdad, habría usado el sistema del salto de la perdiz. Por otra parte, no había otra solución. Salto de la perdiz. Sacarla a tiempo. Esa es la precaución. Pero si puedo daros un consejo, no hagáis chorradas, que nacen hijos a puñados y hay que ser más cautos que un puma.

—Como si no lo supiera. Yo llevo siempre encima un preserva, por ejemplo.

El viejo Hoge había recuperado un hilo de vida.

Probablemente siempre el mismo desde hace años. El preserva, quiero decir.

—Claro que, a la hora de entrar…, no es tan fácil. Tiene que irte de coña, para entrar; si no, adiós…

Bien, este era el viejo Rinaldi de la época dorada. Un inmortal. Era el buen Rinaldi que veía todas las películas de Edwige Fenech y Alvaro Vitali a escondidas de sus padres, que iba a los kioscos más alejados de la ciudad a comprar cintas porno a novecientasnoventainueve para no correr el riesgo de encontrarse a nadie conocido.

Sólo que ahora el viejo Alex lo había calentado demasiado y Rinaldi insistía en que había que ver todos juntos al menos Las policías hirvientes misión Alcatraz. Ahora. Allí. En su casa. El viejo Alex no es que se muriese de ganas, pero de todas formas, en vista de que Hoge, con lo bebido que estaba de vodka, no quería oír hablar de rajarse y el viejo Rinaldi prácticamente ya tenía la cinta en la mano después de haberla desemboscado de un estante de la librería y medio sacado de la funda de Red Hot Chili Peppers Live in Holland, alias de un título suficientemente impenetrable que en las previsiones de Rinaldi habría bastado para mantener a raya a los varios parens… ¿Qué más se podía hacer en esa situación? Había que complacerlo y mirar.

Después, de cuarto de hora en cuarto de hora, se pasaron las once.

A las doce y veinte, las policías hirvientes ya habían capturado kilómetros de polla, el vodka helado se había acabado y al viejo Alex le estaba invadiendo desde alguna zona de sombra interior un sueño impetuoso.

Y era la hora de volver a casa, al fin. Lunes… Sí, lunes cinco horas… El viejo Alex tenía que estar en casa entre la una y cuarto y la una y media.

Era absolutamente necesario ponerse en marcha, y había que hacerlo ya.

Así que también había llegado la hora de los adiós Rinaldi, adiós viejo, no me llames Rinaldi llámame Rocco; está bien, adiós Rocco; adiós, viejo; adiós, Hoge; perdona, olvidaba la cartera; adiós, Alex; adiós, viejo; pero ¿yo llevaba chaqueta?…

Carcajadas cósmicas.

Después, el viejo Alex había bajado las escaleras con una ligereza que tenía algo de irreal, y en cambio Hoge no conseguía caminar derecho ni siquiera dos pasos y parecía que tenía que chocar contra todas las tiendas pobres de la calle de Rinaldi, la papelería pobre, la tintorería pobre, el fontanero, también pobre… ¿Qué coño estaba sucediendo en la calle de Rinaldi, que todos eran pobres?

Era tremendo para el viejo Hoge. Quién sabe cómo se sentía Rinaldi cuando todos hablaban de vacaciones por aquí y por allá y él se quedaba en casa todo el verano o, todo lo más, iba a casa de sus abuelos, en la montaña. El viejo Hoge no conseguía caminar derecho ni siquiera dos pasos, pero se hacía estas preguntas.

Habían encontrado un autobús semivacío para volver al centro, y en aquel autobús semivacío él y Hoge habían estado de kachondeo todo el tiempo. Luego, en vista de que a Hoge le faltaba sólo una parada, se habían despedido de la forma habitual, con un apretón de manos y cerrando los dedos en torno al pulgar. Un último abrazo, más risas y el viejo Alex se había quedado solo, con el vodka en circulación y un dolor de cabeza que amenazaba con adquirir proporciones generacionales.

Una lucha terrorífica consigo mismo para bajar más o menos a la altura de la parada del 20 y luego para cruzar la calle y ganar de hecho la parada del 20.

Después de un tiempo imprecisable, había divisado la ballena naranja que asomaba al fondo de la avenida y avanzaba en su dirección bamboleándose y bamboleándose y al final le abría de par en par aquellas inútiles fauces negras de goma. Subir. Trepar con calma hasta el interior. Hacía calor y había mogollón de gente que sudaba y sudaba en aquel autobús; la hostia. (Vale. Todo controlado. Está todo controlado, vale… Para postre, el vodka, controlado total. Está bien. Vale. Controlado total). Y luego había venido aquella señora tipo parroquia, de esas con el pelo azulado y el abrigo de pieles de perrito de lanas, que le había dicho: «Oiga, jovencito…», y el viejo Alex estaba completamente abrazado a la máquina de los billetes y una vocecita sorda en su cerebro al vodka le estaba diciendo: «Está bien. Mantente de pie y desplázate. Mantente de pie y desplázate».

—Jovencito, escuche. Óigame.

¿Mantenerse de pie? ¿Desplazarse? ¡Imposible! ¡Encima, con todo aquel vodka en movimiento! ¡Imposible! Ahora, el viejo Alex había mirado los cabellos azulados del perrito de lanas, pero no había entendido nada.

«Que no cunda el pánico, ¿vale? No demos la nota, ¿de acuerdo?», le decía la vocecita que nadaba en el vodka de su cerebro. En un momento dado había hecho el esfuerzo inimaginable de sonreír al

perrito de lanas azulado y, vista desde fuera, su expresión de conjunto era neorrealista total y él estaba sonriendo tal y como una pobre víctima del terremoto al ministro de protección civil frente a la casa en ruinas con sus niñas sordomudas debajo.

Bien. El viejo Alex había visto desfilar toda la calle Farini y plaza Cavour en cámara lenta. Nunca llegaría a su casa, lo sabía muy bien. O quizá llegara en cuatro o cinco horas. Es decir, llegaría lentísimamente.

Tanto.

Y los viejos del autobús le descuartizarían como en La naranja mecánica, cuando veinte treinta manos de viejo venosas y peludas aferraban al guapísimo y fulgurante teenager y lo masacraban y le arrancaban los pelos y todo lo demás. Y lo harían por envidia, porque ellos eran condenada y eternamente viejos y él, no. Él era un loco y era joven.

Le llegaban las voces de los propietarios de las manos venosas y peludas. Algunas venían de debajo del agua, naturalmente, pero en general llegaban sobre todo por detrás, del fondo del autobús. Las voces se metían con los jóvenes drogados, no parecía haber dudas al respecto. Y el único joven drogado en los alrededores, el único tóxico que se mantenía en pie gracias a la maquinita —que os den por culo, mamones— era precisamente él.

Luego, la voz ronca de un peludo debajo del agua —el viejo Alex no lo veía por el hecho de estar bajo el agua, lógico, pero seguro que el ronco llevaba peluquín y tenía barriga—, pues bien, aquel ronco sumergido despotricaba contra la disolución y el desenfreno, que cuando él era joven, en Bolonia, no había tanta disolución, que en su época, entre la juventud, no había todo aquel desenfreno. «Las dos con de —pensó el viejo Alex—. Lástima que no rimen…». Estaba doblado en dos y conseguía mirarse las puntas de los zapatos. Después, también algo sobre los trenes que llegaban puntuales. Bonito.

Fuera había ya un poco de zoo, un poco de circo: todos aquellos catorceañeros de la calle D'Azeglio, con las vespinos nuevos y las niñatas como putillas a su alrededor. Cascos tipo skate-board, sneakers…

Trenes a oleadas de sudor puntual.

Otro sumergido:

—Perdón, jovencito, pero tendría que marcar mi billete, ¿sabe?

—Déjelo estar. Es un chico que no se encuentra bien, pobrecillo.

La droga. La disolución.

—¿Quién coño sois vosotros? Yo voy a mi casa a comer. No he invitado a nadie.

—¡Si se encuentra mal, que vaya al hospital!

—Tampoco es justo que primero hagan lo que les venga en gana y

luego molesten a la gente.

—Pobrecillo, a mí me da lástima. Será que soy madre.

—Sólo una madre puede saberlo. Qué disgustos…

—Sí, sí, pero yo tengo que marcar el billete. ¿Y si sube el revisor?

¿Es que no sabían que el viejo Alex tenía miles de enanitos agarrados a sus pelos haciéndole trizas la cabeza con miles de escoplos y de mazas? Después, el ronco había decidido abandonar las profundidades del abismo y se le había manifestado en toda su poca agraciada gloria y las viejas que nadaban a su alrededor habrán pensado que el ronco al final era hasta valiente; y las espaldas de algunas mujeres menopáusicas allí presentes habrán sido recorridas por sacudidas indomables tipo pijas dieciseisañeras cuando Tom Cruise se enfrenta al cochino ladrón a puñetazo limpio, ¿no?

Bajo y con entradas. Patillas color cañón de escopeta.

Sobre los sesenta. En proceso de cabreo.

«Uf —había pensado el viejo Alex sin dejar de abrazar la maquinita de marras—. Huy, ahora me pega, ahora me da una santa hostia y me caigo redondo y me rompo el kráneo: no es justo, de todos modos, aprovecharse así de mi estado», se había dicho también.

El ronco llevaba uno de aquellos trajes de día laborable color potaje. Un jersey bleu a la boloñesa asomaba bajo la chaqueta:

—Perdone, eh, jovencito, pero aquí hay una barahúnda de gente que quiere marcar su billete. Tienen derecho, ¿no?

Uf. Enérgico pero amable.

—Mire, usted es enérgico pero amable —había mugido el viejo Alex, mientras los enanos seguían dándole a las mazas y sus mejillas ardían al sol.

Debían de haberlo tomado por un loco integral, a juzgar por la calidad de aquel mugido.

—Está usted molestando a una barahúnda de gente, jovencito. Apártese.

Uf.

—Oiga —había considerado el viejo Alex—, usted me recuerda aquellos versos… —Uf—… No sé lo que quiero, pero sé cómo obtenerlo. Y quiero destruir, si se puede… Es una vieja canción. Un bailable. Se llama «Anarquía en Italia». ¿La conoce?

Y en esas, el coro de las viejas boloñesas, que le parecían, aunque fuera de forma borrosa, todas vecinas de casa de su abuela, había vuelto a empezar con los «Si es casi un niño…» y los «Pobrecillo, habría que llamar a la Cruz Roja», mientras las voces femeninas de mutter, concentradas entre la entrada del fondo y la última hilera de asientos, les hacían eco con los «Sí, sí, empiezan muy pronto. Pero claro, por fuerza, ¡lo tienen todo!» y con los «¡A los guardias habría que llamar, no a la Cruz Roja!».

Alex había vuelto a sonreír de la forma apagada y neorrealista de antes y el ronco que tenía delante todavía no había decidido si echarse también a reír o abofetearlo sin más contemplaciones. Mientras dentro del autobús vivían sumergidos en tales corrientes de indecisión, fuera el mundo había dado vueltas hasta el cruce entre las avenidas y la calle Saragozza, y el viejo Alex había sido empujado-aparcado por invisibles manos en un asiento dejado libre por una especie de ama de casa caritativa y bien arreglada, de esas que pasan mucho tiempo en la peluquería.

También porque hoy la mujer —como meditaba para sus adentros el viejo Alex, semicaído sobre el asiento— necesita concederse cada vez más atenciones a sí misma, para sentirse unida a su hombre. Por la tarde lloverá

chorradas.

Ahora se había calmado

todo.

Off.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Tengo un par de cojones que sólo lo sé yo. De todas maneras, querría hacer saber a quien coño escuche esta casete en el 3000 que la famosa adolescencia comprendía también tardes de ese estilo, ya que según un servidor también en el 3000 habrá adolescentes tirados y padres que no sabrán por qué.

Tirado. Me pasa muy a menudo en esta época en la que te despiertas y el cielo es blanco-gris, al mediodía el cielo es blanco-gris, por la tarde el cielo es blanco-gris y, a lo mejor, también de noche, detrás de la persiana, el gris sigue ahí, mirándote, siempre igual, como si fuesen las seis de la tarde de por vida, desde que te despiertas hasta que te acuestas supercabreado porque has estado descolocado todo el tiempo.

De todas formas, aparte del verano, el resto del año para mí es casi siempre así, y entonces cojo la bici en lugar del bus, porque, al menos pedaleando con el frío que congela los pájaros en las ramas, te sientes vivo. Al menos te parece que estás haciendo algo un poco raro, pero también heroico y solitario.

Aquí estoy, un martes por la tarde, apalancado en la cama mirando el techo, con una paranoia total bajo las fotos gigantes de Malcolm X y de los Pistols, escuchando la maqueta de los Splatter Pink que me ha prestado el amigo Hoge, sin haber estudiado para mañana, cazando a paletadas en la cabeza los topos de los complejos de culpa que siguen saltando por todas partes.

Oigo a la mutter que habla con el típico tono preocupado por teléfono. Seguramente el Canciller está al otro lado de la línea. Y

seguro que están hablando del señor Alex D. Pero no me interesa escuchar lo que dicen.

Me lo sé de memoria. Se malgasta. Se echa a perder. Nunca hace nada. Y, en los últimos tiempos, ya no digamos.

Paso las manos por las pantorrillas, en posición fetal, con los ojos cerrados. Siento la aspereza de los pelos.

En la maqueta de los Splatter Pink, casi no se distinguen las palabras. El bajista, D. D. Bombay, es un verdadero maníaco, como por otra parte casi todos los bajistas hardcore.

Tampoco estaría mal la transliteración americana: si yo fuese él, firmaría Dee Dee Bombay, como Chuck Dee, de los Public Enemy.

El grafismo del booklet interior es bastante cutre, las fotos, aunque escanerizadas, son demasiado borrosas para dar la idea de una banda en el escenario…

(… Más vale elegir desde el principio quién está verdaderamente contigo, si para subvertir este estado de cosas te alías con individuos a los que escupirías en la cara no puedes venir a decirme es culpa vuestra, estamos divididos, demasiados gilipollas entre nosotros, y tú lo sabes, aislarse puede ayudar a hacer descubrir a los infames entre nosotros, siempre hay alguien dispuesto a ser solidario con tus reivindicaciones, luego un día descubres que se ha vuelto peor que los demás, le ves aceptar lo que ha negado antes…).

Dee Dee Bombay.

A lo mejor el viejo Dee Dee consideraría a Martino un gilipollas y un infame. Por su clase social, por su pasotismo. A lo mejor me aconsejaría aislarme, Dee Dee Bombay…

Aislado, en el instituto, desde luego lo estoy. Aislado con mi grupito de amigos red catholic punk, y no nos interesa lo más mínimo mezclarnos con los demás. La pijería con la pijería y los red catholic con los red catholic, faltaría más…

«¿Creéis que sois los mejores?», preguntan los más liberales, los más audaces. No, qué tontería. En absoluto. Pero creemos ser distintos de la mayoría de los estudiantes zombi del instituto Caimani. Qué kojones, eso sí. No creemos ser los mejores, pero está claro que creemos hacer la única elección posible o, al menos, la más coherente, pasando de las advertencias mafiosas de los profes, haciéndonos respetar en la medida de lo posible, explicando a esos profesores que no pueden venirnos a hablar de madurez cuando jamás se los ve en una asamblea de instituto o cuando, para mantener el orden, pasan entre los pupitres requisando los libros no estrictamente necesarios para su asignatura e intentan ganarse la atención con la ultradisciplina en lugar de con clases un poco interesantes…

Te miran mal si saben que haces lecturas por tu cuenta. Si te ven levantar la cabeza o apartarte del rebaño. De esa gente de mierda no quiero ser cómplice ni amigo: su ironía de los kojones, su programa de reinserción se lo pueden meter en el kulo.

Mis amigos y yo, para su juego, somos peones perdidos, irrecuperables.

No, no creemos ser los mejores. Por supuesto, los parens me reprochan que soy demasiado broncas y nuestros compañeros, en general, nos consideran unos mamones y punto, porque podríamos quedarnos callados y conseguir sin esfuerzo nuestros aprobados, en lugar de crearnos tantos problemas.

Rinaldi o Martino quizá no lo aprobarían, pero realmente pienso que un servidor debería seguir los consejos del viejo Dee De Bombay.

Estoy demasiado cansado de compromisos.

O quizás estoy demasiado cansado y punto.

OK. Cine de suspense. De repente había llegado una tarde mucho más gris y barnizada de dolor de cabeza que las demás. Una de aquellas tardes transcurridas estudiando diez minutos, a cada nuevo párrafo levantarse para meterse un pico de Videomusic, esperar el principio del próximo clip; si es malo, me voy y si no, lo veo… Al final, Alex se había quedado delante de la tele durante horas, porque lo de encerrarse en su habitación con el panteísta Spinoza y el escéptico Hume, todos subrayados por el precedente propietario de Filósofos y filosofías en la Historia, él, tirado y hecho polvo como estaba, ni de coña.

Después, el teléfono. Y no era el Canciller llamando desde Roma para saber si todo iba bien y la familia se mantenía sana y activa.

Sino que era Aidi.

El viejo Alex esperaba desde hacía un montón aquella llamada, pero no sabía qué decir…

(Lo esencial es invisible a los ojos, dijo la zorra).

—Hola, Alex… He recibido tu carta. Cómo estás, en serio.

—¿En serio?

—Sí. Cómo estás.

—Estoy mal, Aidi. Cómo coño tendría que estar si no.

—…

La oía respirar.

—Quería…, me gustaría que volviésemos a vernos, eso es todo.

Vale. Él ahora estaba contento. Pero ¿serviría de algo?

Vale, estaba bien. Había que probar. Había que probar y punto, porque sólo verla le hacía feliz, y rozarla, y mirarla en voz baja a los ojos.

—¿Alex?

—Me has hecho daño, Aidi. —Uf—. Cantidad de daño. Y te he echado de menos… —Uf—. Creía que todo se había acabado, pero sabía que no era posible. Porque tú —perdonadle perdonadle perdonadle— eres distinta de todas las demás chicas que he conocido… Cuando nos encontrábamos en el pasillo, en el instituto, yo sabía que estabas fingiendo; cuando pasabas de largo sin pararte a hablar, yo lo sabía, y tú también lo sabías perfectamente. ¿Por qué haces eso?

—Lo siento, y juro que no lo digo por decir algo, te juro que lo siento al cien por cien. Me he dado cuenta de que he sido muy estúpida, sí…, pero no lo he hecho para hacerte daño, ¿me crees?

—…

—Alex, ¿me crees?

—¿Qué puedo decir? Que no lo has hecho a propósito para

hacerme daño lo creo si tú lo dices, pero me gustaría entender qué sentido tiene o ha tenido toda esta historia. No contestarme aquella tarde, no ponerte al teléfono, no hacerme ningún caso…

—Es que tenía miedo, te lo juro… Todo esto lo he hecho sólo por nosotros. Alex…, no me atrevo a estar contigo…

—Te advierto que eso ya lo había entendido un minuto después de habértelo pedido. —Uf.

—Pero no me malinterpretes, por favor. No me atrevo a estar con nadie, no me atrevo a unirme demasiado a una persona y formar una especie de mundo cerrado en el que no pueda entrar nadie más…

—Está bien, Aidi.

—Pero lo que quiero decirte, escúchame, por favor, es que quiero verte, quiero hablarte, quiero salir contigo. Me he dado cuenta de que es extraño contigo… No me atrevo a dar el paso de enrollarnos y, en cambio, en otras cosas estamos mucho más unidos que si estuviésemos enrollados. Te siento por dentro, Alex, te comprendo y me gusta…

Espléndido. Pegadme sólo unos cuantos tiros así, a quemarropa, aquí. Gracias. Tipo «My Way» de Vicious. Disparad cuando queráis.

—… Aidi, te juro que he estado verdaderamente…, digamos por los suelos. Estaba superseguro de haber caído en medio de todas aquellas historias tremendas, tipo le acaba de plantar una chica, no tiene ganas de estudiar, el instituto sólo le da disgustos y a su alrededor tiene muchos amigos, pero los de verdad, los amigos en los que puede confiar, son poquísimos. No tiene metas en la vida. Ser feliz, quizá, pero está a años luz incluso sólo de la idea de poder serlo. Y a su alrededor todo va como ha ido siempre, y quizá irá siempre así. Todo es más que previsible, ya lo he vivido en cien películas todas iguales y me siento el personaje de un libro que no me gusta y odio al autor que me hace hacer estas cosas que detesto y no me hacen mínimamente sentir feliz y…

Vale. Nosotros creemos que ella debería pararle antes de que sea demasiado tarde. En cualquier caso, perdonadle. Mejor dicho, pasad de escucharme incluso a mí. Disparad y punto.

—… Alex, eso es precisamente lo que quería decirte. Yo creo que nosotros dos, de alguna manera, no sé, pero podríamos salir del libro. Me siento culpable por todo lo que ha pasado estos días, y tendría que habértelo dicho enseguida, pero tenía demasiado miedo de que tú no hubieras querido saber nada más de mí, de nosotros…

—Pues no, koño. Aunque no nos enrollemos, no es grave. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar los dos un lugar fuera del libro.

En Urano, por ejemplo.

—¿Te apetecería que nos viésemos el sábado por la tarde? Podemos hablar o hacer lo que nos dé la gana.

Le apetecía, le apetecía.

—Aidi, a mí me apetece hablar. Y también estar sentados en el alféizar de tu ventana, darnos la mano y mirar al cielo.

Toma ya.

—Vale, de verdad. Estoy contenta, Alex. Te juro que no lo digo por decir.

Está claro.

—Yo también estoy contento, Aidi; cansadísimo y contentísimo. Y me gustaría que mañana fuese sábado, y en cambio es un aburridísimo jueves de clase.

Una entereza inmensa.

—Como le dice la zorra al principito: cuando falte una hora para nuestra cita, empezaré a sentirme feliz, y cada vez más impaciente…

—Yo también espero que llegue pronto el sábado.

Y luego se habían quedado callados con el auricular en la mano durante al menos medio minuto, escuchándose respirar y sonreír.

—¿Aidi?

—¿Sí?

—Mañana, en el instituto, cuando nos veamos, por favor, corre hacia mí. Lo he esperado todos estos días y nunca ha ocurrido…

Vale. ¡Fuego!

—De acuerdo, Alex.

—¿Prometido?

—Prometido. Sí.

—Soy feliz, Aidi. Ahora me voy a dormir, y habrá sido como un sueño.

—¿Un sueño bonito?

Pues claro.

—… Muy bonito. Adiós, Aidi.

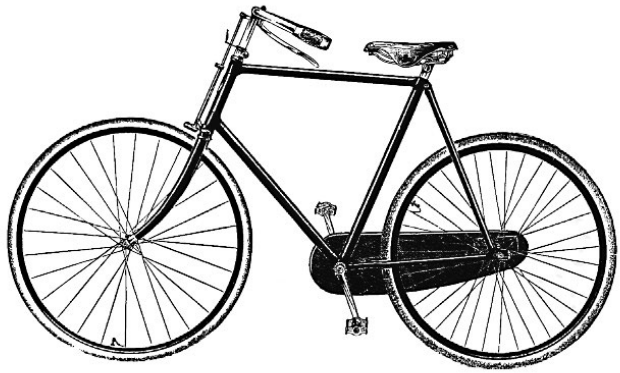
—Eh, Alex.

—Sí.

—Te quiero.

Uf.

SEGUNDO



LA CASA DE ADELAIDE ESTABA EN EL PARQUE DEL SEMINARIO

La casa de Adelaide estaba en el parque del seminario, en lo alto de la colina, más arriba de la puerta de San Mamola, y la subida de la calle Codivilla que había que superar para llegar allí era la clase de lugar al que el viejo Alex jamás habría aceptado llevar de paseo a ciertas criaturas en cochecito.

No es que él sacase a pasear a recién nacidos normalmente, pero, si por algún motivo al cochecito le diese por escapársele de las manos y echar a rodar cuesta abajo a ciento cincuenta por hora en una estela de llanto y desintegrarse contra árboles y morros de coches, sentía que en aquel momento no podría no pensar en una peli de Fantozzi, un auténtico gafe.

Lo de Fantozzi le daba escalofríos.

Como tipo de reacción histérica, me refiero.

En cualquier caso, pasaban también aquellos extraños días y de Martino ni rastro, ni una llamada ni nada. Aumentaban las posibilidades de que no le dejasen pasar a cou, era un rumor que, más o menos, el viejo Alex había oído, pero por los pasillos del instituto a Martino no se le veía el pelo y él no se había preocupado demasiado de buscarlo porque aquellos eran unos días muy tardoadolescentes, pensándolo bien, y el viejo Alex tenía las tardes siempre muy ocupadas, digamos…

llegaba a casa de Aidi sobre las seis, seis y media, así estaban juntos una horita, en la terraza o en la habitación, y alguna vez escondidos en la hierba alta del prado, tumbados bocarriba mirando las estelas blancas de los aviones que volaban entre Moscú y Nueva York. Aquel diablo de hombre estaba más emocionado por estar al lado de Aidi dándole la mano de lo que nunca había estado en los esporádicos Momentos Particularmente Eróticos de su vida. Era todo tan nuevo, limpio, fresco, pensaba nuestro diablo. Y también un poco de libro, pensaba. Con un día ya establecido que, por desgracia, llegaría para separarlos aunque él todavía no tenía claros los contornos de la separación y no conseguía captar bien la calidad de la nostalgia. Para aprender algunos ritmos de blues, le sobraría tiempo más adelante, vale, no era tan idiota, eso ya lo sabía ahora. Por eso trataba de pensar en ello lo menos posible

(Las historias pasadas de Aidi. Las historias pasadas de Alex).

le parecía tan raro e intrigante, el hecho de que no se enrollasen de verdad…

De todas formas, para aquel diablo de hombre era divertido hablar sin inhibiciones de todas las chicas que le gustaban un poco y le interesaban y todo eso, pero, cuando era ella la que hablaba de chicos

que, el diablo se mosqueaba siempre. Mientras Aidi decía que fulanito o menganito eran agradables, no le importaba demasiado —¡uuuf!—, pero, cuando imaginaba que ella habría podido efectivamente enrollarse con el fulano, se daba cuenta de que su —Dios mío— relación recibiría un duro golpe mortal. Dicho esto, el diablo en cambio por su parte se consideraba absolutamente capaz de conciliar las dos exigencias: Aidi y todas las demás posibles chicas.

Bueno, hablaban de eso, los escondidos en la hierba alta.

—A lo mejor querrías sencillamente estar conmigo y entonces, para no herir tu orgullo, necesitas pensar en otras chicas, como para demostrarte que si quieres puedes tirarte a esta, a aquella o la otra…

—Ah, a lo mejor es verdad —tenía que convenir aquella roca inmortal del viejo Alex.

Seguían mirándose a los ojos a un palmo de distancia y, luego, cambiaban de tema, se reían o se quedaban serios o se reían en pequeñas oleadas sucesivas hasta que el viejo Alex tenía que saltar de nuevo sobre la bici e irse volando a casa. Casi siempre, cuando él estaba a punto de irse, llegaba, a bordo del mini rojo, la madre de Aidi con Federico, el hermanito rubio de Aidi rescatado de alguna guardería. Aquella madre era muy amable y él la admiraba seriamente por el hecho de haber sacado adelante sola a la familia.

(Le parecía caerle bastante simpático o algo parecido).

Federico tenía una pistola de plástico que disparaba proyectiles cónicos amarillos sobre blancos en forma de cubos con unos círculos dibujados encima; era bastante bueno, aunque tardaba un poco en cargarla. Cuando Federico tuviera su edad, dieciséis, diecisiete años, Aidi y su hermana Chiara ya estarían muy lejos del mundo juvenil de las pizzerías, de los conciertos y de la universidad, eso pensaba el viejo Alex. ¿Quién habría podido decir si seguirían viéndose él y aquel crío? De momento le llevaba algún Tintín y de vez en cuando se lo leía un minuto y punto.

Estaba siempre el hecho de que con Aidi no interactuaba físicamente —¡ni siquiera se besaban en la boca aquellos piratas!—, pero, aparte de eso, Aidi llevaba siempre unas prodigiosas camisetas blancas y luego escuchaban todo el tiempo soft-rock tipo Housemartins o cantautores italianos de los años setenta. Además, jugaban a memory y a palillos chinos.

Alex perdía siempre. Perennemente agitado e inquieto y atormentado como estaba, era imposible ganar a palillos chinos en aquellas condiciones.

Y luego hablaban y hablaban. Hablaban de cosas que nunca le

habían preguntado a nadie —las tardes tumbados sobre la alfombra o sentados en el patio contándose los veranos pasados y las inquietudes por los mañanas de lluvia—. Alex le repetía siempre que a finales de junio, cuando tuvieran que despedirse, estaría tristísimo. Aidi sonreía, pero sin decir nada.

Le molestaba un poco que ella no dijese también que sentiría enormemente no verlo durante un año, pero era sólo un instante: nuestro diablo de hombre levantaba la mirada y allí estaba otra vez ella, Aidi, sin adjetivos.

También, a ratos, se quedaban callados. Abrazados sobre la cama, con la respiración que subía y bajaba. (Eran los silencios más lentos y condenadamente intensos que el viejo Alex había escuchado nunca).

Además, a veces iba a su casa después de cenar. En alguna ocasión, para ir a su casa después de cenar utilizaba como excusa a sus amigos ex scout, y se arrepentía un poco.

(Había hablado de Aidi sólo con los rockers más íntimos.)

Por lo general, a aquellas horas de la noche Federico dormía y la madre de Aidi había salido o estaba en el piso de arriba viendo la tele. En cualquier caso, no había que hacer ruido: ellos dos encendían una vela y la ponían sobre la mesa de la cocina; dejaban caer unas gotas de cera sobre el platito para que se aguantase.

Las noches más paranoicas hablaban sin parar sobre su relación, sobre qué distinta era su relación, tanto de la amistad como de cualquier otro sentimiento o cosa para los que ya se habían encontrado palabras.

(Al final resultaba siempre que nuestra roca se quedaba hecho polvo).

Las noches más luminosas, en cambio, se querían como en algunas novelas extraordinarias, y hablaban de Caulfield y de la vieja Jane, y estaban superradiantes sólo cogiéndose de la mano.

Durante aquellas noches de primavera, sentados a la mesa de la cocina con los libros desparramados a su alrededor, la música a bajo volumen y la vela encendida, Alex empezaba a comprender qué era la felicidad, y, quizá, también había visto correr rápido y silencioso como una sombra, detrás de la ventana, a aquel otro semidiós con el arco y la flecha. Le había parecido que era él, en fin. Y es más, volviéndolo a pensar con meses de distancia, con Aidi al otro lado del océano, se habría convencido del todo: Uf, era él. Era indudablemente él…

(A la luz de aquella vela prodigiosa, había sentido por primera vez la fuerza inmensa que llevamos dentro).

Mirar en silencio los labios, los cabellos, las manos de Aidi a la luz de aquella vela era una emoción soberbia, como tumbarse sobre la vía del tren y detener una locomotora con la fuerza de las piernas o nadar sin respirar durante horas en un mar —perdonadle— de té fresco de melocotón. Era Shane MacGowan, el santo poeta punk alcoholizado que mira por la ventanilla del tren y ve los últimos vagones perseguirlo sin alcanzarlo nunca.

Pero de todo esto el viejo Alex se daría cuenta más tarde porque durante aquellos días sentía sólo una mezcla prodigiosa de felicidad e inquietud jamás experimentada antes. Aidi le parecía un hada luminosa y una Entidad inescrutable y el lado iluminado de la calle, «Sunnyside of the Street», la voz de Shane sobre la música de los Pogues era su cábala preferida: sólo quiero quedarme para siempre exactamente donde me encuentro, en el lado iluminado de la calle.

Aidi decía que, cuando la escuchaban, al viejo Alex cada vez le brillaban los ojos, ya veis.

Una mañana se habían citado a las ocho menos cuarto en la puerta de San Mamolo y él le había regalado un sobre de estrellitas adhesivas fluorescentes. Por la tarde las pegarían juntos sobre el armario al lado de la cama para formar —perdonadlos y después fusiladlos— sus constelaciones zodiacales, escorpio y piscis. Después, yendo hacia el instituto, aquel manojo de músculos ciclistas pedaleaba como un loco y ella iba detrás en vespino. Se reía, decía que era gracioso el viejo Alex cuando, para esquivar los baches de la calle D'Azeglio, se ponía de pie, altísimo, sobre los pedales.

Una tarde de marzo, en la Feltrinelli, Alex había pasado revista a las novedades de narrativa, los libros de bolsillo, y luego había comprado un libro que recogía las fotos en blanco y negro de los Clash desde la furia londinense del 77 hasta el Gran Final, y mientras tanto ella se había pasado todo el tiempo leyendo un libro sobre budismo. Mientras paseaban por el centro bajo un sol de anhídrido carbónico, Aidi le había explicado que a veces los novicios zen tardaban años y años en encontrar la respuesta a un solo koan. Nuestro diablo de hombre, en cambio, le había hablado de Joe Strummer, que se había dedicado a ser un cantante punk aunque su padre fuera un pez gordo de la diplomacia inglesa. Después, Adelaide le había hablado de su tierra, Sicilia, con palabras tan tremendamente intensas y sinceras que él no las olvidaría nunca. Aidi poseía al menos diez libros que hablaban de la mafia. Pero, aparte de eso —aparte de las novelas sobre la mafia, los magistrados jovencitos y las crónicas de los maxiprocesos—, eran las palabras naranja con las que ella describía el

campo, el mar y el volcán lo que le seducía. Le parecía aspirar el olor hasta cuando pedaleaba como un loco entre el gas de los tubos de escape de las avenidas, la imaginaba como una tierra afortunada al fin y al cabo. Apasionada. Y ahora ya lo había decidido: tarde o temprano iría a verla.

Durante aquellos días, era como si por fin hubiese conseguido abrazar el verso de los Beatles, el extraño verso que dice Happiness is a warm gun, que hasta aquel momento le había parecido una especie de metáfora algo pintoresca o un buen eslogan para un cartel publicitario.

Lo que le electrizaba era la certeza de que, si él o Aidi se hubiesen enrollado con alguien, todo habría caído de nuevo en el libro, en el garaje-rock duro y sordo y burdo que había escuchado hasta hacía dos meses. Y, en cambio, el viejo Alex necesitaba realmente que las cosas siguiesen así todavía un poco más. Todavía un poco más y nunca volvería a ser el de antes. Un poco más de tiempo feliz de aquella manera y sería proyectado fuera del libro para siempre.

Un poco más jugando a palillos chinos con ella y conseguiría dejar fuera de combate al Alex Canciller de los tiempos futuros. Todavía hasta junio así: anarquía sentimental hasta que Aidi se fuese y después, pasara lo que pasara, nada volvería a ser como antes.

Si nada los hubiera separado hasta el momento de la partida de Aidi, sería como Ricky Cunningham presidente de los Estados Unidos o como tocar el principio de «Foxy Lady» con la Strato superacelerada, exactamente igual que al principio en disco del viejo Hendrix.

Sí, nuestro diablo de hombre podría haber creído algo así.

Podría haberlo creído todos los días y para siempre

Había mirado al anciano con chaleco de lana gris salir trotando hacia la zona oscura del confesionario hasta que la lucecita verde sobre el marco de la puerta se había apagado y en su lugar había aparecido la señal luminosa roja: el letrerito «Padre Fortunato» había temblado de escalofríos cyberpunks bajo los reflejos de aquella nueva luz púrpura. Después, la voz del anciano con chaleco de lana gris había empezado a mascullar desde detrás de la puerta entornada, mezclada con el ruido de fondo de los ventiladores. Alex sólo conseguía percibir escorias de sílabas o nudos consonánticos y, a ratos, las tosecitas carrasposas que salían del vientre del confesionario. Después, también aquellas escorias de sílabas habían cesado y el jubilado con chaleco de lana gris había asomado la cabeza por la puerta chirriante y había salido renqueando a lo largo del perímetro de la nave, dejando el campo libre.

Dentro del confesionario, los efluvios del padre Fortunato flotaban a su manera, furiosos de aromas humanos demasiado humanos, y nuestro Alex acababa de dejar a sus espaldas —asegurándose de que la puerta quedase entreabierta— la nave llena de jubilados que cantaban a coro el himno preparatorio de la comunión: apenas se había dignado echar un vistazo a la media docena de ediciones del Acto de contricción que decoraban la semioscuridad.

—Alabado sea Jesucristo, hijo mío.

—Por siempre sea bendito y alabado.

Alex podía entrever la fisonomía capuchinesca del padre Fortunato a través de la cruz de agujeros que guarnecía la celosía metálica y permitía la comunicación entre las almas. «Sería más fácil hablar de ciertos temas si entre las almas y el confesor no hubiese nada», había pensado también el viejo Alex.

—Bueno, qué tal vamos.

El aliento del padre Fortunato podía dejarte aturdido a veces.

—Pues, en fin. Yo diría que bastante bien.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Esta es una de mis paranoias preferidas: desde hace un par de años, cada vez que entro en un confesionario me siento lanzando, eufórico y brillante. Se me ocurren un montón de cosas, sobre todo bromas que podría gastarles a los curas encerrados en sus garitas, tipo vestirme de mono o soltar algún animal.

Para poder dominarme cuando se me ocurren ideas arrebatadoras de ese estilo, me impongo cada vez pensar en escenas de matanzas, campos de batalla, oficiales agonizantes, pero he llegado a autocondicionarme hasta tal punto que ahora siempre me represento (es como tener un proyector en el cerebro que dispara las imágenes sobre la pared interna de la frente) a un soldado nordista seriamente

herido, recostado sobre el vientre, con guantes blancos, los tirantes sobre la casaca azul, el pelo enmarañado y barba de diez días. Lleva un pañuelo amarillo en el cuello y tiene los ojos semicerrados. Es una de mis imágenes mentales más recurrentes. Quizá es un cómic que leí de pequeño. O quizá, pero es menos probable, el fotograma de un film.

—¿Cuánto hace que no te confiesas?

—Uf. Dos, tres meses. Quizá cuatro. —No mentía conscientemente.

—Y bien, ¿qué me cuentas?

—Uf. Diría que todo marcha bastante bien. No creo haber cometido ningún pecado particularmente odioso. Claro, a veces, en casa, no he ayudado mucho. No he ayudado casi nunca, creo. Sí, bueno, en casa no he ayudado nunca. Y a veces no he tenido bastante paciencia con mi hermano (tipo cuando me pedía que le ayudara con los deberes, etcétera). Le he dicho que, igual que yo hacía los míos, él podía hacer los suyos solo. Con toda la razón, eh, eso sí. Pero a lo mejor habría podido ser más amable. Y a veces también alguna broma. Que a lo mejor a quien le ha tocado la ha encontrado pesada… Que a lo mejor hasta a mí, si me la hubiesen hecho, me habría parecido pesada. Pero vaya. Alguna pelea. Algún puñetazo en la cabeza, así, en broma. Pero quería preguntarle una cosa…

El padre Fortunato seguía en la misma posición, imperturbable, fotografiado en tres cuartos —la mano derecha sobre el pecho rozando la larga barba— verosímilmente muerto.

—… Bueno, no sé si la Biblia habla de esto en algún sitio. Quizá en el Antiguo Testamento, como en los Salmos… No sé, pero es que a mí me parece, en estos últimos tiempos, en estas semanas quiero decir, como si… No sé, como de ir cada vez mejor. Como si fuera más yo mismo, si aprovechase plenamente un potencial del que hasta ahora había utilizado sólo una parte. ¿Habla de esto la Biblia en alguna máxima o algo así? ¿Dice que a veces parece que todo vaya bien?

Había soltado toda la parrafada en un tono excitado, tipo teenager que trata de explicar al policía la escena de un delito ocurrida ante sus propios ojos. Era consciente de que daba la imagen del loco en pleno delirio, pero no le importaba.

El padre Fortunato, imperturbable.

Segundos. Minutos, tal vez.

Sin tensión.

El viejo Alex habría podido escaparse del confesionario a paso de leopardo y probablemente el padre Fortunato no habría pestañeado. Fuera, ahora, había el silencio de los comulgantes, las mujeres con pañuelos en la cabeza —«En señal de respeto», le repetía la mutter cuando era pequeño— se arremolinaban a lo largo de la nave y de los pasillos laterales, los niños con bermudas y pullover de lana —«En la

iglesia hace frío»— con adornos navy tipo salvavidas o delfines empujaban para ponerse también en fila, mientras un perro, introducido por algún descerebrado con chaquetón de piel, ladraba estentóreo en el fondo, haciendo berrear a un recién nacido. A distancia, el eco de los «Amén», cada uno de timbre y tono distinto al anterior, ritmado por los susurros del celebrante.

Alex había aventurado una tosecita.

¿Acaso el padre estaba moviendo los párpados? Era una situación algo paradójica, no cabía duda.

Y al final.

—Bien, hijo mío. No es que en la Biblia se hable precisamente de esto en particular. Es un espíritu que se respira, una unidad de base que recorre toda la Biblia. La felicidad, el mejorar. Hablan los profetas, también habla Jesús…

Vale. No es que estos recursos de tramoya le exaltasen al viejo Alex: tenía ganas de preguntarle cuándo hablan de esto los profetas y cuándo Jesús, porque a lo mejor el padre Fortunato se lo había inventado todo, pero ante el espectro de una segunda pausa de reflexión estática lo había dejado correr y punto.

Uf. Se había puesto a pensar en la liga de fútbol, un torneo por el que estaba perdiendo interés a ojos vistas. De pequeño, en cambio, seguía todas las jornadas en la televisión el domingo por la noche. Ahora ni siquiera sabía quién encabezaba la clasificación. De vez en cuando, le llegaban algunos comentarios, algunas anécdotas o perfiles de campeones a través de su hermano, un apasionado de acero, aunque el Canciller no le dejaba ir al Dall'Ara «por la sencilla razón de que los estadios son peligrosos», pero se trataba de noticias dispersas, jirones de cuestiones actualmente ajenas a sus intereses. Después, una frase pronunciada en tono menos mortal de lo acostumbrado le había obligado a interrumpir aquellas divagaciones:

—… Y entonces, ánimo. Sigamos así. Vamos bien, pero recordemos siempre que la fe hay que vivirla con los demás, que la fe en solitario no sirve para nada; mejor dicho, que la fe incluso no puede existir en solitario. Cristo ha dicho que donde dos o más estén reunidos en Su nombre, Él estará presente. Es decir, en la familia. Es decir, en la escuela. Es decir, en el trabajo. Es decir, cada vez que el grupo parroquial actúa… Bien, hijo mío. Como penitencia, rezarás tres avemarías a la Virgen.

El viejo Alex se lo esperaba.

Cuando era pequeño, tenía que rezar dos avemarías, pero desde que a los trece años había descubierto que cometía actos impuros y lo había referido a la Autoridad competente, aquel dúo se había transformado en un trío para enmendarlo del autoerotismo, digamos.

—Y ahora reza el acto de contrición, hijo mío.

(Una vez, innumerables años atrás, al viejo Alex se le había olvidado el acto de contrición y todo lo que se le había ocurrido hacer fue echarse a llorar en el confesionario).

—… Así yo te absuelvo de todos tus pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Bueno, pues gracias. Hasta otra.

—Hasta otra, hijo mío. Y gracias por haber venido. Y que pase un buen domingo también tu familia.

—Sí. Gracias, padre. Hasta otra.

—Gracias a ti, hijo mío. Y que tengas un buen domingo.

—Vale.

Ahora la gente ya estaba saliendo y un diácono con pelo sólo en los laterales había empezado a anunciar las habituales noticias futuristas sobre la actividad de la parroquia. El viejo Alex se había detenido un instante, con la frente luminosa dirigida al altar y las avemarías desgranándose en su interior de forma semiautomática.

Después, una vez en la bici camino de su casa como un Girardengo un pelín más bajo y rock, por la calle ancha de brillante asfalto negro, Alex pedaleaba ligero y notaba su humor a mil.

La mutter llevaría a la mesa los tallarines con jamón, crema de leche y guisantes, la carne empanada, el pastel de zanahorias y a las tres en punto clavadas, cruzada la meta en subida de la calle Codivilla, volvería a ver a Aidi la resplandeciente.

El aire todavía era fresco y aquel Girardengo llevaba las mangas de la camisa remangadas y un par de soberbias canciones de los Pogues en la cabeza.

Dos horas más tarde, el viejo Alex ya estaba de nuevo montado en la bici, pedaleando supercontento a la luz de las primeras horas de la tarde; una calidad de luz que, durante un segundo, le había recordado algunos raros atardeceres de agosto, azules y límpidos como después de una lluvia: los raros días de un agosto boloñés que aquel año ella no vería.

Con la bici, entretanto, iba cada vez mejor. Su potencia había aumentado desde que había empezado a lanzarse calle Codivilla arriba.

La primera vez había llegado a la mitad de la subida y de repente se había quedado sin respiración; había tenido que bajar, llevar la bicicleta a mano hasta la verja. Era de noche y en las colinas, por la noche, no se veía un carajo. Era marzo y en la negrura de las ocho y media de aquella noche de marzo se empezaba a notar el perfume de la primavera.

Las primeras veces Aidi bajaba a esperarlo a la verja; el viejo Alex la recordaba sentada en la vespino, sonriente, con el casco en la mano. Después, Alex ataba la bici y subía en la vespino con Aidi y Aidi le llevaba hasta la casa del seminario. Conducía bien, aunque el año pasado, en Sicilia, había tenido un accidente: nuestro viejo no podía evitar inquietarse por aquel pequeño accidente que, además, había terminado de la mejor manera hacía muchos meses y que él no habría podido evitar en ningún caso.

La primavera se le estaba escurriendo de las manos, de eso no cabía duda, pero mientras tanto había aprendido a jugar con el cambio, a dosificar bien sus fuerzas. Conseguía llegar hasta la explanada de delante de la casa de Aidi sin pararse ni una sola vez.

Salía zumbado como una bala de las avenidas, giraba a la derecha por la calle San Mamolo; luego, si no había tráfico, a la altura del kiosco de los helados, enfilaba a toda pastilla la calle Codivilla. En el tramo llano aceleraba al máximo, luego atacaba la subida con furia bajo la mirada sorprendentemente indiferente de los escasos transeúntes y automovilistas que bajaban anestesiados al encuentro de la ciudad. Intentaba mantener la marcha larga, que te hace avanzar más con menos esfuerzo, hasta donde podía. Después se incorporaba para pedalear de pie con toda la bici bailándole debajo. Cuando notaba que la cuesta se hacía demasiado fuerte, cuando comprendía que dos o tres vueltas más de pedal y tendría que apoyar un pie en el suelo, en la curva, normalmente en la primera señal de prohibido aparcar, se inclinaba hacia el cuadro y con el pulgar accionaba el cambio: la cadena saltaba al plato más pequeño, las piernas recuperaban brío. Él se desplazaba hacia la cuneta, al borde del asfalto, para evitar cualquier palmo de carretera superfluo: a la salida de la curva, podía volver a pedalear permaneciendo sentado.

Cuando divisaba la hilera de coches aparcados, establecía una meta a la que llegar sin despegarse del sillín, al menos llegar al golf blanco —antebrazos tensos, espalda inclinada, venas hinchadas en manos y muñecas, palmas sudadas—.

Al menos llegar a aquel jodido golf…

Pensaba en otras cosas, miraba al suelo en aquellos momentos difíciles: los títulos de los discos de Police. Regatta de Blanc, Outlandos d'Amour, Synchronicity, Zenyatta Mondatta, Ghost in the Machine. Porque Regatta de Blanc viene antes que Outlandos d'Amour, ¿no?

Y el viejo Alex recitaba mentalmente marca, motor y color de los coches aparcados para no pensar en su cuerpo, que al fin y al cabo también podía pedalear solo. Los reconocía casi todos, aunque de vez en cuando no le viniesen a la memoria los nombres de algunos modelos, tipo los utilitarios japoneses.

¡G-g-g-olf bla-a-a-an-co! ¡De pie, ahora!

Bueno, ahora era casi Coppi. Pedaleaba de pie, inclinado hacia adelante, sobresaliendo del manillar, mientras el sudor le goteaba por los lados de las cejas y por detrás de las orejas, mientras la camiseta se le pegaba a la espalda. Unos cuantos metros más, sólo unos cuantos metros más y habría divisado los dos leones de piedra de mirada apagada, semidurmientes sobre las columnas que flanqueban la verja.

Aquella gran verja con los dos leones pasotas y semidurmientes estaba siempre abierta y el viejo Alex la atravesaba con decisión y pasaba bajo el frescor agradable de los árboles. Había dentro un trecho llano, pero él sabía que no debía engañarse porque, si aflojaba para reponerse un poco en aquel tramo, después se las vería negras para recuperar el ritmo. Entonces se lanzaba cuesta arriba por los vericuetos del paseo asfaltado que atravesaba el bosque y, en la segunda curva, que giraba a la derecha, hacía saltar la cadena al plato más grande: enfilaba la pendiente recta de nuevo en pie sobre los pedales.

Jugaba con los hombros para quedar fuera de las curvas y ahora faltaba realmente nada antes del seminario y él, instalado en la marcha larga, podía dejar de pensar en Coppi, en Girardengo y también en los gregarios míticos y escaladores —muslos de acero y voluntad nicheana— destinados a ser unos eternos desconocidos, pero que en el Giro atacaban en todas las etapas de montaña y ridiculizaban a los campeones construidos en el gimnasio.

A sesenta segundos de allí, estaba Aidi.

Pedalear los últimos metros para llegar a la explanada del seminario.

El viejo Alex se pasaba las manos hacia atrás entre el pelo mojado.

Diez vueltas de pedal más y sería otra vez llanura, inmersa en la

espesura del bosque.

Le gustaba inmensamente ir embalado por aquel paisaje de hojas y no era necesario cronometrar nada. Lo sé mejor que vosotros, no vayáis a creer. Quizá no era lo que se dice tan bueno con aquella bici, pero lo esencial no era cronometrar la carrera, sino no apoyar los pies en el suelo durante la subida, no pararse a recuperar el aliento durante el llano. Ese era su récord.

Por lo demás, desde el punto de vista de nuestro Girardengo un pelín más bajo y rock, si Adelaide era una sibila o un hada, también contaba el hecho de que viviera en un bosque.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Grabo esta casete para que mis emociones de hoy no se pierdan como una aguja en un pajar.

No necesito una scooter o una moto, no necesito hacer los deberes para mañana, no necesito el telediario, la gente, una casa. Me basta el fresco en los brazos, me basta la fotografía mental de Aidi sentada en la cama con las piernas cruzadas, enfrascada en el libro de griego. En su clase están dando el programa que teníamos nosotros el año pasado, los poetas griegos y Ohi fatigada enamorada y aquel Ciego de Angiolieri. Me basta saber que dentro de unos segundos ella oirá el timbre de mi bici y bajará a darme un beso. Y cuando paso el cambio a la marcha más larga y pedaleo los últimos metros suaves rodeando el seminario y luego bajo con la rueda posterior rebotando clavada por el freno hasta la explanada y la casa de Aidi, bueno, estoy convencido de que el paraíso debe de ser un lugar bastante parecido.

Adelaide está comiendo una manzana. Es guapa. Lleva el pelo castaño suelto sobre los hombros, la camiseta Jan Sport contrasta con la piel oscura y no consigue ocultar sus tetas reggae. No sé. Me provoca reacciones extrañas. Por primera vez, de una chica tomo en consideración también los brazos, el cuello. Me provoca reacciones extrañas, en fin. Nos cogemos de la mano sin decir nada y caminamos hasta el borde del prado. Luego, nos sentamos muy juntos. Las colinas iluminadas por la luz tibia del atardecer, la hierba tierna bajo nosotros: todo es verde y todo va bien.

Tienes un aire increíble en el instituto, Alex, me dice. A veces, tienes un aspecto cabreadísimo; otras, parece que tu cuerpo esté allí y tu alma quién sabe dónde. En fin, no es que te encuentre muy…

Yo me he echado a reír y ella me ha pasado un tallo de hierba a lo largo del brazo. ¿Por qué te ríes?, me dice.

Porque estoy contento, creo. Le he dicho esto.

Ella también se ha reído y ha hecho una especie de mueca.

No, en serio, me dice. Escucha. En el instituto tienes siempre ese aire de poeta decadentista y en cambio, por la tarde, estás relajado y

amable y…

Lo sé. Es porque estás tú, adorada.

Otra mueca. Semibeso.

Y el viejo Alex en aquellos años se declaraba superconvencido de la necesidad del antiprohibicionismo. Porque la mafia, para mantenerse, tendría que vender los condenados relojes falsos si hubiese antiprohibicionismo.

Mientras tanto, en el instituto, nuestro teórico político navegaba entre suficientes deprimentes y algún golpe de suerte de vez en cuando y un par de profes le habrían echado a patadas de buena gana junto con todos los punks parroquiales, en especial desde que las bedeles habían encontrado unos lavabos, recién pintados, adornados de textos autógrafos y mensajes subliminales tipo «Ojo al kráneo rotaryanos» y «Alex te ve» —este último mensaje, inteligentísimo, lucidísimo, en letras de treinta centímetros, directamente con rotulador fosforescente en el interior de las puertas de los lavabos de las girls.

Y Aidi, en cambio, se iría de viaje a Praga con un par de clases de su sección —o sea, toda gente desconocida e indigna de ser mencionada por escrito— dentro de pocos días.

Los preparativos se hallaban en plena ebullición. Un frenesí y una neurastenia muy tardoadolescentes y cacareantes y rotaryanos de mierda que te cagas.

El viejo Alex no iría de viaje, ya que su clase no había encontrado a nadie que los acompañase, por aquello de que —uf— eran unos tirados pasotas e insolentes.

Uf. Uf.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Yo a los profesores los odio. Basta de sermones, ¿vale? Basta de la puta mierda de sus sermones, señores. Los sermones quedan abolidos. Se acabó. Stop.

Luego, una buena mañana, la profe de latín y griego había llegado a clase con un disco de poesías de Catulo con acompañamiento de guitarra y flauta y, después de una más que descorazonadora exaltación de la Eternidad del Amor, había aparecido mismamente el técnico del laboratorio con una especie de gramófono de antes de la guerra y la profe nos había hecho incluso darle la vuelta al disco: todas aquellas declamaciones con un ruido de fondo de flauta, rasgueos y toc-toc. Un jarabe increíble.

Después, cuando ya habíamos disfrutado una vez de todo el disco, la profe había preguntado qué opinábamos de aquel jarabe los estudiantes. Como debía de haber captado no se sabe qué signos de complacencia y profunda participación por parte de algunos gilipollas, Dios, ¿no va y se le ocurre renovar el suplicio? Tras otros ulteriores veinte minutos de sonidos putrefactos cuando la aguja todavía no

había sido levantada del vinilo, rápidas y fuera de lugar como la propia muerte, las siemprevírgenes Morelli y Musiani habían solicitado poder llevarse a casa aquella magnificencia putrefacta para volver a oírla en la paz de sus salones y quizá, ¿por qué no?, grabar algunas cintas y regalárselas —Dios mío— a los amigos de la clase.

Qué cojones.

El viejo Alex y Depression Tony se habían lanzado una mirada de entendimiento más explícita que una llamada al teléfono erótico y, en cuanto sonó el timbre del recreo, con la clase vacía habían hecho lo que había que hacer: Depression Tony había hurgado con la rapidez del puma en la cartera de la Musiani y un puto segundo después de aquellos hurgamientos el disco había acabado detrás de un radiador en el pasillo. Después, dos horas de matemáticas y varios ejes cartesianos para interceptar Entidades iguales a x + z y ninguna comprobación por parte de la Musiani de la cartera de la Musiani. Luego, timbre de la una menos veinte, el viejo Alex y Depression Tony —tácticos a más no poder— se encontraban listos para catapultarse fuera de la clase ya vestidos y con las carteras a punto.

En fin, pocos minutos en los lavabos esperando a que la gente saliese y, last but not least, avanzada más que felina para recuperar el disco. Aquella misma tarde, mientras Depression Tony sujetaba el vinilo en la posición más propicia, los dos provistos de guantes de lana para no dejar ni una puta huella digital, el viejo Alex había hecho chirriar la sierra del taladro con devoción cartujana y, menos de medio minuto más tarde, la selección de poesías catulianas estaba dividida en dos mitades casi perfectas dispuestas a ser enfundadas en sendos sobres acolchados y mandadas a las siemprevírgenes Morelli y Musiani.

Bien, qué cojones.

Y entretanto, mientras Aidi estaba de viaje en Praga, había habido elecciones. Por desgracia, el viejo Alex todavía no podía votar, por eso determinada lista de izquierdas se había quedado con un voto menos, porque está bien ser anarquistas, pero, cuando te ves delante la papeleta con el escudo cruzado y el clavel impresos en la cabecera, te pones a cien y se te ocurre pensar que aquella familia con lentes que ha entrado en el colegio electoral detrás de ti seguro que ha votado en bloque por los socialdemocristos, preferentemente a algún jerarca amigo de los amigos de la familia, y entonces arrojas todo tu peso a la oposición, ¿no? Quiero decir: qué cojones.

Así, para el viejo Alex toda la semana anterior al fin de semana electoral había transcurrido arrancando carteles de los partidos de gobierno y perfeccionándose en más que felinas fugas en bicicleta.

Cristo. Había ido muy bien.

El antiabortista Casini había aparecido en la tele en directo

prácticamente llorando y el viejo Alex había estado en un tris de felicitarse a sí mismo —mediante una pajita con dos dedos in situ—, tal era su entusiasmo entre los pelotazos de alegría.

Aunque luego, a fin de cuentas, todo volvería a ser como antes y los ladrones seguirían robando incluso con cien votos menos en Benevento y en Latina, pero en fin…

En fin, había que construir una nueva Italia porque la Primera República había fracasado y, mientras tanto, el viejo Alex se había hecho anarquista a la espera de unirse a la columna Durruti con su bandera roja y negra: el año que viene ya tendría los dieciocho y en las elecciones irían todos de puto culo.

A Martino no lo había visto desde el último fin de semana antes del examen de Física, pero no sentía demasiado su ausencia. Hasta que había sido el propio Martino quien le había llamado una tarde de luz cegadora. Una extraña tarde muy larga muy larga que más adelante, antes de volver a enrollar un pedazo de su vida y encerrarlo en un cajón oscuro, el viejo Alex recordaría como un jodido lunes de abril.

Martino estaba solo en casa, como siempre, y por teléfono, por cómo le había dicho el habitual «hola, viejo», tenía una de esas voces que se entendía a kilómetros que llevaba un cuelgue de cojones. Y después de los primeros tanteos, apremiado por las preguntas preocupadas del viejo Alex, Martino había vaciado el saco, que dos semanas antes la pasma lo había trincado en Riccione, a la salida de la disco, y él estaba muy pasado y se encontraba mal y en el bolsillo tenía medio tripi. Le hablaba en voz baja, ronco, con música estéreo de fondo. Había fumado y no prestaba oídos a las palabras un poco de circunstancias del viejo Alex. Martino estaba askeado y desesperado.

—Alex —le había dicho, hablando bajo al otro extremo de la línea —. Alex, hostia; creo que no puedo más, ¿entiendes? Odio a todo el mundo, ¿entiendes? No hacen más que contarnos mentiras, amigo mío. Todo lo que nos cuentan son mentiras…

Eso había dicho.

—… Yo estaba fatal y aquellos cabrones me pedían la documentación… ¡Sal del coche, gilipollas, saca la documentación! Pero ¿qué le pasa a este majadero? ¿Qué te has metido, eh, majadero?… Se reían entre ellos, los cabrones, y yo dije quitadme las manos de encima, hijoputas, no os atreváis a tocarme, y ellos me pusieron bien, porque me encontraron el tripi en el bolsillo y me tenían contra el coche como un saco de mierda y ahora ven con nosotros, gilipollas, que vamos de paseo a la comisaría, ¿lo has entendido, eh?, ¿entiendes el italiano, eh?… Y qué coño podía hacer yo con aquellos hijos de puta que me tenían cogido por todas partes, y baja la cabeza que todos nos miran, ¿ves a tus amigos?, esos son tus

amigos, majadero, ¿y sabes qué miran?, miran cómo acaban los drogotas como tú, gilipollas…

»Sólo gilipollas sabían decir… Me tuvieron un día en chirona… Alex, habrá un juicio, ¿entiendes? Me tienen que procesar ahora… Y mi padre, cuando vino a verme, fingió cabrearse, pero por dentro se quedó tan fresco. Sé muy bien cómo es él. Conozco a ese otro hijo de puta. Me busca un abogado y stop. Yo estaba desesperado y él ha fingido cabrearse, pero por dentro no sentía nada. El cero absoluto de nada, ¿entiendes? Me busca a un abogado de prestigio, ¿entiendes?

»En el instituto lo saben todo, ¿verdad?

El viejo Martino había querido saber eso.

Y quién sabe cómo disfrutaban algunos padres ahora que la manzana podrida había sido escarmentada, porque era inadmisible que hubiese alguien como él en el instituto y ya no sería necesario recurrir a los exámenes para cargárselo, ya que bastarían los rumores, los comentarios de los padres, los discursos de las madres-gilipollas-maquilladas-con-faldita-mini, porque mientras invitabas a ácidos a sus hijas y te las follabas a escondidas cuando ellos habían salido a cenar con los Lions, todo iba bien, ¿no?, pero ahora había que protestar, hablar con el director, ahora no se tenía que saber que la elsamaría y compañía estaban en clase con un majadero drogado, un camello…

—No soy una puñetera mierda para nadie —le había dicho el viejo Martino—. No sirve para nada aquí el amigo. Creía servirle a alguna chica, pero ni siquiera eso es verdad, porque las que yo conozco son todas unas guarras y para ellas lo mismo da uno que otro, y se dejan follar, escuchan a Carboni, te dejan tirado, se dejan follar, escuchan a Carboni, te dejan tirado… Y el dinero, el dinero, el dinero… El dinero se va por todas partes… Me gasto diez mil cucas en una noche, Alex, amigo mío… Me doy asco, ¿entiendes?… No quiero ser así y no puedo ser de otra manera.

Alex sólo habría querido decirle no te pongas así, Martino, ya verás como encontramos una solución, verdad que tienes una bicicleta, viejo, pues entonces por qué no vamos a dar una vuelta juntos por las colinas, que ahora hace sol, oye, y es todo menos horrible si encuentras a alguien con quien pedalear, ya lo sabes, hermano… Nunca había oído llorar al viejo Martino ni hablar de aquella manera tan desesperada y rabiosa que debía de haberse liado a patadas con el estéreo en un momento dado porque, junto a las lágrimas y a la rabia, había escuchado los golpes en la otra punta del hilo, y la música que se había apagado y, un segundo después, también el teléfono se había apagado y, cuando Alex se había precipitado a volver a llamar y durante todo el tiempo que había intentado y vuelto a intentar llegar a hablarle, la línea había dado la señal de comunicar y nada más, porque Martino debía de haber descolgado el teléfono y punto, y el

resto de la historia era como si ya estuviera escrita en los periódicos, en cierto modo. De todos conocida.

Lo que la gente o la policía o los periodistas nunca conocerían era la carta que Martino le había enviado después de aquella llamada. Una página de cuaderno de anillas llena por una cara de caracteres pequeños y nerviosos con boli negro.

Alex se la había enseñado sólo a Aidi, porque algunos secretos son demasiado terribles para la conciencia de una sola persona.

Alex, amigo mío:

cuando termine esta carta, bajaré por la calle dei Colli, calle San Mamolo, calle D'Azeglio y calle Farini montado en mi célebre vespa special, me pararé en piazza Minghetti frente a correos, echaré esta carta, a lo mejor me tomaré un helado (me apetece un helado de frutas y almendras amargas), volveré a subir, dejaré la vespa en el jardín, me encerraré en casa y destruiré todos los cuadros que se han comprado mis padres para ennoblecer este lugar de muertos.

Me da demasiado asco vivir así y estoy demasiado metido para cambiar.

En cualquier caso, mis padres son unos pobres desgraciados. No es por ellos por quienes lo he decidido; es por mí.

He pensado y pensado, viejo. Y mis conclusiones son estas: si eres un vagabundo, un drogado, un inmigrado, un albanés, estás jodido. Te aíslan, estás fuera del grupo. Y, además, el grupo te deja más o menos aparte y en paz al principio, hasta que haces alguna muy gorda y entonces terminas en la cárcel.

En cambio, si eres una persona normal, respetable, si estás en el grupo, quieras o no trabajas para el grupo. Y esto no quiere decir necesariamente ser honrados. Al revés. Los jefes del grupo son como los amigos de mis padres, grandes gilipollas con dinero a puntapala que tratan de controlar a la gente. Con los partidos, con la censura, con los grupos económicos. Estas cosas te las sabes de memoria tú, que eres una especie de kabreado social.

El grupo es toda la mierda que nos hacen comer, exacto. Mira, yo creo que sólo se puede salir de esto o siendo inteligentísimo, espiritualmente libre como los monjes budistas o los grandes filósofos, y entonces te elevas, o cogiendo el saco de dormir y yéndote a vivir a la estación o a los campamentos de gitanos, y entonces te rebajas. A mí la primera solución no me va. Demasiado dura. Y, además, la única cosa intelectual que hago es ver películas. Y la segunda no me va porque vivir como vagabundos quiere decir coger enfermedades casi enseguida y acabar llenos de costras y pústulas y feísimos.

Aunque hay una tercera manera, al fin y al cabo: saltar fuera del círculo que nos han dibujado alrededor.

Sólo me da un poco de asco pensar en cómo será mi cuerpo. Ayer por la noche soñé que los bomberos entraban en casa echando abajo la puerta y encontraban mi cadáver. Estaba tumbado en el suelo bocarriba. El bombero era gordo, como de cincuenta años, tenía bigotes negros, me levantaba la cabeza y decía: «Pobre chico…», como en las películas.

Pero estoy bien conmigo mismo, ¿sabes, Alex?, porque es la primera gran cosa que hago. Todo lo demás me lo habían enseñado, esta historia la he planeado y decidido yo.

Alex, amigo mío, estoy sereno, no creas.

Te abrazo y te saludo con todas mis fuerzas. No dejes que te sometan. No me olvides.

Martino

La carta iba en un sobre acolchado amarillo. En su interior, junto a la hoja de cuaderno de anillas, había una cinta grabada y, en la funda de la cinta, se había añadido con rotulador un verso de los Doors: «It's the strangest life I've ever known». El viejo Alex conocía bien aquella cinta grabada, era un recopilatorio de los Diaframma que le había prestado a Martino hacía un par de meses. En la etiqueta adhesiva, escrito con boli, podía leerse Libra-cara B.

Había olvidado durante un tiempo aquella cinta, la tenía casi arrinconada con los recopilatorios del verano y los estúpidos hit de discoteca y en cambio Martino la había escuchado, y había quedado impresionado precisamente por Libra, la canción más rabiosa y potente.

Alex había esperado hasta el domingo por la tarde, cuando sus padres habían salido, y entonces había vuelto a escuchar la cinta, poniendo el equipo a todo volumen, los tonos bajos jodiendo los woofer, mientras la voz asimétrica de Federico Fiumani, con el sonido de fondo de la grabación en directo, decía: «Dedicada… al punk… rock». Enseguida llegaban los aplausos y luego empezaba la banda y a él le parecía estar viendo a Martino, rugiendo en el micrófono el primer verso de la canción, y luego llegaba el acorde furioso de cuerdas duras, tipo «Anarchy in the U.K.» y las palabras trepidaban sobre todo lo demás, matándose a cabezazos en la cara y, en un momento dado, nuestro diablo de hombre había prácticamente empezado a notarse los ojos muy brillantes y

«Gracias a todos, buenas noches, adiós», decía el cantante Federico Fiumani al final de la pieza. Después, también el viejo Alex había gritado, sin abrir la boca, ¡Mata el pasado en tu corazón!… ¡Destruye el futuro!, y en el cajón oscuro de toda aquella historia, el funeral de Martino había sido por la tarde y no había más de veinte personas despidiéndose de él, de aquel viejo. De los cientos de chicos y chicas

con los que había compartido su vida de ácidos y autopistas, sólo se había presentado un tipo de unos veinte años, con bronceado de cabina, Ray-Ban, americana azul y mercedes matrícula de Verona. Pero parecía incómodo. Se había marchado antes del final.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Fui yo quien les enseñé el artículo en el periódico a los parens para evitar que lo descubrieran ellos y pensaran que se lo había ocultado porque había alguna historia turbia detrás. La foto publicada por el Resto del Carlina era, aunque muy aumentada, la misma que tenía Martino en su carné de identidad. La foto con las patillas largas y la cara semisonriente de amigo del mar.

Los parens habían oído hablar muy poco del viejo Martino, o sea que no se han preocupado mucho, pero igualmente me han aplicado el tercer grado, han querido saber si había visto circular droga en el instituto o si la había tomado yo alguna vez. Y yo: No, no, no. Lo juro. Hijo, dinos la verdad. Es mejor decir la verdad ahora que encontrarse en una situación como la de ese pobre chico. No, no, no, de verdad, os lo diría, lo juro. ¿Prometido? Prometido, sí.

Al final, el Canciller ha establecido que Martino debía de ser una especie de pobre desgraciado y punto, alguien que había caído en un círculo de camellos y a lo mejor se había matado porque aquellos le habían puesto frente a la alternativa de matarse o dejarse matar. Cuando empezó a desarrollar en voz alta sus deducciones de detective de los pobres frente al resto de la familia que asentía, me he jurado a mí mismo que nunca les enseñaría la carta a los parens. Nunca. Porque la gente no entiende, y no es que lo hagan a propósito: no llegan y punto.

Nosotros amontonamos los periódicos viejos en una cesta que de vez en cuando mi hermano va a vaciar a cambio de una pequeña propina. El periódico en el que se hablaba de Martino, sin embargo, con su foto y todo lo demás, lo recogí yo y fui a tirarlo aquella misma noche para evitar que mi madre se lo leyese por teléfono a mi abuela, o que mi hermano recortase el artículo para enseñárselo a sus amigos.

Sentados sobre las gavillas de paja que había detrás de la casa de Aidi, donde no les podía oír nadie, salvo las cigarras y el perro lobo del niño que vivía en la casa de al lado, los primeros días pensaban siempre en él. Con Aidi no hablaban de otra cosa, y Aidi, a veces, se echaba a llorar, aunque con Martino no había hablado nunca. Y en el instituto, naturalmente, no se hizo más que discutir sobre el viejo Martino. Alex, encerrado en el caparazón oscuro de su dolor, sabía que, aparte quizá de tres o cuatro personas, nadie creía en serio en las frases amargas y fatalistas que circulaban por las clases y, además, aparte de los de su grupo, los demás estudiantes sólo conocían a Martino más o menos de vista…

—Aidi, de vez en cuando, vaya, bastante a menudo, no durante horas seguidas, sino así, bastante de repente, se me ocurre pensar en él. Y hay dos cosas, ¿sabes? En primer lugar, la carta que me envió.

Esa carta me viene a la memoria a las horas y en los lugares más inesperados… Y luego, otra cosa más profunda, más punzante… Aunque él y yo no hubiésemos salido juntos muy a menudo, durante aquellos días en que nosotros dos no nos hablábamos… En fin, si pienso que ahora está muerto, que ya no está… Si pienso, por encima de todo, que ahora aquel chico ya no existe… Me siento como un pozo dentro del pecho, como un agujero negro que podría tragárselo todo. Podría pasar, mejor dicho, un día u otro pasará, con todos, con mi familia… y se irá un pedazo de mi vida… Es decir, cuando se muera mi abuela, ya no habrá nadie en el espacio de mi vida de cuando comía sopa de estrellitas o de cuando me sentía arder la frente y ella me ponía el termómetro y me tapaba con una manta para que no tuviese frío. Quiero decir, cuando ella se muera, estarán todos los familiares por ahí, los llantos, los problemas con el contrato de la casa, y todo esto me borrará a mí mismo con cuatro años con el pelo rizado y el jersey azul que me había hecho ella, mi plato de estrellitas y todos los demás momentos de cuando era pequeño. Poco a poco, se me olvidará hasta a mí, creo.

»Cuando se mueran mis padres, seré mayor, me afeitaré todos los días y sabré reducir marchas perfectamente, pero en alguna parte dentro de mí se habrá perdido el momento en el que mi padre me llevó al zoo de París y también el domingo por la mañana en el que mi madre me llevó por primera vez a los scouts y yo tenía miedo de que hicieran juegos peligrosos, tipo saltar de los árboles, y le apretaba muy fuerte la mano. Todo desaparecerá, poco a poco, y quizá quedará sólo el recuerdo de las cien mil veces que nos hemos peleado, siempre iguales, cada vez más cansados. Se morirán también mis amigos y, mientras tanto, yo también me iré apagando, poco a poco. Al final yo también me moriré y en ese momento se habrá acabado todo… Quizá Martino pensaba cosas así y decidió marcharse antes de que la gente empezase a caer a su alrededor. A lo mejor ha preferido irse cuando todo estaba entero todavía…

A aquella roca del viejo Alex se le saltaban las primeras lágrimas saladas, aunque el tono de la voz seguía firme.

Luego, esos dos piratas se habían abrazado fuerte, sin decir nada durante al menos un cuarto de hora azul y naranja y verde; la roca que todos conocemos y la vieja Aidi, muy próximos a la sensación de estar enterrados en Spoon River.

Muchas, muchísimas tardes de estudio superficial y luego, hala, a la calle, a pedalear lejos de los reproches de la mutter.

Miles de kilómetros en bicicleta, mil veces que llegaba a la explanada del seminario, mil bajadas por la pendiente, mil frenazos a la Girardengo frente a la casa de Aidi, mil veces bajo el sol, mil veces la hierba verde y el perfume de aquel mundo profundísimo y vegetal, mil veces Aidi que salía a abrir la puerta de su casa y dejaba los cuadernos abiertos sobre la mesa de la cocina y decía total me falta poco, ya terminaré después de cenar…

Y quizás a nosotros no nos parezca gran cosa esto de los dos piratas tumbados en la cama, vestidos de pies a cabeza, estrechamente abrazados y sin hablar, o la idea del conocido rocoso que la mira mientras ella toca la guitarra con aire absorto, o ellos dos que recortan sus iniciales en las patatas, H y J, como Caulfield y la vieja Jane, las fríen y se las comen juntos. Pero eran estas cosas las que sucedían en aquellos días. Los cuartos de hora de mayo discurrían lentos y densos y Aidi y el viejo Alex se sentaban en la terraza y escuchaban «Circle» y «Hard Rain's Gonna Fall» de Eddie Brickell.

Durante el año de bajo voltaje de su separación, el viejo Alex recordaría la gravilla crujiendo bajo sus botas Doctor Marten's, la mano sobre una veta de óxido de la silla del jardín, el frío de la mesa de mármol sobre la que disponían la radio y las hojas de papel y los lápices de colores.

En el mismo instante en que aquel diablo de hombre dibujaba a Aidi con una sonrisa enorme, como dibujan algunos artistas menores hacia los siete ocho años, o le rozaba una muñeca o le besaba muy suavemente una mejilla, sabía en el corazón de su corazón que nunca estaría mejor que así.

El momento de la partida de Aidi se acercaba y ellos dos habían decidido pasar juntos aquellos últimos días antes de despedirse.

Tras las correspondientes negociaciones familiares, la situación para el viejo se perfilaba más o menos como sigue: se marcharía de Bolonia a finales de mayo —total, en el instituto los últimos días no se hacía nada («No es que durante el resto del año te hayas roto los cuernos, por supuesto»)— para pasar dos semanas en Inglaterra estudiando inglés. A mediados de mayo, come back to Italy. Después, una semana la pasaría con los parens en casa. Luego, los parens se irían a la montaña y el rocoso se mudaría a casa de la abuela durante otra semana que compartiría con Adelaide hasta que ella se marchase a Sicilia, a despedirse de primos y parientes antes del —OK— Gran Vuelo.

Una tarde, mientras nuestro diablo estaba a punto de irse a casa, Adelaide le había metido una notita en la mano. «No la abras hasta después de cenar —le había pedido—. Cuando estés en la cama, con

una buena cinta de fondo». Y él, aquella noche, después de cenar, tumbado y todo lo demás, con Bob Marley and the Wailers Live como música de fondo, había sacado el papel del bolsillo de los vaqueros y empezado a leer.

Casa, media tarde, antes de que tú estés aquí.

Alex:

estos días son muy extraños. Cuanto más tiempo pasa, más siento crecer en mí la emoción, y también el miedo por el Gran Vuelo, por América. Es algo muy difícil de explicar; sólo sé que entonces estaré realmente sola y que es la primera gran cosa que haré. La he decidido yo, la he preparado yo. Y ahora se acerca el gran día. Mientras tanto, nosotros pasamos un montón de tiempo juntos y, cada día más, me parece estar entrando en ti. Me parece comprenderte, pero comprenderte no es la palabra exacta, me parece entrar dentro de ti. Hay veces en las que me siento una sola persona contigo y otros momentos en los que te siento lejos y tengo miedo, pero, en conjunto, es estupendo, nunca me había pasado con nadie. Quizás ahora no podamos entender de verdad todo. Lo único que sé es que está bien así, y que quiero que junio esté a la altura de todo lo que ha habido antes.

Ya tengo preparado el cuaderno; en cuanto vuelvas de Inglaterra, empezaremos a escribir.

Te quiero demasiado. Hasta más-allá, aunque suene mal.

Un abrazo.

Aidi

Hasta más-allá es algo que más que sonar mal te deja un poco sin respiración y personalmente, vale, yo también estoy hecho polvo. Pero la historia es esta y no otra.

Tendremos que echar mano de todo nuestro valor; lo sé, lo sé.

Depression Tony era ya una especie de veterano, el viejo Alex sólo los había visto hacer, aunque nunca había tenido un espray en la mano. De todas formas, la idea había sido suya y el proyecto había madurado aquella tarde.

Así, después de una cena funky fundepaga en McDonald's, en el cruce de la calle Rizzoli con Ugo Bassi, se habían dirigido hacia el casco viejo entre la calle D'Azeglio y plaza Cavour. En la pared de la sede de una asociación pro-ciegos —canallas hasta la médula, se podría pensar hoy— habían probado los esprays y Depression Tony había explicado muy por encima las técnicas de ejecución. Hacia las diez, él y el viejo Alex estaban inmersos en la oscuridad cinematográfica de la calle Codivilla, rodeados de un silencio algodonoso, roto a veces por los escasos coches que subían cansinamente la cuesta.

De vez en cuando, llegaba alguien que había cargado a una amiga part-time en la carretera y venía a echar un polvo discretamente bajo el telón de árboles al otro lado de la calle. Con el jodido miedo de que llegase la policía, Depression Tony y aquel otro exaltado habían llevado a cabo un grafiti a todo color —que contenía la simple invocación AIDI— en letras de sesenta centímetros sobre un gran pilar situado a la entrada del parque.

Una vez llevado a cabo aquel gesto artístico, él y Depression Tony habían echado a correr bromeando y ululando, mientras en los mercedes matrícula de Módena y de Ferrara intachables padres de familia se unían carnalmente, jadeantes y ululantes, con las respectivas amigas part-time.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, el grafiti no era nada especial, pero aquel artista juvenil del viejo Alex estaba seguro de que los colores eran poco menos que extraordinarios.

El lunes ella lo vería.

Así, entre una autocomplacencia pictórica y otra, habían llegado los últimos días de mayo, los últimos orales en el instituto, las últimas anécdotas cyberpunks que había que archivar en la memoria y contar a los amigos de la playa, las últimas latas de cerveza en compañía del consabido gang.

En la foto de final de curso, el viejo Alex había salido con una mirada de tóxico memorable; llevada con desenvoltura entre la camiseta a rayas horizontales verdes y blancas del Celtic de Glasgow y un corte de pelo discutible —tipo me acabo de despertar torcidísimo y no consigo encontrar el peine, pero por suerte tengo el pelo bastante corto—. Pues bien, la visión de aquel noble rostro había levantado un cierto revuelo entre las madres de las siemprevírgenes compañeras de clase. Varias de ellas, incluso —se dijo en la época—, no habían

dudado en preguntar, entre comprensibles chirridos de ovarios, si el propietario de aquel noble rostro tenía algo que ver con el niño que en la escuela primaria sacaba siempre un ocho de media.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Esta es para los padres de mis compañeras con compresa que, por lo que me han contado, a duras penas pueden reconocerme en la foto de la clase y se preguntan si aquel energúmeno y el niño que una vez fue tan estudioso tienen algo que ver o no.

La música de fondo que se puede apreciar en este momento es la Henry Rollins Band descargada por el estéreo central con los woofer a tope.

Bien, sí señores. Ese energúmeno soy yo, pandilla de hijoputas. Ese energúmeno y el niño que siempre estaba callado dibujando y, después, se hacía leer el libro de las palabras de Richard Scarry y se sabía de memoria los nombres de los pájaros, incluido el avetoro, el tucán y el loro de mar, son la misma jodida persona. Soy yo, koño. Ese que iba a la escuela primaria vestido de tirolés, con los pantaloncitos de piel y los bolsillos en forma de hoja de roble y la tirita para el cuchillo, soy yo.

El energúmeno que, si no fuese por sus padres, estaría hace tiempo de patitas en la calle y no es seguro que no acaben poniéndolo, sigo siendo yo. Ese con la música a todo volumen, que eso no es música, es ruido, que se embrutece para no oír la vocecita de su conciencia que le dice eres una especie de alcoholizado como aquel otro que acabó mal y no sabes pactar y si no te doblegas te romperás, sigo siendo yo, koño.

Bueno, venís a cogerme, ¿no?

Cielos, casi se me olvidaba. Vuestras hijas son para echarse a cagar, señoras. Vuestras niñitas querrían ser unas putas guarras, señoras, uf, pero nadie se las tira. Por qué kojones preguntaréis. Bien, porque no saben dejarse ir, más o menos. Y porque si parecen monjas en fila india no es por modestia, pureza o lo que sea, sino por puñetero y jodido miedo. De todas formas, autodaros por el kulo todas si es posible. Gracias.

Fin de la transmisión.

OK. La penúltima semana de mayo, nuestro rocoso había semicateado el oral de Física, desbarrando con rematada cretinez sobre el movimiento uniformemente acelerado y sobre el paso del sistema internacional al otro y viceversa. Se había lanzado con su mirada de tigre a una disertación sobre la fuerza centrífuga y, como ejemplo, intentando superar la banalidad del tambor de la lavadora en funcionamiento, no había sabido encontrar nada mejor que la historia

del parque de atracciones y las condenadas sillitas voladoras donde te atas a los columpios que giran en torno al condenado cilindro metálico central, cilindro al que están unidos por una cadena. Pues bien, cuanto más aprisa hacía girar el cilindro el gitano de la feria, más las cadenas de las sillitas con los memos a bordo tendían a disponerse paralelas al suelo. Por efecto de la fuerza centrífuga, precisamente.

Cinco bajo bajo, pero sus padres nunca lo sabrían.

El domingo por la mañana, el viejo Alex se levantaba temprano y, mientras su familia disfrutaba del sueño de los justos, montaba en su bici negra y se iba a dar una vuelta por las colinas de Bolonia.

Inmerso en aquella beatífica soledad, como máximo se encontraba a algún que otro heroico ciclista con el que no desdeñaba intercambiar enérgicos y efusivos saludos.

Le gustaba lo indecible subir por San Mamolo, Roncrio, calle dei Colli, volar carretera abajo por las curvas de Paderno, atacar la muralla del parque Cavaioni y zigzaguear por la colina de Casaglia para después planear en la Saragozza avenue mientras la ciudad se despertaba. Volvía a casa cuando los parens apenas habían empezado a bostezarse en la cara.

Pues bien, era justo una de esas mañanas de domingo exageradamente azules cuando, al volver a casa empapado y molido, el viejo Alex había leído en el periódico que cerca de Palermo habían hecho saltar cincuenta metros de autopista para matar al juez símbolo de la lucha contra la mafia.

Esa era la Italia en la que estaba viviendo.

A lo mejor no había sido la mafia, a lo mejor habían sido los servicios secretos o, en cualquier caso, ellos también desempeñaban un papel —como en todos los demás atentados de la República, por otra parte— y el objetivo era distraer la atención de la opinión pública de las investigaciones de los jueces de Milán sobre la corrupción en el mundo político y financiero, investigaciones que estaban adquiriendo un pésimo cariz para los boss de partido.

En fin, al viejo Alex se le había metido en la cabeza una idea de este tipo: algún representante de los partidos de gobierno había encargado a los servicios secretos, ampliamente controlados, hacer algo especialmente gordo —algo del calibre de la matanza en la estación de su ciudad o del atentado al rápido 904— para que la opinión pública se asustase y cerrase filas en torno a las instituciones democráticas, instituciones representadas justamente por los partidos en el gobierno, a fin de disminuir la presión que los atenazaba cada vez más. Así, algún dirigente más o menos oscuro de los servicios de seguridad había tomado la decisión: aquella brutal condena a muerte conmovería al país y sería atribuida a la mafia. Una especie de plan perfecto. Que al fin los servicios secretos hubiesen ejecutado el atentado o hubiesen proporcionado protección y medios a la mafia para eliminar al enemigo número uno carecía de importancia.

El viejo Alex llevaba un rato con estos razonamientos, sentado en la sala con el periódico abierto sobre las piernas y la memoria en las demás masacres de su infancia: había oído el estruendo inmenso de la estación de Bolonia saltando por los aires y después todas aquellas sirenas de las ambulancias que corrían hacia el apenino a través de la

calle Porrettana la noche de la bomba en San Benedetto, y después.

Esa era la Italia en la que estaba viviendo.

Así, se había quedado en casa todo el día, rabioso y enjaulado, convencido de que en Italia y quizá también en el resto del Mundo de los Grandes todo era un poco como en el instituto: en todas partes triunfaba la fuerza y la ignorancia, ya fuese la del boss mafioso con la cadenita de oro en el cuello y la ametralladora en el cajón o la del profesor autosuficiente que se burlaba de las opiniones políticas o del modo de vestir de los estudiantes o la del subsecretario que se atracaba de espaguetis con salmón en los restaurantes romanos sin pagar jamás la cuenta…

Aquella tarde, el viejo Alex se había vuelto a ver de cabo a rabo Il portaborse de Nanni Moretti y había establecido que un hombre como Cesare Botero no habría dudado en ordenar a quien correspondiese la ejecución de un juez, con tal de salvar su asiento en el parlamento. Y hombres como Cesare Botero, en Montecitorio, los había a patadas…

También aquel juez asesinado era un hombre que había intentado salirse del grupo —reflexionaba, rabioso y enjaulado, el viejo Alex—, alguien que no aceptaba las prepotencias y el arbitrio de los fuertes, alguien que había caminado a contracorriente con el agua hasta la cintura, hasta que había llegado una ola demasiado grande que se lo había llevado por delante. Se había salido del grupo, en efecto. Y cuando al grupo había empezado a resultarle incómodo, le habían hecho saltar por los aires con su mujer y todos los hombres de la escolta…

El juego se había vuelto durísimo, y al día siguiente la profe de Latín y Griego, conmovida, había colgado en la clase, bajo el crucifijo de detrás de la mesa, una foto del juez asesinado. A la siguiente hora, la profesora de Química había hecho su entrada semitriunfal en clase, observado la foto, mirado a los estudiantes con aire interrogativo, preguntado quién era el tío de la foto.

Un instante después había pasado a preguntar sobre la digestión, con especial atención al bolo, quimo y quilo, porque íbamos atrasados respecto al programa, boys.

Esa era la Italia en la que se estaba pudriendo.

La última tarde antes de la partida del viejo Alex a Inglaterra era una condenada tarde oscura y tétrica que prometía lluvia, como algunas ilustraciones del libro de lectura Una tormenta de verano. Todo era gris y eléctrico, y Aidi y el viejo Alex se habían citado en el cruce entre la calle Codivilla y la de San Mamola.

Él había atado la bici con dos cadenas al poste de una valla publicitaria sobre la que estaba pegado un cartel blanco con las siglas del Ayuntamiento y después había sacado el rotulador. Antes de que

hubiese acabado de transcribir el texto de «Sunnyside of the Street», Aidi había llegado a su encuentro a bordo del vespino.

El viejo Alex la quería a ella, y también a sus mejillas, a sus dedos y a la forma que tenía de abrazarlo. Al final de todos sus saludos tardoadolescentes, ella había propuesto dar una vuelta por las colinas y el rocoso había aceptado enseguida, desbordante de entusiasmo y dispuesto a volar sobre las alas de su fantasía. En vespino, aquel loco iba sentado detrás, a menos de un centímetro del jersey verde de ella. Se lo había puesto para que estuviera contento —Alex lo sabía muy bien— porque aquel jersey prodigioso hablaba de Irlanda, de Pogues y de felicidad. Fíjate, había pensado de repente mientras el vespino se comía la carretera, todo esto el viejo Martino ya no podrá sentirlo. Nunca más tener el corazón en la garganta porque mañana te vas y durante dos semanas no verás a una chica especial. Nunca más darse cuenta de que una persona es realmente distinta de las demás. Nunca más estar un poco emocionado porque hay que hacer cierta llamada por primera vez. Y no alegrarse nunca más al oír el motor de cierto vespino y creer reconocerlo aunque sólo se esté soñando en la propia cama una mañana de primavera. Y no tener nunca más una mierda de nada, ni chicas con las que esperar hacer el amor, ni discos que comprar, ni acordes de Fender Jaguar que tocar… Martino no iría nunca más a las colinas con una chica, los dos sobre el mismo vespino. El viejo Alex sólo estaba intentando convivir con este sentimiento y, después, a la altura del final de la línea 16, empezaba la subida y Aidi estaba concentrada en la conducción y él notaba que eran realmente una sola cosa, el pecho contra su espalda y las manos sobre sus caderas. A ella el pelo se le salía del casco y al viejo Alex se le había ocurrido pensar en aquella canción de los Smiths, «There's A Light That Never Goes Out», del álbum The Queen Is Dead, cuando más o menos dice «No me lleves a casa, esta noche, porque ya no es mi casa, sino la suya, y yo ya no soy bienvenido». Y, si un autobús de dos pisos se estrellase contra nosotros, sería una forma sublime de morir, y si un camión nos matase a los dos, morir a tu lado sería un placer y un honor para mí.

¡Y en cinta no era nada! Había visto un viejo concierto en Videomusic y, para empezar, estaba Morrissey con aquella chupa triunfante y la camisa abierta, bailando como un payaso, épico y grotesco a la vez, un ramo de flores blancas marchitas en la mano, alegoría sublime que recordaba «We're The Flowers In The Dustbin de los Sex» y apenas atacaba «And if a double-decker bus crashes into us». El teatro estallaba y miles de jóvenes se ponían a cantar en coro cuánto soñaban morir juntos. Bueno, se le ocurría pensar precisamente esto. No es que esperara que Aidi tirara recto en la próxima curva para salir disparados por el barranco, pero sentía otra vez la magia de estar

juntos y la fascinación de no comprender exactamente qué querían el uno del otro, porque sólo cogiéndose de la mano —uf— lo tenían todo.

Habían desembarcado en una plazoleta desconocida, al final, una especie de aparcamiento desierto rodeado por los árboles. Reinaba en aquel lugar una paz absoluta, y nuestros piratas se habían sentado en un escalón —en efecto, esta es una historia donde no se ve casi nunca a la gente sentada en sillas normales— y después, en uno de aquellos momentos tremendamente fuera del libro en los que se miraban a los ojos a trece centímetros de distancia y no había nada ya escrito, nuestro rocoso había soltado exactamente esta cosa un poco inmortal:

—Hoy, Anna, esa de primero B con ojos azules, me ha dado una carta tremenda. Tipo de cuando me mira comprende que soy distinto de los demás y sabe qué pienso cuando estoy en mi rollo y es feliz si hablo con ella y, en fin, creo que me lo está pidiendo a gritos, oye.

Y después.

—Ves, el año que viene ya está decidido de cabo a rabo. Estoy en los planes que han escrito Anna y Federica. Con una tengo que hacer de siniestro cerebral todo Cineclub Lumiere y libros de filosofía, con la otra puedo ser mucho más pop, casi glam, y hacerme presentar a sus padres y telefonear todas las tardes a la misma hora. Con una tengo que reírme de mis amigos de siempre un poco bestias (arman mucho follón porque no tienen las ideas claras, pero en el fondo son buenos chicos). Con la otra tengo que renegar de los punk parroquiales de mierda (alcoholizados, drogados, gamberros de catequesis que don Pío os dejará como nuevos y se encargará de que os corte ese pelo asqueroso un barbero de verdad), una parte de mi pasado que casi he olvidado. Pero que esas dos esperen esas cosas de mí no es tan grave. Al fin y al cabo, cada uno procura arrastrar a los demás a su teatrito personal. Lo peor es que yo haré precisamente todas esas cosas, todo lo que esperan de mí, un gesto tras otro, en fila, para vivir también en sus escenitas deprimentes o banales o trágicas y luego reírme a solas, pero haré todo lo que quieran porque el único modo que tengo de sentirme vivo es cambiar continuamente y hacer siempre jodido teatro. Hasta ahora siempre había interpretado papeles de mierda, de acuerdo. El noviete de fulana, el teenager educado que ayuda a la desconocida a subir al tren o el nieto de la ciudad, pero esta es sólo la escena off-off. Dadme tiempo para madurar y podré imponerme también en papeles de secundario, tipo el intachable empleado putero que pega a sus hijos con el cinturón o el divertido profesor de Matemáticas calvo et pajaiolus…

A lo mejor, Aidi no le entendía del todo. O a lo mejor sí. Por lo demás, no dejaba de tratarse de temas etnofilosóficos de devastadora

envergadura y, por tanto, quiero decir.

Adelaide le había dado un puñetazo juguetón, un bonito momento, pero a él le habían dado ganas de besarla seriamente y después morderla un poco y atarla a él y no dejar escapar ni un solo instante del tiempo que quedaba…

—¿Qué harás el año que viene —había dicho Aidi— cuando tengas ganas de que yo esté aquí?

—Bueno, te escribiré, creo. Y me asomaré al balcón con un jersey gris muy gordo y estaré triste. Tú todavía no te has enterado de lo importante que eres para mí… Todo ha cambiado desde que te conocí. En fin, ya lo sabes…

—Alex, me duele cuando hablas así; casi parece que a mí no me importe nada, como si el único en actuar o en dirigir las cosas fueses tú. No sé…, de vez en cuando sales con una de esas historias… Para mí eres importantísimo, ¿sabes?

—¿Sí?

—Claro. Pero ¿por qué te pones así?

—Vamos, Aidi. Ya sé que para ti soy importantísimo, pero necesito siempre oírmelo repetir. Es bonito, sabes. Y tú también, no creas que porque lo diga muchas veces sea menos verdad o que…

—Te quiero demasiado, Alex.

—Ya.

(Mayo en las colinas. Vientecillo fresco, nubes, coches que pasan cada diez minutos y todo lo demás).

—En fin, cuando vuelva de Inglaterra y llegue junio haremos de verdad el cuaderno, ¿vale?

—Vale.

Después, nuestros piratas habían permanecido sentados muy muy juntos hasta que habían llegado aquellas horas de precena, algo así como las siete y veinte. Y a la mañana siguiente, el rocoso estaba en el aeropuerto escoltado por los parens, billete y tarjeta de embarque en ristre, cuando de repente había aparecido Aidi, llegada en vespino hasta allí para despedirle. El Canciller y la mutter habían permanecido prudentemente aparte y, en cambio, el viejo Alex estaba superradiante y, cuando se había puesto en fila con el resto de pasajeros, Aidi incluso le había dicho que estaba guapo. Así, aquel loco se había ido muy sonriente con un rock comercial en la cabeza, tipo versión disco remix de «Holidays in Cambodia» de los Dead Kennedys, lleno de emociones concéntricas porque a la vuelta sería junio y punto.

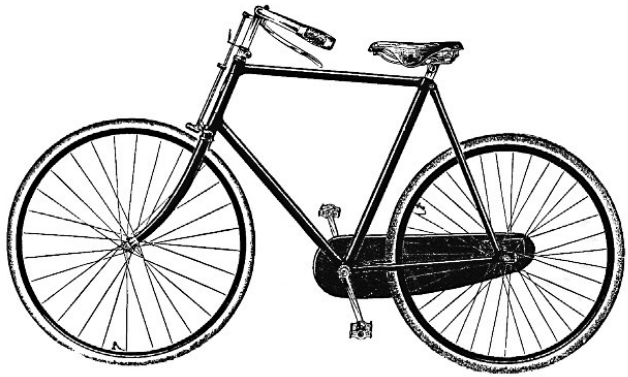
Dos semanas en Inglaterra y, entre la preocupación de encontrar el correspondiente autobús por Heathrow y el viaje de regreso a Londres,

sólo habían quedado incrustados el curso de inglés y las caras tipo Benetton de Paulos, Ivan, Shoko y de todos los demás amigos conocidos frente a los toast de pollo en la canteen de la escuela, un macht de cricket sobre el césped impecablemente segado con un fuera de campo suyo poco menos que espectacular, partidas de billar, algunas noches de dardos y drinking under age en el George's Inn, un par de días teñidos de dolor de cabeza de borrachera, despertares a las seis de la mañana porque la ventana no tenía persianas, las grandes sonrisas de coyote a la chica rubia que pasaba repartiendo periódicos, un par de historias literalmente insignificantes, algún concierto gratuito…

Y al final, sin embargo, también el gran bombo que le pulsaba en el pecho en dos tiempos al viejo Alex.

Porque ahora, gente, era realmente junio.

TERCERO



EL CANCILLER HABÍA TELEFONEADO DESDE ITALIA

El Canciller había telefoneado desde Italia al aeropuerto de Heathrow y había preguntado si sería en serio la última vez que el AZ-1236 de las cinco de la tarde aparecía marcado como «Delayed».

El vuelo a Bolonia había sido aplazado, primero, a las seis y veinte, y después, nada menos que a las ocho y cuarenta, mientras en las pistas los demás aviones se dirigían burlones hacia destinos todos iguales, hacia mil lugares con la misma moqueta y el mismo aire acondicionado. Organizando el cotarro, los dueños de la casa, seguros de sí mismos hasta la arrogancia, los gigantes de British Airways, dispuestos a entrar en liza con Air France y Lufthansa, los nuevos amos de Europa. Peor que en los cursillos de esquí en los Alpes, donde los niños alemanes, enfundados en sus equipos antiavalancha fluorescentes, sólo tenían que bajarse la visera protectora para humillar a todos los mocosos frioleros llorones niños italianos demasiado rígidos sobre las rodillas, demasiado dados a inclinarse hacia atrás, demasiado destinados a terminar amorrados en la nieve y a llamar a su mamá.

Los turistas japoneses escuchaban divertidos las musicalidades mediterráneas de la llamada al chek-in Alitalia.

—No puedo presentarme en este estado —había dicho alguien.

Él se había metido en el lavabo para cambiarse la fruit of the loom sudada por un polo color albaricoque más que respetable, lavarse la cara con una sola mano porque con la otra tenía que mantener apretado el grifo del agua helada, peinarse con las manos mojadas hasta obtener el efecto de un falso gel. Tenía la cara tan morena y la barba tan de tres días que podría haber parecido un estudiante universitario o, en cualquier caso, un joven digno de respeto, meta de la que le separaba implacablemente la fecha de nacimiento impresa en su pasaporte y carné de identidad: apenas diecisiete años y medio, no tenía coche, no fumaba cigarrillos, no se sabía vestir con gusto… En pocas palabras, el viejo Alex sentía que carecía de la fascinación akojonante que envuelve a cualquiera que tenga una casa con pósters del Corto Maltés, una partner fija, pero no mucho, una especie de trabajo, fiestas decentes a las que ir y una moto y.

Toda esta maravilla él podía tratar de imitarla, copiarla, pero no reproducirla exactamente. Para eso se necesitaban años. Y entretanto tenía que aprender a reconocer los vinos y tirar a la basura aquellas tremendas zapatillas de basket.

Basta hablar diez minutos con algunos diecisieteañeros —con los chicos, quiero decir, porque con las chicas es otra historia más complicada— para ver enseguida que son unos condenados inseguros.

«Basta oír cómo hablamos —reflexionaba para sus adentros aquel rocoso—. Nosotros, por ejemplo, nos lanzamos a todas esas acrobacias

sintácticas que siguen estando muy lejos del magnífico pasotismo del que usa mal los subjuntivos sin ningún complejo… Nuestra jerga —reflexionaba el viejo Alex— se refiere sobre todo a la esfera escolar-masturbatoria, sin esa distancia de asiduo de jazz club que espero que consigamos adquirir con el tiempo…».

Sin embargo, después de todas estas elucubraciones, nuestro rocoso había estado casi seguro: era sólo una cuestión de tiempo, y aquel derecho lo había entendido por cómo le sonreía la empleada de blusa color crema (el mundo de la aeronáutica civil debía de ser un infierno de depravación; la vida de las azafatas y de los asistentes, una maraña de promiscuidades innombrables).

En fin, aquella no tenía para nada la mirada condescendiente que se usa con los niños ni la expresión molesta que acompaña la llegada de un adolescente coñazo tipo Mi Amigo Descongelado. Cristo, le estaba mirando profesionalmente, como un cliente respetable, una polla de joven cliente respetable.

Después, hablando con el jefe de escala a un nivel de igualdad, aquel loco había experimentado el estremecimiento del incógnito y la sensación —oscura— de ser una especie de espía en territorio enemigo: «Señor» «Disculpe las molestias» «Un lamentable contratiempo».

Eh, Girardengo aguantaba el papel a las mil maravillas. Como un actor consumado. Sin cagarse encima por la emoción de ser por fin considerado un adulto, experto en las lecturas de culto del sector, Confesiones del aventurero Félix Krull y Tren de nata. Sin embargo, algo en el centro de su mente seguía temiendo que de un momento a otro aquel señor de chaqueta galoneada se levantara de detrás del mostrador, le mirara fijamente a los ojos y, luego, le escupiera a un centímetro de la cara:

—¿Crees que no sabemos qué mierda de música escuchas? ¿Crees que no sabemos que dentro de tu maleta hay un par de Doctor Marten's y dos camisetas de los Sex Pistols? ¡Eso no es música, es ruido! Y ahora ¡largo de aquí antes de que te suelte a los perros, tardoadolescente de mierda!

Bueno. La hora parecía definitiva, finalmente. A las ocho y cuarenta la avería que amenazaba al DC 9 sería sólo un recuerdo, los motores rugirían —el avión situado en la runway— y el comandante Pusceddu levantaría en vuelo al clan de los Boloñeses, rojos de vergüenza por el papelón que les había tocado hacer ante todas las airlines del mundo, pero banalmente felices de volver a casa, y el viejo Alex había podido abandonar con una cierta marcialidad triunfante la jaula Alitalia, pletórico de satisfacción por haber superado con discreto éxito una de las quizá veintinueve ceremonias de iniciación a

la edad adulta.

Faltaban apenas three hours para el despegue y, en cualquier caso, nuestro rocoso no tenía nada que hacer y habría preferido cualquier cosa, bailar al ritmo del peor álbum de los Pet Shop Boys durante una rave party, quedarse a ayudar al jefe de escala, barrer el suelo, porque ahora estar allí sin hacer nada era una putada demasiado demencial.

Así, había adoptado de nuevo un aspecto menos marcial —pies rastreros y abandono inmediato del porte de sólida juventud padana— y se había trasladado hasta el interior de aquel kiosco-papelería-súper al neón.

Allí dentro, había estanterías enteras con bolsitas de M&M's el triple de grandes que las italianas, koño. Y recostada a full colour en la portada del Daily Mirror, una chica con dos tetas planetarias cubiertas por un velo semitransparente prometía more on page nine y un chaval colorado hasta las orejas no podía evitar encorvarse sobre el montón de los Daily Mirror esperando que nadie sospechase que se estaba llenando los ojos precisamente de page nine.

Dos chicas romanas folloneras, culo bajo, pelo en ojiva, embutidas en mallas de rayas horizontales infames, intercambiaban carcajadas a mandíbula batiente y palmetazos en la espalda, indecisas de si comprar o no una revista expuesta en el escaparate de los varios Playboy y Mayfair. En la portada de la revista sonreía malicioso un musculitos con cara de querubín afeminado concentrado en exhibir bíceps y manosearse el paquete. Con toda evidencia, aquella revista las tentaba irresistiblemente —las pájaras lucían gafas negras idénticas —, pero a la vez les daba corte y no sabían decidirse y seguían riéndose y punto, y ruborizadas por la vergüenza, acercaban y retiraban la mano de aquel tótem, origen de sus secreciones, gruñendo: «Estamos quedando fatal» y «¡No, tú!» y «¡No, píllala tú!». De repente, al viejo Alex se le había ocurrido una especie de secuencia cinematográfica que le había dado arkadas: una de las dos chicas, de regreso a Italia, contando a un grupo de siete ocho amigas todas iguales, con cazadora tejana, mallas sobre rodillas torcidas, compresa y victorias azules, lo mucho que se había divertido en Inglaterra con Maddalena. >

—Conocimos a unos chicos simpatiquísimos de Milán que a lo mejor este verano vienen a vernos y hay uno que se llama Simone que es demasié. Tengo la foto aquí ¡y nos hemos emborrachado casi todas las noches!

Al final de aquel vértigo, el viejo Alex había escapado hacia la salida agarrando una revista de música y una barrita de chocolate. Después, a las ocho, tras las horas más largas de su vida pasadas en el Our Price Music Shop del aeropuerto leyéndose los songs lyrics, incluidos en las casetes, en el panel de las international departures se

había encendido la lucecita roja de su vuelo, animándole hacia el check-in. En cualquier caso, los Red Hot Chili Peppers primero tenían a la guitarra a un tal Hillel Slo-vak, actualmente muerto, a quien estaba dedicado Mother's Milk, y precisamente aquella mañana nuestro rocoso había leído en Vox que también Jack Frusciante había dejado el grupo ahora.

Jack Frusciante había sido el nuevo guitarrista de la banda durante un par de años. Era un tipo delgado y musculoso, sobre el metro setenta. Es decir, un auténtico tapón, comparado con los compañeros, unos clásicos armarios de playa californiana. De todos modos, llevaba cortes de pelo memorables, en plan casquete primeros Beatles o cabeza rapada con un gran mechón hasta los ojos, perennemente en pantalones skate y sneakers. Siempre había quedado un poco en la sombra respecto a los demás del conjunto porque el escenario de los Red Hot estaba monopolizado por Anthony, el vocalista, y por el más que coreográfico bajista Flea, que en el vídeo de «Behind the Sun» aparecía vestido únicamente con un par de pantalones hechos de juguetes (tipo muñecas, cubos y animalitos de plástico y peluche).

El viejo Frusciante no era exactamente un guitarrista de gran talento, pero hacía lo que tenía que hacer, se movía en el sound eléctrico y líquido de la banda sin levantar nunca los ojos, sin mirar a la cámara con aire alucinado como hacía Flea. Alex lo recordaba sobre todo en el vídeo de «Under the Bridge», donde él tocaba la introducción con una Fender Jaguar, jersey y gorro peruanos, ante una hortera escenografía western. Y ahora, de forma absolutamente inexplicable, el viejo Frusciante había abandonado el grupo. Ahora que ya no se trataba de tocar por cuatro duros en los clubs de Hollywood o en los festivales underground, ahora que llovía el dinero a espuertas y ya estaba en marcha la gira mundial. Ahora que llegaban el disco de oro, los Grammy Awards, la fama y la seguridad, él se había marchado.

Y quizás en solitario, aquel viejo no sería nadie porque todavía era poco conocido. Por lo tanto, no había sido una jugada a lo Peter Gabriel que deja a los Genesis en la cima de la popularidad para entregarse a una gratificante carrera como solista.

Para él, probablemente, sólo quedaba el regreso a Hollywood, la droga, quizás un nuevo conjunto de fama estrictamente local. Y los mánager escribirían en letras fluorescentes en los carteles de sus locales J. Frusciante Former Red Hot Chili Peppers Guitarist, y él tocaría allí, mientras la gente fumaba sin hacerle mucho caso y a lo mejor alquien con buena memoria se preguntaría el porqué de una maniobra tan estúpida…

Desde luego, una decisión en apariencia tan incongruente era difícil de entender y el viejo Alex, al que le gustaba reflexionar a veces sobre las tramas de hilos sutiles del destino, había seguido dándole vueltas en la cabeza hasta el embarque.

Después, una vez a bordo, había redescubierto con gran desilusión todo el provincianismo que había dejado aparcado en aquel paréntesis inglés: el marcado acento de sus compañeros de viaje, la escasa competencia de los redactores musicales del Carlina —¿habéis leído alguna vez las reseñas de los discos? ¿Y las cinematográficas?— y a sus espaldas una pareja absolutamente balsámica…

Ella, por lo que parecía, más putón que pánfila, volaba por primera vez y ametrallaba sin parar a su compañero con preguntas estúpidas de concurso televisivo: Por qué se sube (se baja) el tren de aterrizaje, Dónde están los frenos, Sobre qué ciudad volamos ahora.

Él parecía en posesión de una personalidad más compleja: además de calificarse como cabaretista multiforme a través de un par de atroces chistes sobre catástrofes aéreas —dos gilipolladas que en cualquier caso no habían dejado de suscitar relinchos de hilaridad en la partner —, se esforzaba en dar respuestas satisfactorias a las preguntas aeronáuticas de ella con palabras simples, tipo Parece que estemos quietos en el aire y en cambio vamos rapidísimos, pero también empleando términos técnicos con la condescendencia de las escuelas nocturnas: El comandante baja el tren de aterrizaje para ofrecer resistencia al aire. Estamos volando sobre el espacio aéreo de Francia (Suiza).

Alex se había dormido poco antes de que ella preguntase Pero qué pasaría si se rompiese la ventanilla, y había soñado estar tumbado en el borde de una piscina enorme con chicas guapísimas y sus amigos scouts y los compañeros del instituto y los catequistas guitarristas punk, también los que había visto pocas veces y con los que a lo mejor no había cruzado más de dos palabras o que habían abandonado el rollo hacía años, y todos estaban casi siempre callados y besaban a casi todas las chicas y escuchaban rock tipo Nirvana, ciegos de chocolate marroquí y negro afgano y nadie vomitaba ni tenía que volver a casa a las once ni decía que la música no era música sino ruido.

Al despertarse, había hojeado el periódico: la noticia más destacada hablaba de una pantera que se había escapado de un circo y vagaba feroz por los campos de la Italia central. Es decir, justo esa clase de noticia que, inevitablemente, anima los veranos italianos dejando sin respiración a todas las madres, que luego prohíben a los niños ir a jugar al parque no sea que los rapte una pantera (¿os dais cuenta?), y así contribuyen de forma determinante a rebajar el estándar futbolístico nacional. «Dos o tres generaciones de panteras

más —pensaba el viejo Alex— y no ganaremos ni siquiera una copa de la Uefa». El último día inglés lo había pasado tumbado en pantalones de skate-board en el jardín de la host family. Los periódicos titulaban «Heatwave» como en haz lo que debas y por aquella zona hacía seriamente calor.

Él, de todos modos, había permanecido tumbado al menos diez horas escuchando a los Pixies y a los Pogues con el walkman recalentado y el chocolate derretido cerca de la cabeza. Y había llegado a dormirse en un momento dado. El hecho es que ahora tenía un extraño color inédito. Beige con descamaciones fucsia.

Después, desde el aeropuerto hasta la vuelta a casa, había habido todo lo que se esperaba: el Canciller que había ido a buscarle y los tortellini y el carpaccio con mucho limón y el pastel de manzana y los cómo ha ido anda anda cuenta y cien mil preguntas más hasta que nuestro rocoso había entrado de nuevo en posesión de su habitación, siempre idéntica: las fotos de Malcolm X y de los Sex Pistols sobre la cama, estar en camiseta gris y vaqueros, el montón de cartas de Aidi en el cajón, las Nike malolientes en la terraza, el póster de los Blues Brothers y los Madness y los Clash y la maqueta de los Orange.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Socialismo o muerte. Hoy he vuelto de Inglaterra y muchas ideas me bullen en la cabeza mientras estoy solo en mi habitación. El interrogante que me ha atenazado bastante las dos últimas semanas; paso ulterior o quizá simple presupuesto de mi teoría sobre la Comedia Total: ¿qué sentido tiene ser sinceros en la vida?

Quiero decir, ¿no será una simple pérdida de tiempo y punto?

A veces se me ocurre pensar que mantener relaciones francas con las personas no es un buen negocio —con algunas personas, me refiero, aquellas con las que valga la pena ir más allá de las consabidas frases hechas, el exhibicionismo de las propias jodiendas y en fin toda la coprofagia del ¿Y En Casa Todos Bien?—. Más vale representar y hacer trampa, ¿no? Todos juegan a hacerse los cínicos, pero los únicos cínicos de verdad son aquellos que no lo confiesan nunca; son las chicas que aparentan no llamar la atención, las albasclaras de la canción de Vasco que por la noche se duermen y se despiertan con el sol y entretanto putean a quien las mira creyendo haber encontrado finalmente una chica sencilla y de verdad, fingiendo sonrojarse.

Si fuese más guapo, podría interpretarme en el cine. La cuestión es que el pacto con el diablo no me lo dejan hacer; los experimentos de Dorian Gray son sencillamente inabordables. Me siento demasiado tosco, demasiado imperfecto. El personaje que recuerda más de cerca al emisario del maligno enviado a proponerme un pacto faustiano es

un cartero con pelo sólo a los lados que aparece día sí, día no para hacerme firmar recibos en ausencia de los parens o traerme postales de localidades playeras donde los amigos se lo están pasando de putísima madre.

Pero ¿por qué esta depresión sin fin?

Y sobre todo: ¿por qué la gente no tiene estilo?

Los gángsters van en chándal y vaqueros; imaginaos el resto…

Entre los de mi quinta, el que tenía más estilo con diferencia era Martino. No basta mentir, engañar, representar. Hay que hacerlo bien, gratis y sin segundas intenciones. Hay que hacerlo por amor al arte.

Casarse con una mujer rica para poder gastar mucho dinero lo harían todos, es demasiado estúpido; ídem comprarse un coche fantástico para atraer a las chicas o estar con una chica para darle al sexo encerrados en la habitación. Son todas cosas de una obviedad desconcertante.

En cualquier caso.

¿Estoy dispuesto a meterme conciencia y contraconciencia bajo las suelas de los zapatos y buscar sólo lo que me hace ser feliz, lo que me hace estar bien, lo que me hace reír para sentirme vivo en serio?

Sí, estoy dispuesto. Y eso no es todo. El hecho es que me estoy perfeccionando porque esta es una asignatura difícil. Y, además, no quiero caer en el error banalísimo de negar la existencia o, incluso, la importancia fundamental de los sentimientos, error que lleva a sórdidas reconversiones en edad tardía, cuando ya sólo se puede buscar el amor bajo las claves relaciones personales o propuestas matrimoniales, previo pago apartado de correos.

Cuando se llega a profesionales cincuentones serios y dinámicos con muchas ganas de vivir y se busca una penthouse veinticincoañera para relaciones serias, abstenerse mercenarias y perezosas, los sentimientos empiezan a costar nueve mil liras cada veinticinco palabras.

Vale. Creo hallarme a mil millas de distancia de un hedonismo aburrido y discotequero.

La clave está en dosificar sentimiento y estilo, la clave está en unir la rabia extemporánea del punk y el más riguroso comportamiento jazzista, para empezar la mayor revolución de todos los tiempos.

Adelaide nunca lo entenderá. Nadie lo entenderá nunca, pero me gustaría cantárselo a ella hasta hacerla entrar de verdad en mi mundo. Si estuviese seguro de que está conmigo, no tendría miedo ni de América ni del futuro ni de la muerte.

En definitiva, ¿estoy loco? ¿Estoy al principio de un camino que no lleva a ninguna parte? ¿Estoy al principio de un camino que lleva hacia arriba? ¿Estoy en el grupo? ¿Estoy fuera del grupo? ¿Estoy en el libro? ¿Estoy fuera del libro? ¿Estoy enamorado de Aidi?

¿Sería feliz con ella si no tuviera que irse a América o todo lo bonito que está pasando es sólo por la prisa de tener pocos, poquísimos días, a disposición? ¿Llegaremos a enrollarnos normalmente, tipo quieres estar conmigo? ¡Oh, sí, querido! ¿Sería más bonito así? No sé, creo que no. El hecho es que todo es tan confuso… Pero desde luego no entiendo por qué no nos besamos, etcétera. Es muy rara, ay, esta Adelaide que hasta hace cuatro meses ni siquiera conocía y ahora, bueno, ahora es parte de mí mismo…

Mmmm. Buenas noches.

Estad preparados porque no sabéis ni el día ni la hora.

Había dormido hasta tarde.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Urge puesta al día sobre el final del año escolar. Esta mañana me personé en el ceniciento instituto Caimani para saber las notas que me habían puesto, así como también, al menos un poco, para conocer las asignadas a los amigos de un servidor.

Tony ha sacado un doble down: Latín y Griego, las dos con cuatro; Oscar y yo hemos pagado nuestra línea de granítico desinterés con la enésima revancha de los profesores: han restado un punto a nuestras medias de seis, con un gesto de despecho tan obvio que nos hace bostezar.

Me parece estar viendo a mis profesoras, sentadas en círculo, con los muslos y los culos asfixiados por medias compresoras que les hacen sudar horriblemente. Llevan bragas gigantescas. Reforzadas, remachadas, blindadas. Y tiritas en los tobillos despellejados por los zapatos de vieja que se ponen incluso en verano.

Pontifican sobre las intenciones más o menos buenas de los estudiantes. Veo como en fotografía a la Ciuncoli, con su espantoso trajecito de chaqueta veraniego, decidiendo a quién echarle una mano y a quién no; establece, recorta, sintetiza, desahoga sus frustraciones por el hecho de que ningún hombre jamás le haya hecho caso y por haber sido expulsada del ambiente universitario. Todavía tiene vivos en la memoria la tesis doctoral no presentada a tiempo, la denegada prórroga, los trámites para el examen de habilitación, el curso de posgrado terminado antes de empezar, la degradación a la enseñanza media superior…

Este es mi pequeño mundo fácil, instituto Caimani de Bolonia, donde entablo relaciones más o menos amistosas, compro la merienda, se controla mi grado de homologación. Este es el gallinero donde me enseñan a interactuar con mis semejantes. A estar en el grupo, a no levantar la cabeza.

Y luego está ella, está Aidi, para la que no basta ninguna canción, ninguna definición, para la que espero que hoy Dios no permita que llueva. Para nuestra primera cita después de quince días de partiditas de dardos en el George's Inn y sonrisas de coyote a la chica rubia de los periódicos hemos acordado, previa llamada telefónica, vernos en el parque, porque esto es realmente junio, es el ahora y el aquí, y dentro de dos semanas ya no nos veremos, y.

(Le daban ganas de tenerla abrazada un día seguido por todas las veces en que habría querido hacerlo y ella estaría a cien mil kilómetros).

Habían ido a tumbarse al sol, cerca del laguito de los patos, los mismos por los que habían recitado cientos de veces la cábala de los patos de Central Park, cuando Caulfield habla con el taxista y le pregunta dónde van aquellos patos durante el invierno.

En fin, estaban todas esas maravillas reencontradas, y el sol y los patos y las novelas inolvidables, y en un momento dado ¿no me sale con la historia de Mattia?

Kristo, el puerco le había ido detrás las dos semanas enteras en que el viejo Alex había desaparecido momentáneamente y, dicho en dos palabras, lo había más que superintentado, koño.

Había intentado meterse entre él y Aidi el muy puerco.

Aidi, en cualquier caso, había adoptado la fórmula «Eres agradable, eres simpático e interesante, pero no me apetece salir contigo».

Alex no tenía —Dios mío— nada contra el hecho de que los chicos pudieran irle detrás, ni tenía ningún derecho a protestar, dado que ni siquiera estaban juntos, pero la historia de Mattia le había sacado de quicio.

Si a su regreso de aquellos quince días londinenses jugando a dardos, Aidi hubiese estado saliendo felizmente con Mattia o cualquier otro genial palurdo, él ni siquiera habría querido quedarse en Bolonia, sino que se habría ido a la montaña con la familia después de haberse despedido de ella.

En cuanto a Mattia, era un indiscutible hijo de puta; jamás había insinuado su interés por Adelaide y ¿había esperado como un puta a que Alex se marchase para hacerle esta cabronada? Era un jodido cabrón aunque ya se había llevado su merecido.

(El primer instinto había sido dejarlo seco de un navajazo riéndose en sus narices).

(Al final, había llegado a la conclusión de que no valía la pena).

Iría a verle por la tarde para explicarle la situación e invitarle a no joder más la marrana hasta el viaje de Aidi.

En un futuro podrían hacer cosas juntos, beber cerveza y robar discos e ir a las fiestas, pero por su parte nunca volvería a haber amistad.

Mattia lo notaría, aunque en apariencia nada habría cambiado.

Con el sol de las primeras horas de la tarde estaba de nuevo en el parque, de pie frente al menda. Mattia, sentado con su lacoste celeste de manga larga y el tono de voz de quien merece comprensión, seguía hablando como si estuviera solo, seguía justificándose sin que Alex se lo hubiera pedido. Una voz lejana, que en tono plañidero exponía

—… Y, sinceramente, aquellos días yo no pensaba en ti… No tengo que encontrar ninguna excusa, oye, porque ya lo sé, no tendría sentido…

El parque proseguía su vida de todos los días; al fondo, los saltos de los aspirantes skaters, torpes y doceañeros como siempre a lo largo del borde negro de la avenida, las abuelas paseaban con los niños cogidos de la mano, una parejita no dejaba de besarse revolcándose sobre el prado y el revolcante trataba clamorosamente de dirigir las manos de ella hacia el paquete.

El menda seguía hablando como un perfectísimo pelota.

(Pide disculpas a todos los que se han reconocido en los personajes o que han sido explícitamente citados y no se reconocen en el papel, menos a Mattia. En cualquier caso, toda esta historia es su verdad y, si alguien no la hubiese contado, el viejo Alex habría reventado).

Habría podido cogerlo por sorpresa con una buena patada de Doctor Marten's en la boca.

No, no, no.

Y no porque tuviese miedo. Mattia le daba lástima y punto.

A fin de cuentas, a los ladrones de pollos no hay que meterlos en la cárcel.

Le había mirado como Lee Van Cleef en la posada de El bueno, el feo y el malo y le había dicho sólo:

—Tú no sabes nada. Nada. A ti no te importa si hay algo entre Adelaide y yo; sabías que me cabrearía si te metías en medio y, a pesar de todo, lo has hecho. Estás a un montón de kilómetros de nosotros, ¿entiendes? Tú estás en la mierda. No tienes ni puta idea, ¿vale? Y ahora deja de tocar los cojones, vete a la playa, a la montaña, al lago, vete donde te dé la gana, pero no intentes volver a ver a Adelaide. Ni tampoco llamarla. Y no te atrevas a soñar con ella, ¿está claro?

Mattia esperaba ver a un Alex furioso y se había encontrado con uno notablemente frío y distante. Al final, se había marchado de forma bastante precipitada, caminando encorvado.

Alex le había dado alcance en bici a la salida del parque:

—No soy de los que van por ahí amenazando a la gente, pero yo no te había hecho nada y tú has intentado joderme. El que ha roto la paz has sido tú. Yo no voy a hacerte nada porque ya te han dado por el kulo y porque ahora no me apetece tener problemas. Otro en mi lugar te habría esperado a la puerta de casa con dos amigos. Yo te condeno a la condicional. Piensa lo que te dé la gana, pero la próxima

vez que tengas una idea de esa clase pagarás también esta genialidad. Eso es todo.

Mientras al fondo Mattia se alejaba a buen paso de su amistad mirando hacia atrás de vez en cuando, nuestro rocoso se había embalado por las avenidas con el estribillo de una pieza de los Snap en la cabeza y, parado en el semáforo, había imaginado secuencias de puñetazos en el aire pensando en Robert de Niro en Toro salvaje.

Después, había ido a casa de Aidi pronosticando que Mattia llamaría dentro de un par de horas, y ella había dicho que no tenían que echar a perder su junio por culpa de un niño caprichoso.

Bueno, vale.

Comer cerezas en el parque, Aidi que saca lo que será el cuaderno —una libreta checoslovaca de buen aspecto— y luego habían terminado atascándose en la exclusividad o no de su relación. Así que habían establecido no hablar más del asunto ratificando que harían siempre y sólo lo que les saliese de dentro. Si se fiaban el uno del otro, eso no podía hacer daño. O quizá sí, podía hacer muchísimo, pero era junio y había que vivir y no discutir de los máximos sistemas.

—Quién sabe si un día podré quedarme a dormir con ella.

Sabía muy bien que los varios parens nunca se lo permitirían, pero él se inventaría algo para la semana siguiente, cuando el Canciller y la mutter y el frère de lait se hubieran marchado.

Proyectos varios, cosas que hacer.

Un abrazo dulcísimo bajo la puesta de sol naranja y se había lanzado por la bajada de la calle Codivilla a gran velocidad, bastantes kilómetros por hora para no poder tener los ojos abiertos sin hacerlos lagrimear: la camisa se adhería perfectamente al pecho y al tórax; el pelo, apéndice absolutamente inesencial a la tensión del momento, aparecía echado hacia atrás; la nariz irregular de Alex cortaba el aire del que advertía la consistencia tangible, la presión sobre los pómulos, tríceps y dorsales tensos, no transmitir ningún input a su cuerpo salvo el de fotografiarse así para una eternidad de quince segundos. Sin mover ni un solo músculo del cuello, su mirada había volado a la izquierda durante una centésima de segundo, lo suficiente para estar seguro de que nadie había borrado el grafiti, una explosión azul amarilloverde como un disco de Newton que sale disparado de la pared y desfonda el techo, y luego la bajada empezaba a decrecer, la pendiente se hacía aceptable, los mechones sudados volvían a pegarse a la cabeza, la camisa era menos adherente.

(Girardengo planeaba hacia el punto en que tendría que apretar el freno sin demasiada brusquedad para no clavar la rueda).

(San Mamola era una de aquellas calles que a la ida resultaban

inequívocamente en subida, pero a la vuelta no descendían; tenía que pedalear para superar la hilera de coches parados en el rojo y a punto de entrar en las avenidas).

Del archivo magnético del señor Alex D.

Noche. Sentado en una tumbona en la terraza de mi habitación. Hace fresco.

Escucho a los Smiths con el walkman mientras el resto de la familia hace comunidad en el salón. Estoy bien.

Ayer por la mañana estaba en Londres y ahora es junio y mañana sólo está Aidi, aunque comprendo que mientras para mí hay una sola persona que se va a Pennsylvania y se queda un año, ella en cambio tiene que despedirse de un montón de gente y claro que yo soy una persona especial, pero yo en su lugar también querría hacer un montón de cosas y abrazar a un montón de personas. Así que no tengo que obsesionarme si ella no puede pasar veinticuatro horas sobre veinticuatro conmigo.

Está bien. No serán veinticuatro horas, será una bonita mañana y una cita rápida por la tarde, justo para escribir algo en el cuaderno.

Aidi quiere llenarse los ojos y el corazón de lugares y personas que no verá durante doce meses, y yo no quiero atarla demasiado fuerte.

Buenas noches a todos, voy a lavarme los dientes y a meterme en calzoncillos bajo las sábanas con el walkman encendido.

Bigmouth strikes again.

A las nueve y media en el sitio de siempre, entre la calle San Mamolo y la calle Codivilla. Atar la bici a la valla en la que ahora había escrito toda «Sunnyside of the Street», saltar al sillín detrás de Aidi y a volar, colinas arriba, como la víspera de su viaje a Inglaterra.

Ella no se dejaba distraer por las ocurrencias tontas de Alex, que la cogía fuerte y tenía ganas de hacerla parar y besarla y volver a arrancar sin decir nada.

—Alex, ¿te acuerdas de cuándo me mandaste aquella carta con la historia del principito y la zorra?

—Claro.

—Me gustó un montón.

—Lo sé.

—¿Sí?

—Me lo habías dicho tú.

—Verás, ayer lo pensaba. Creo, sin que esto vaya por encima de la libertad de nadie, sin que esto bloquee nada, es decir, creo que nos hemos domesticado mutuamente. Empezamos a preocuparnos cuando el otro se retrasa… Yo soy feliz cuando te veo llegar o cuando estoy

contigo, tenemos tanto que decirnos y, también, tanto que no decirnos que podemos estar en silencio uno junto a otro y punto.

(Habían seguido abrazados incluso cuando habían empezado a caer las primeras gotas de la tormenta).

Aidi iba a dar una fiesta de despedida. Fiesta de adiós, es decir, de hasta pronto. En fin, fiesta de despedida, eso.

Por la tarde había ido a la Ponticella, a casa de Depression Tony, con el once B: habían tocado un poco de rock blues con la batería hecha de libros percusionados con los cacharros de cocina.

Habían hablado de chicas insignificantes que iban detrás de aquel y del otro y luego se montaban la película y se daban unos aires que no veas, y habían escuchado la maqueta de los New Hyronia con Claudio Severi.

Después, la mañana de la fiesta, lloviznaba y existía el temor más que fundado de tener que aplazarlo todo porque estaba previsto cenar fuera e, incluso, hacer un fuego. Los invitados, más o menos los compañeros de clase de Aidi más tres o cuatro personajes de segundo, aquellos con los que había ido de viaje a Praga.

El viejo Alex había telefoneado para concretar la hora. Había contestado la madre de Aidi y él la había confundido con su hija.

—A las cinco, también estará Elena, aquella de segundo de la que te hablé —le había dicho Aidi por teléfono.

Le había hablado de ella, en efecto, en términos entusiastas. Alex había intentado enfocarla mentalmente, pero la imagen de esta Elena había permanecido bastante desdibujada. En cualquier caso, vale, a las cinco en casa de Aidi para ayudar en los preparativos.

Los invitados llegarían sobre las siete y media. Todo muy informal.

Él, con lacoste nuevo color verde prado y pantalones de loneta blanca heredados de Hoge. Una bomba. Había hecho pruebas. Le quedaban perfectos.

Alex parecía muerto.

Tumbado en el sofá de la sala, nada más terminar de comer, escuchando The Singles de los Clash a volumen de bronca de escalera, ojos estáticos, lata de Coca en el suelo, calzoncillos remetidos en zona paquetecular y camiseta de hooligan, miraba fijamente el techo contando con preocupación el número de surcos que le separaba del final del side A.

Al final de «London's Calling» tendría que apelar a varios músculos para alcanzar la posición erecta y darle la vuelta al disco.

De repente, había entrado una mujer en la habitación. Una mujer enfadada. Hablaba en voz muy alta que usted no puede, señorito, estar siempre escuchando música, que esto no es música, es ruido, con la Coca-Cola fría, que no es hora de merendar, y luego eructa toda la tarde y no sería nada del otro mundo que de vez en cuando pensase en estudiar, porque usted está estudiando y edad para trabajar la tiene de sobra y aquí no estamos dispuestos a tolerar in eterno sus malos humores, señor, que ahora parece que usted sólo tenga tiempo para su amiga Adelaide y su familia le tiene sin cuidado, pero luego, cuando necesita algo, no va a casa de las chicas, viene aquí, ¿verdad?, pues

entonces procure, señor, tener un poco más de respeto, ¿sí?

A las cinco había llegado jadeante a la explanada de hierba delante de la casa de Aidi.

Que escuchase el walkman mientras iba en bici era un caso más único que raro. Raw Power. Live in Parma.

Beso. Beso.

—Me parece que nos estamos volviendo un poco formales.

—Ya.

Con una doble llave había hecho caer a Aidi de rodillas, lamiéndole el cuello mientras se reía.

Sobre la mesa dormitaban un par de fuentes llenas de pasteles en atrasado estado de elaboración, tipo harina y cacao en polvo, cuatro o cinco tartas saladas y utensilios de cocina variados. Nuestros piratas habían hablado de Aristóteles y de Plotino, revolviendo con las cucharas en la masa, procurando estar atentos al peligro de los grumos de cacao.

La puerta.

Elena, evidentemente.

—Hola-hola, Aidi me ha hablado mucho de ti.

—¿Sí?

Elena, exacto.

Se delineaba un personaje aceptable, un poco resabiada, muy versada en el sector vacaciones, estudio en Inglaterra, look tirando a nihilista. No parecía una gilipollas. Nuestro rocoso la miraba de reojo mezclar la pasta de lo que iba a ser una tortilla de calabacín o casi.

Era la primera vez que se encontraba en aquella casa mágica y había alguien que no fuese Aidi o su familia. La madre de Aidi, amable y pródiga en sugerencias de eventuales meriendas, Federico con la pistola y los cubos, el padre de Aidi, que de vez en cuando también asomaba la cabeza, cada vez más parecido a un investigador privado de película americana, Chiara, la hermana mayor, guapísima y simpatiquísima, que tantas preocupaciones daba a Adelaide. Y, en cambio, dentro de un par de horas empezarían a aparecer montones de gente y se profanaría un poco aquella casa secreta rodeada por el bosque…

Pero él no tenía que ponerse paranoico. Lo esencial es invisible a la vista, había dicho la zorra. La gente que llegaría dentro de poco comería, haría bromas, repartiría besos, contaría cosas y, al final, se marcharía olvidándose de todo, sin llevarse nada de la magia del lugar. Llegarían en coche o en moto, metiendo bulla, y no entenderían nada de la emoción de pedalear cuesta arriba, con viento o bajo el sol, con pájaros alrededor. Una vez, el viejo Alex había llegado a ver una ardilla, pero se había escapado antes de que lograse convencerla de

que saltara a sus brazos y llevarla a casa de Aidi. Para los demás sería una carretera oscura, iluminada por los faros y punto.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Qué personaje la madre de Aidi. Sin duda, es la mujer más atareada que conozco, con tres hijos de edades tan distintas, pero la ves siempre alegre, amable y cargada con toneladas de fruta sin tratar y pasta hecha con trigo cultivado biológicamente.

Hacia las ocho, comienzo de la puesta de sol, había llegado también Francesca, de primero C, y el padre de Fran se había despedido de Adelaide, a la que no iba a ver durante todo un año porque, a la vuelta, Fran tendría que encontrar quien la llevase a casa, que aquí no se vive en función de los hijos y esta noche a lo mejor cambiamos de planes su madre y yo. Durante un año no iba a volver a ver a la mejor amiga de su hija y se había despedido de ella con la tirada más triste y fuera de lugar que Alex había oído en su vida:

—¡Pero qué se te ha perdido allí si América está aquí! ¡Nuestra América, la tenemos aquí!

(Romperle la cara, meterlo en el coche de una patada en el culo y bombardearle a pedradas el Thema metalizado, mientras el gilipollas huía cuesta abajo con la boca llena de sangre).

El único en no darse cuenta de la infelicidad de la ocurrencia había sido él, que se había sentado en el coche riéndose y había arrancado satisfecho. Iba a ver un buen programa de variedades en Canale 5 o quizá leer unas páginas de best-seller antes de enjuagarse la boca con Oraldine y apagar la luz. A lo mejor, por el camino se paraba a comprar un helado para darle una sorpresa a su mujer. Merde.

Cinco horas más tarde se estaba marchando también Pietro Rossi, que se había pasado toda la fiesta preguntando si alguien podría acompañarlo a casa.

Después, el viejo Alex había ayudado a Aidi a recoger. Había sido una bonita fiesta, sólo que él iba con lacoste y, si volvía a casa así, cogería una pulmonía.

Habían terminado en su habitación, cogidos de la mano. Aidi le había sacado un par de fotos en blanco y negro y, luego, una juntos, con el disparador automático, sentados, mejilla contra mejilla, bajo el cartel de Lo que el viento se llevó.

Después, ella le había prestado un jersey de rayas horizontales moradas y azules. Adiós, Aidi, buenas noches, adiós, Alex, mañana a las tres, te quiero, yo te quiero demasiado.

El tramo en subida, en dirección contraria a la seguida por los

invitados al alejarse, por el camino secreto que pasaba detrás del seminario. Allí dentro dormían todos, pobrecillos. Aidi le había contado que una vez, cuando tenía diez o doce años, mientras estaba jugando en el parque, una pandilla de seminaristas la había visto y, gritando «¡Una mujer! ¡Una mujer!», koño, la habían perseguido durante kilómetros.

En marcha. Sí, tenía las llaves de casa. Bien. Preparados para un emocionante descenso. Probablemente Aidi se estaba lavando los dientes. Primero, ahora coger velocidad en el tramo llano. Con un golpe de pulgar, hacer saltar la dinamo contra el neumático anterior. Metía un poco de ruido en plena noche, pero de no hacerlo así lo más fácil era matarse bajando por el bosque. Primera curva a la izquierda. Exacto, empezaba la pendiente. Allí habían pasado toda una tarde, como de abril, discutiendo sobre la conveniencia o no de que uno de los dos se enrollase con otro. Alex era absolutamente contrario y también un gran hipócrita, ya que en Londres había estado con una tía polaca algo así como dos horas y luego, encima, con una japonesa, pero no sabía si contaba, ya que la cosa había ocurrido en el George's Inn después de cuatro o cinco pintas —era la última noche y todos los japoneses y los árabes invitaban a lo grande— y se había dado cuenta de lo que estaba pasando cuando ya había metido la lengua en la boca de ella, una perfecta desconocida, sabor a triple malta, agarrado a la barra. Había pasado un turco y había dicho en italiano «Bravo, cazzo duro» y le había dado una palmada en la espalda, haciendo el gesto de invitar a otra ronda, pero Alex había declinado, murmurando «Italia Turquía un careto una raza» porque una gota más de alcohol y vomitaba en la boca de la japonesa.

La había vuelto a ver al día siguiente, antes de que regresase a Tokio, y no había conseguido reconstruir lo ocurrido.

Sí, en fin, aunque hubiese tenido algún rollo, nunca había apartado la atención de Aidi y, en cambio, tenía miedo de que, si ella se enrollara con alguien, él acabaría representando un odioso papel de segundón, aunque luego hubiese sido el primero en comprender que estaba de más, llegado el caso. Nada de llantos, nada de discursos. Si Aidi se hubiese enrollado con otro, sería tan evidente que no habría entendido

se marcharía en silencio, pedaleando con todas sus fuerzas por la bajada del seminario y, en los días sucesivos, pasearía solo por las calles del centro, con la cara larga y las manos en los bolsillos, como De Niro en el cartel de Taxi Driver. Porque nuestro rocoso se sentía muy De Niro en Taxi Driver: un héroe inútil.

Pero no iba a terminar así porque Aidi no era de las que les van las historias fáciles y, al contrario que él, cuando hacía algo, quería creer en ello de verdad. La veía surcar el cielo azul a dos mil millas y había

entendido, sin tener que cerrar los ojos, que pasase lo que pasase la llevaría dentro para siempre.

Recta de cuarenta cincuenta por hora. Con su ridículo faro veía más o menos a veinte metros. Por suerte, se sabía el camino de memoria.

La apuesta ahora.

¿Cierro los ojos? ¿Cierro los ojos? ¿Cierro los ojos? Un-dos-tres. Otra cosa liquidada.

Curva a la izquierda.

La siguiente, curva total, cerrada, a la derecha.

Había que frenar un poco o volaría por encima de la valla y de acuerdo que allí estaban los Talleres Ortopédicos Rizzoli, así por la mañana los de la recepción le habrían encontrado el primero de la cola, pero había que f-f-f-frenar. Vale, así va bien, aunque dos o tres toneladas de cubierta se hubiesen quedado en el asfalto y luego, todavía cuesta abajo, recto, a la derecha, curva cerrada a la izquierda, último tramo recto, otra vez curva cerrada a la izquierda, doblar el gigantesco parterre de abetos así llegaba directamente al interruptor automático de la verja con los leones. Uf, ahora venía una curva de competición; se había abierto a la izquierda para ganar terreno y no empotrarse en el coche aparcado frente a la casa del vigilante. La verja se había abierto, la calle Codivilla a cientocincuenta por hora y otra vez al nivel del mar.

(Había despertado a toda la calle Saragozza con una versión exageradísima de «White Riot» cantada a grito pelado).

—Alex, ¿no se te ocurre pensar a veces que nuestra historia es absolutamente de locos y está fuera de todos los cánones, y que la gente no la entiende y que nunca nadie podrá entenderla?

—Si es por eso, lo pienso prácticamente todos los días. Es más, muchas veces me pregunto si la entiendo yo.

—Un montón de gente me pregunta por qué no estamos juntos y… no sé, es extraño, si lo piensas bien. Efectivamente, vistos desde fuera debemos de dar la impresión de dos que están enrollados.

—Yo no estoy contigo porque… porque está bien así, porque junio es fantástico, y sabes que está América al caer y, entonces, decírselo todo porque dentro de una semana es demasiado tarde, es magnífico. Algo me falta, ya lo sabes. Me gustaría besarte y todo lo demás, pero no tanto por el gesto en sí… De verdad. Es difícil… Es como poner las bases para domesticarte un poco más. Te costará más olvidarte de mí así. Permaneceremos más unidos con cada cosa que hagamos. Yo tengo miedo por el año que viene. Besaré a cien chicas, me iré a la cama con gente que no me importa, pero no será como salir contigo y

no decirse nada durante toda la tarde. Sé por adelantado que el año que viene haré las cosas más fáciles, más banales. Y contigo es todo tan transparente y como tan de niños… Si pienso que nunca te he besado, Aidi…

—Ya lo sabes, sólo hay que hacer lo que se siente.

—Claro, eso decía. Decía lo que siento.

—¿Y qué sientes, entonces?

—Siento que este junio, este descubrirse cada día más y, a cada pedazo mío que descubro, encontrar uno nuevo tuyo y, con cada pedazo mío que te regalo, encontrar a cambio uno que tú me dejas en el calcetín de lana junto a la chimenea mientras duermo, es bonito. A mí nunca me había pasado. Y ver crecer a Aidi y Alex, cada día, cada mañana de sol que para el resto de la gente no quiere decir nada en especial, es contradecir todos los pronósticos, es reírse frente al hombre de las previsiones seguras, ese que estaba convencido de que a Dinamarca iban a meterle un montón de goles y no pasaría la fase de clasificación y en cambio se ha clasificado y en los europeos jugará con equipos mucho más fuertes y el hombre de las previsiones seguras no entiende nada. La gente sólo entiende cuando las cosas ya han ocurrido, nunca mientras ocurren. Y para nosotros dos es lo mismo. La gente que no entiende cómo es posible, dado que el hombre de los sondeos había negado categóricamente que dos como nosotros pudiesen tener una historia tan loca como esta.

—Fantástico. ¿Y Dinamarca cómo juega?

—Bien. Se nota que se divierten.

—Alex —había dicho ella, apretándole las manos con una extraña intensidad que le había turbado—, quiero que gane Dinamarca.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Leo a Kerouac y que nadie me toque los cojones, que estoy leyendo a Kerouac y escucho todos mis discos y también leo a Tondelli y a Andrea De Cado, que se han convertido en mis escritores italianos favoritos.

No tengo especiales ganas de ver a nadie.

Estoy preparándome para ir a casa de mi abuela, con la jollinvicta llena de libros de tapa dura, las novelas policíacas de los escritores boloñeses, un pijama y dos o tres camisetas.

Aidi nunca ha visto mi casa.

Al principio, cuando acabábamos de conocernos, habíamos quedado en que una tarde vendría a mi casa, pero, cuando se lo anuncié al Canciller, se organizó la de Dios y, en fin, el problema fundamentalmente era que ella era una chica.

… Y en vista de que los propios espacios hay que conquistárselos y que la comida en la mesa sirve para criar zánganos y aquí no

queremos zánganos, todo lo más puedes hacer como algunos estudiantes ingleses que, cuando invitan a una chica a su habitación, sacan la puerta de los goznes.

Pintoresco, pero ¿hace falta? Es una forma de respeto.

Lo habría jurado. En fin, en vista de que no tenía ningunas ganas de que mis padres fiscalizasen a Aidi durante toda la tarde, le conté cómo se había desarrollado nuestro diálogo y asunto liquidado, no ha estado nunca en mi casa.

Cuando mis padres se vayan, o sea, pasado mañana tempranísimo —los desplazamientos de mi familia se caracterizan por salidas a horas demenciales, tipo las seis menos cuarto. ¡No me extraña, sois lentísimos!—, la casa será sellada, cerrada con llave y, si estás fuera, estás fuera y si te jodes, te jodes.

Y en vista de que yo quiero que Aidi vea mi casa antes de marcharse y de que mis padres, previsores, me han hecho entregarles mis llaves para que no pueda entrar en casa, yo, nada más volver de Inglaterra, fui a la ferretería y me hice hacer dos copias de cada llave, curándome en salud.

Pasado mañana las usaremos para penetrar el misterio del apartamento abandonado y que nadie me llame por teléfono, que estoy leyendo En el camino.

Cita a las tres, con un sabor triste en la boca porque a fin de cuentas soy tan feliz gracias a Aidi y, cuando ella se vaya, en cambio, ¿qué pasará? Empezará la revolución punk jazz y yo ya no creeré en nada ni en nadie y sólo querré vivir vivir vivir, la cosa más grande que me ha enseñado Aidi, aunque ella lo entiende de otra forma y es tan simpática e ingenua y se fía de todo el mundo, hasta del primer Mattia que se le pega al culo. Cree que al final todos son buenos y dignos de atención, y a mí me hace sonreír y también me llena de una gran ternura y me da un poco de envidia, en su casa mágica del bosque, queriendo a todo el mundo y yo, en cambio, Taxi Driver y existencialista.

Y vale que no hay que depender de nadie en la propia puñetera vida, pero yo no dependo. Yo puedo vivir solo, sin depender de nadie, como he hecho hasta hace cuatro meses, con el piloto automático. Me meto las manos en los bolsillos y echo a andar por donde me lleve el camino.

También Martino decía siempre que no necesitaba a nadie.

Lástima que cuando voy con el piloto automático las mejores sensaciones sean las de ponerse ciego el sábado por la noche para olvidar otra jodida semana de clase en la que no ha pasado nada, vomitar antes de entrar en casa y despertarse el domingo por la mañana con dolor de cabeza como en la parodia de las canciones de

Vasco. Puedo sobrevivir con el piloto automático, pero vivir es otra cosa. Desde que nos hemos domesticado mutuamente, es lógico, para permanecer a un cierto nivel ya no puedo prescindir de ella. Y para ella es igual, aunque necesito oírmelo repetir cien veces seguidas, porque el miedo es grande.

Cuando se lo digo, Aidi, que tiene cara de cansancio porque ayer por la noche, después de que yo me fuese, se puso a leer un libro hasta terminarlo, y lo ha terminado hace poco, me mira sin decir nada.

Clavo los ojos en el vacío, medio metro por encima de mi cabeza, en un punto genérico de la pared blanca, áspera, fresca, mientras siento que voy a

La única vez que he llorado con Aidi fue cuando murió Martino.

Me abraza fuerte fuerte, muy fuerte y, cuando bajo la mirada porque me duele el cuello, veo que también ella tiene los ojos castaños rebosantes de lágrimas que le resbalan sobre la piel oscura de las mejillas, como en una película que ya he interpretado miles de veces en sueños, frente a un público de ciegos con gafas tridimensionales. Le paso el pulgar por las mejillas para recoger las lágrimas más indisciplinadas, luego le beso muy suavemente la piel, suave lisa salada.

—Durmamos un poco juntos, Alex —dice ella.

Nos acostamos abrazados en la cama y, antes de dormirme, siento que mi respiración va más lenta que la suya. Casi tres respiraciones suyas por cada dos mías. >

El cuaderno avanzaba, lleno de versos de canciones, reflexiones extemporáneas, diálogos que nuestros piratas no tenían ganas de decir en voz alta y hasta cuentecitos, qué kojones. El día antes de la partida lo sellarían y se lo darían a la madre de Aidi para que lo guardara. «De vez en cuando nos encontraremos, cuando tengamos ganas, en medio de la única fiesta que no puede acabar», había casi escrito un narrador importantísimo como Richard Bach en un librito que hablaba de la lejanía y de la presencia a pesar de la lejanía. Cada vez que el viejo Alex leía aquella frase, se dejaba transportar por innumerables sentimientos, todos más o menos ligados con la idea de infinito. Le entraban bastantes ganas de volar, para decirlo claro y, luego, junto a aquellas sensaciones aeronáuticas, también una ligera angustia que, imaginaba, dependía del tener que comer con cubiertos, de la necesidad de caminar en línea recta y de todas las demás superestructuras que alejaban al hombre del infinito que llevaba dentro.

Por aquellos días, nuestro poeta sentimental se había dado cuenta por primera vez de que tanto Antoine de Saint-Exupéry como Richard Bach habían sido pilotos de avión. A él también le habría gustado volar y de alguna manera había dado sus primeros metafóricos saltos de pavo, aunque sabía perfectamente que el primer vuelo de verdad sería simultáneo al de Aidi: pasar un año sin ella y salir del libro ya escrito. El mismo libro, pensaba nuestro viejo, que no había ayudado a Martino a vivir.

Bien, cine de suspense. Los parens se habían ido por fin. Pródigos en admoniciones. Y el Canciller le había pillado por banda y le había dicho mira Alex yo entiendo que todo esto para ti es importante, pero procura no hacer tonterías y si quieres te dejo las llaves del estudio de la calle Ghiselli, así, si un día te apetece enseñarle aquellos mapas a Adelaide, no pasa nada, pero acordaos de

a) cerrar el agua,

b) comprobar que la puerta quede bien cerrada,

c) dejarlo todo como estaba.

Timeo parens et dona ferentes, aquel pájaro de nuestro amigo había corrido a casa de la abuela Pina con la jollinvicta llena de materiales tipo ropa y libros, pedaleándose la calle Saragozza a la hora de cenar, cuando se estaba haciendo oscuro, esquivando en el último segundo un par de puertas de coches y berreando «Friday I'm in Love» de los Cure, gran hit de aquel junio que discurría paralelo a su historia.

La gente debería estarle agradecida a los ciclistas en lugar de intentar cargárselos con el koño de puertas abiertas de golpe, se decía. Agradecida por toda la mierda que evitan esparcir por el aire, que, como contaban en la guardería Gobetti, era de todos. Bien, el aire,

obviamente.

(Había jugado a la brisca con la abuela Pina hasta medianoche y ganado algunas partidas).

A las nueve en punto de la mañana siguiente, como estaba planeado, nuestros piratas se habían encontrado delante de la casa de los padres de Alex. Aquel astuto tenía la llave y los parens, dios mío, a kilómetros de distancia… Después, sin embargo, una vez frente a la jodida puerta del jodido apartamento, la llave no había querido oír hablar de funcionar. La pirata estaba tan sorprendida como el pirata, pero el fenómeno era incontrovertible: la llave daba una vuelta, una vuelta y media y el koño de cerradura blindada no saltaba ni en broma. Y entonces, escarchados de desilusión, habían emprendido la retirada hacia el estudio de la calle Ghiselli. Habían pasado toda la mañana escribiendo el cuaderno y, en el momento oportuno, en el baño, mientras nuestro diablo de hombre permanecía inmóvil delante de ella, Aidi le había afeitado con espuma y gilette.

(La tarde se había esfumado entre inútiles carreras en bici, idas y venidas y vuelos rasantes a las ferreterías).

No se es abuela por casualidad, afortunadamente.

Y después de crujidos de parqué, registros de bolsos, inspecciones de monederos y crujidos de parqué, la madre de su madre, aquella misma noche, había vuelto a la cocina con un caramelo de naranja y una copia de las llaves de casa de los parens.

—¿Aidi? —había anunciado él, superradiante, en contacto telefónico con la casa del seminario—, ¡mañana podremos entrar!

Del archivo magnético del señor Alex D.

El apartamento es bastante espacioso, con papel pintado de gusto desigual. Mi habitación, en el mismo momento en que hago entrar a Aidi, es un poco distinta de mi habitación de siempre. El sol entra por la puerta-ventana que da a la terraza y están las fotos de los Beatles para los días relajados, de los Pistols para los días kabreados y de Malcolm X para cuando me despierto a las seis y cuarto a estudiar porque el día anterior no he abierto ni un puto libro, animándome con el puño cerrado.

En la mochila, Aidi se ha traído el cuaderno y un par de álbumes de fotografías, uno viejo, de cuando su padre y su madre eran novios, justo antes de casarse, con Aidi hablando de ello de forma soñadora: edad de oro posprotesta estudiantil, amor y proyectos, alquileres que pagar y fiestas de la Unità. Los envidio, aunque ahora entre los dos se

había acabado todo. En el segundo álbum hay fotos de Chiara en Sicilia. Con amigos y primos, casi siempre. Aidi siente por su hermana un cariño sorprendente.

No sé, creo que mi hermano en el fondo me quiere, pero está claro que no tiene el menor asomo de interés o de admiración por lo que hago. Mi madre, en los momentos confidenciales, dice que sé perfectamente que no es verdad y que me gusta hacerme el incomprendido.

Chiara es guapísima.

Tarde corriendo en bici por las colinas. Solo. Como un Girardengo de otros tiempos.

Luego se los ve subiendo a San Luca, a través del pórtico más largo de Europa, en este amanecer hollywoodiano, sin un alma en las calles, ya que son algo así como las seis de la mañana. Plano contrapicado. Suben los escalones cogidos de la mano. Sonriendo.

Del archivo magnético del señor Alex D.

En el telediario deportivo de la tarde, a Dinamarca la dan por liquidada, triturada por las cadenas de los panzer alemanes. Aidi y yo ¿nos besaremos alguna vez? ¿Haremos el amor? ¿Llegará un momento en que estaremos juntos? ¿Y será mejor que encontrarnos a las seis menos cuarto como esta mañana y soñar juntos que estamos dentro de una película? ¿Qué les pido a las otras chicas? ¿Qué es lo que busco? ¿Por qué necesito siempre que ella me dé seguridad? ¿Por qué seguimos con este rollo de la amistad muy pero muy especial? ¿Por qué somos tan jodidamente inseguros los dos, pero sobre todo ella? ¿Serían distintas las cosas si no estuviera América de por medio?

Sí.

No puedo decir qué pasaría, pero la tensión sería necesariamente menor si ella no se fuese y en cambio ahora hay un aire de últimos días de Bizancio o de asedio de Madrid que me azota de la mañana a la noche. Es algo muy fuerte, en cualquier caso.

Estoy espeso. Me he levantado demasiado pronto esta mañana.

(Ir solo al cine en español sin saber español).

Del archivo magnético del señor Alex D.

Hemos visto juntos la final. Con espaguetis en la media parte. Bueno, ha ganado Dinamarca. Nos hemos abrazado, mientras los jugadores se intercambiaban las camisetas, y había una cierta magia en el aire. Aidi me ha mirado y luego ha cerrado los ojos a tres centímetros de mí. Estaban sucediendo cosas imposibles. Después

hemos hablado de los koan, de los monjes budistas, de América, de los Pogues, de qué haremos la última noche, de los celos y de la lejanía.

Para tomarle el pelo, he hecho una imitación de su familia de Pennsylvania que, para que se sienta a gusto, ha organizado una velada a la italiana, con pizza y vino tinto, mientras el father, disfrazado de Polichinela, canta «O sole mio» con acento americano.

Hemos vuelto a besarnos, cien veces, hasta que se ha hecho de día.

Quiero dormir toda la tarde. Todavía nos queda mañana, pasado mañana y el otro.

(Había atado la bicicleta cerca de las puertas de hierro que daban a la avenida Gandhi. Era la primera vez que iba a verle y no había ni un alma por los senderos de grava, sino sólo ese enorme silencio. Un señor vendía ramos de flores de varios colores y dimensiones a dos pasos de una caseta cubierta de lápidas. Él había comprado uno, con calma, y luego había hecho lo que había que hacer. Había cambiado el agua de los jarrones, colocado sus nuevas flores, escuchado aquel enorme silencio, sacado el walkman del bolsillo).

Te dedico «No Feelings» de los Pistols directamente de mi walkman, Martino. Un abrazo fuerte, de hombre a hombre, hermano.

Escuchaban los viejos álbumes de los Rem y de los Dire Straits. Después, con las primeras palabras de «Tunnel of Love», Aidi había ido a sentarse debajo de la mesa del teléfono. Un gesto difícilmente comprensible, de no esforzarse en atribuirle la fuerte dosis de misterio que emanaba del momento, y el viejo Alex habría dado cualquier cosa por descubrir qué estaba pensando ella en ese momento. Y a la vez, no quería saberlo.

Estaba confuso y daba vueltas por la casa mirándose los pies.

Nuestros piratas angustiados por el estrés.

Pero Aidi seguía allí, debajode la mesa del teléfono, y todavía podía besarla y abrazarla. Todavía podía tenerla con él.

Le había regalado la manta naranja con la jirafa. Los parens para llevarle a casa desde el hospital lo habían envuelto

Y él siempre la había usado todos los inviernos y ahora dormiría con ella en Pennsylvania.

La última mañana, en el parque, se les veía tan tremendamente tensos y buenos y puntuales y amables. Se habían dado cuenta tan perfectamente de cuánto se parecía todo a un final de verdad.

Del archivo magnético del señor Alex D.

Repaso general, sí, tu dirección de Pennsylvania la tengo, a lo mejor les mando una felicitación de Navidad a tus padres. A Federico y a Chiara.

Un año sin amor y sin felicidad me parece tenerlo ante los ojos.

Pero no, ella es la primera en no querer porque no es bueno para nadie

vale

Pero qué koño hago las tardes en que me gustaría verla aunque fuera sólo un segundo, aunque fuera sólo pasar en bici sin que ella me vea.

Para mí eres más que una persona, más que una amiga, más que una chica, eres casi una idea, como Jonathan Livingstone, pero también eres real y llegas tarde a las citas igual que yo y te pones el jersey verde incluso en junio…

No se ha acabado, ¿verdad?

No.

¿Prometido? Prometido.

Compañeros de viaje entonces.

Volver a casa de la abuela Pina, dejar allí la bici, ir a pie hasta la parada del autobús de la estación.

Bolzano, sólo ida.

Sonaba fatal, a que sí.

En la estación de Bozen estarían los parens con el coche para llevarlo a la montaña, hacer un mínimo de vacaciones, estar un poco juntos. Durante el trayecto le acribillarían con setecientasmil preguntas del estilo de qué has hecho toda la semana, cómo está la abuela, por qué demonios sigues cortándote el pelo así, etcétera y él tendría dolor de cabeza y

Aidi se marcharía.

La suya era una historia que en el cine nunca habría funcionado. Bueno, por suerte.

Demasiado poco sexo.

Pero, como diría Caulfield, si hay algo que odio son las películas. En cierto sentido, digamos. De todos modos, mejor ni me las mencionéis

con ella que le mira con ojos de cervatilla y al final se despiden en un amanecer típicamente hollywoodiano y él se va empujando sobre el asfalto helado su viejo skate-board. Luego, ¡flas!, plano de ella llorando y, ¡flas!, pantalla negra con sobreimpresiones en letras de molde, un poco tipo grafitis, y se comprende que es una especie de

página de diario escrita por él. Que además sería Marky Mark en la película. Bueno, supongo que costaría un pastón contratar a Marky Mark.

Nada más terminar de comer, había cogido una libreta de apuntes y había escrito trescientas sesenta y cinco veces, a la distancia de unas cuantas líneas una de otra, la palabra

una por cada día del año. Se lo llevaría a Aidi aquella misma tarde. En Pennsylvania, ella podría leer una cada mañana y sería un poco como estar allí para darle los buenos días.

se había sentado delante de la abuela Pina y se lo había contado todo. Los ojos de ella se habían iluminado como si hubiese retrocedido algo así como cincuenta y cinco años, escribiendo a escondidas cartitas de amor, inclinada sobre la mesa de su habitación. En Castel San Pietro.

Después era hora de irse.

Es la última vez que pedalea cuesta arriba camino del seminario. El cielo empieza a oscurecerse.

Ningún lugar está lejos. Si deseas estar junto a alguien a quien amas, ¿acaso no has llegado ya?

(Al viejo Alex le encantaba que una chica le acariciase la nuca cuando llevaba el pelo cortísimo).

Habían estado escuchando «Sayonara» de los Pagues, bien, ¿no?

Al final fue él quien se soltó del abrazo, quien le dio el último beso antes de subirse a la bici.

¡Eh, se va sin volver la cabeza, diablo de hombre!

Más fuerte que nunca, con la marcha larga de llano. No siente el cansancio.

Bien. Nuestros dos piratas habían decidido que un día irían a París juntos —gafas de sol y caras alegres de vacaciones en el andén de la Gare de Lyon—. Ya los estoy viendo. Podrían incluso hacerlo un día.

Y, entonces, ¿por qué koño sus ojos están tan —cómo decirlo—, están tan brillantes mientras por última vez baja como un Girardengo un pelín más bajo y rock por la calle Codivilla?

¿Qué más hace nuestro malo, llora?

No lo sabe ni él.

Desde luego, pedalea como Dios, visto desde la cámara del helicóptero. Y qué aplomo. No está mal, ¿eh?

De todas formas, no, no llora. Tiene sólo los ojos un poco brillantes debido a la enorme velocidad, está claro.

Vale. Es también porque aquel hijo de puta del principito ha domesticado a la zorra. Y luego, quizá, porque a lo mejor está pensando que, de los dos piratas, ahora es como si algo se estuviese perdiendo un poco para siempre. Ya sabéis cómo razonan algunos ciclistas sentimentales a veces. A lo mejor está pensando precisamente que algunas cosas en la vida de un hombre sólo pueden suceder una vez. Sí, por qué no, podría hacerlo.

Seguro que no se le va de la cabeza esta chica que todavía cree que las personas son casi todas buenas. Vive prácticamente en una casa en medio del bosque y fue a despedirle al aeropuerto un día. Y luego también recuerda aquella vez por teléfono que el viejo Alex creía que fuese la persona interesada y en cambio era su madre. De la interesada, quiero decir.

Y están también todas las tardes pasadas sobre la hierba del jardín de cierta chica, una medio pirata, escuchando música y hablando y.

De todos modos, no, no llora. Y además es un Girardengo,

kojones…

Va a toda pastilla ahora.

Pero, bueno…, ¿lo estáis viendo?

Sí, hombre, sí, dejémosle correr al chico y hacedle caso a un servidor que lo conoce desde que nació. Si tiene los ojos un poco brillantes, es debido a que el viejo Alex, cuando corre veloz como el viento